

“¡Pero al fin y al cabo muñecas!”: Tránsitos, genitalidades y nombramientos en las trayectorias de vida de mujeres trans en ejercicio de prostitución en Bogotá

Tesis de pregrado

Presentado por:
Laura Andrea Castro López

Directores:
Bastien Bosa
Franklin Gil

Universidad del Rosario
Programa de Antropología

Agradecimientos

A Bastien, por acompañarme tan de cerca en este proceso. A Franklin, quien avivó en mí, hace algunos años, el interés por los estudios de género y sexualidad. Ambos, con sus comentarios y apreciaciones, hicieron más claro y coherente este camino. A mi mamá, porque gracias a ella he aprendido a superar y apreciar los retos que tiene la vida. A mis amigos y amigas, quienes en distintas formas y momentos, aportaron significativamente a esta tesis. Primordialmente, a todas las chicas del Santa Fe, quienes siempre me recibieron con una sonrisa y un buen gesto. Sus relatos e historias, llenos de enseñanzas, me quedarán para toda la vida. Su forma tan única de enfrentar las contrariedades, me llenan y llenarán de esperanza siempre. Gracias a ellas, este proyecto es ahora una realidad.

Espero, con este trabajo, aportar a la comprensión y aceptación de la multiplicidad de experiencias y seres corporales. Estas páginas se las dedico a cualquiera que, con la firme intención de revertir la violencia y la estigmatización, aporte desde su conocimiento y acción, semillas para un terreno más amable con nuestros cuerpos y deseos.

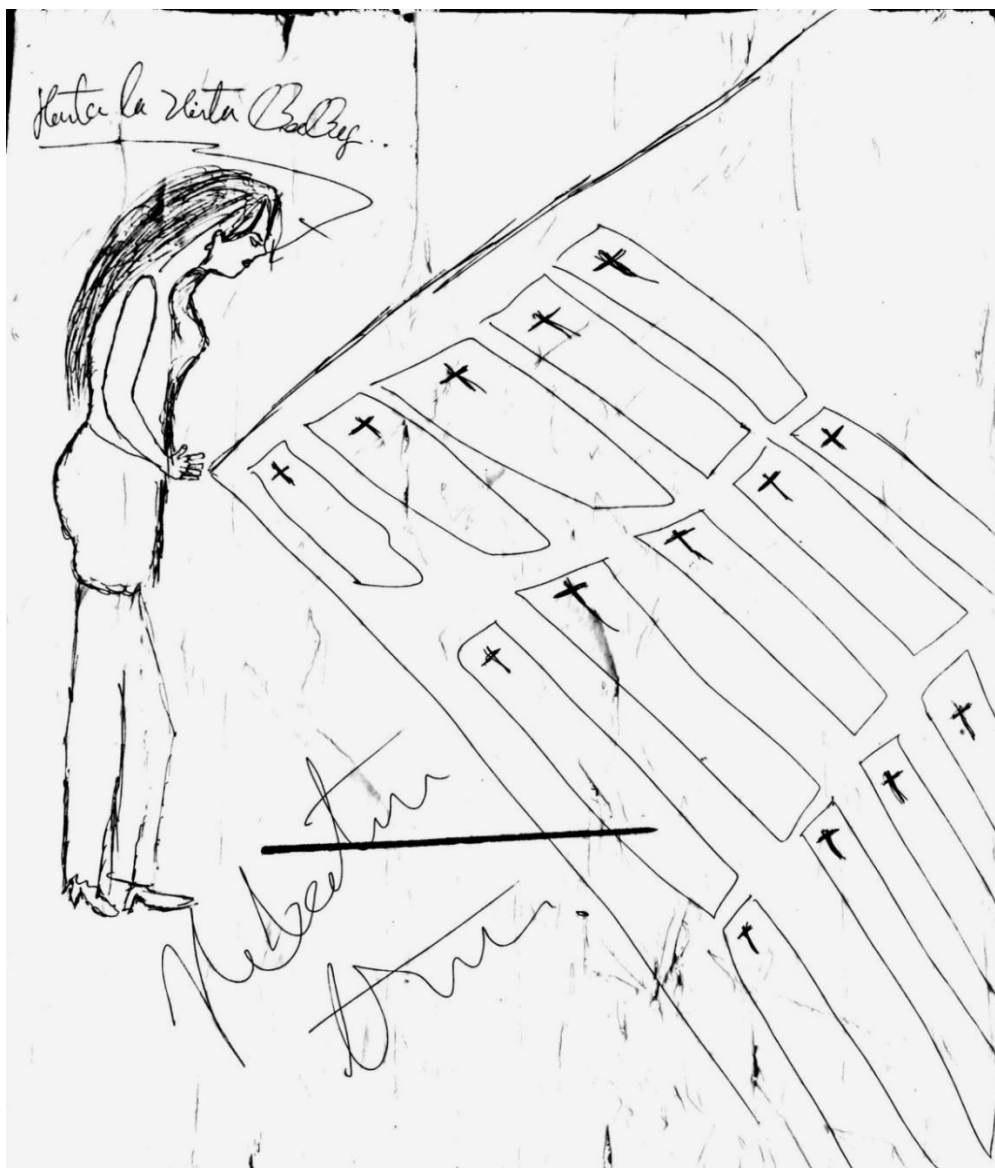


Imagen 1.

Este dibujo, realizado en una de las sesiones de la “Escuela de Formación Política para Líderesas Trans”¹, es muestra del profundo sentimiento de pérdida y tristeza que alberga gran parte de sus vidas. “Hasta la vista baby”, como una reinterpretación de “que en paz descanse”, es una frase que se repite una y otra vez, así como los ataúdes de todas aquellas que han muerto a causa de las violencias dentro del ejercicio de la prostitución.

Construyamos, entre todes, un mundo en donde estas imágenes no se repitan.

¹ Se explicará en profundidad más adelante.

Introducción.....	5
Mi experiencia en campo y su contexto.....	5
Espacios y desplazamientos de género.....	9
Metodología.....	23
Perfiles de las entrevistadas.....	24
Estructura del texto.....	26
Capítulo 1. Los procesos de transformación y cambio asociados al lugar de origen y la etapa posterior al desplazamiento hacia Bogotá.....	28
1.1. El lugar de origen y los desplazamientos asociados a esta etapa.....	32
1.2. La llegada a Bogotá: las paradojas inmersas en la conquista del cambio en el contexto de la prostitución.....	49
1.2.1. El inicio en la prostitución callejera, los desplazamientos corporales asociados a esta etapa y sus violencias.....	54
1.2.2. Aceites, hormonas y silicón: intervenciones químicas y procedimientos radicales en el cuerpo.....	61
1.2.3 La apertura de nuevos espacios en la ciudad y las implicaciones del cambio generacional.....	70
Capítulo 2. “Con las güevas y las tetas bien puestas”: relaciones y experiencias con la genitalidad en sus trayectorias de vida.....	77
2.1. “Yo no soy disfórica, soy eufórica”: lecturas y aproximaciones teóricas sobre los modelos de la transexualidad.....	79
2.2. Las experiencias localizadas y específicas de las chicas en la relación con su genitalidad.....	86
Capítulo 3. Pirobear, gallinear y mariquear: el posicionamiento y auto-reconocimiento en las experiencias trans.....	105
3.1. La institucionalización de sujetos sexuales, la denominación de “marica” y los espacios otros.....	108
3.2. Tensiones y ambigüedades en los nombramientos de las experiencias trans.....	115
Conclusiones.....	128
Referencias.....	133

INTRODUCCIÓN:

*“No creo en la violencia de género,
creo que el género mismo es la violencia,
que las normas de masculinidad y feminidad,
tal y como las conocemos, producen violencia”*

Beatriz Preciado

Mi experiencia en campo y su contexto:

Siempre que salía del Santa Fe tenía la sensación de estar en una ciudad que está repleta de caminos y recovecos que llevan a todas y a ninguna parte. La estación de Transmilenio está a cuatro cuadras caminando, hay una bomba de gasolina que recibe camionetas, buses y taxis, al menos dos pollerías ofrecen combos y bebidas como cualquier otra. Todos escenarios que una esperaría encontrar en cualquier otro barrio de la ciudad. No obstante, a unos pocos metros de tan comunes espacios, se tejen y desenvuelven miles de vidas en la complejidad de la prostitución, que lejos de estar libre de contradicciones, es al tiempo una experiencia dolorosa y placentera, liberadora y violenta. Con el paso del tiempo, logré identificar los olores característicos del barrio, los rostros de quienes circulaban constantemente por sus calles y la irremediable sensación de estar a la vez dentro y fuera de mi ciudad.

El Santa Fe no es un territorio regido por el caos y el azar: hay zonas específicas para determinados tipos de prostitución, así como numerosos y variados locales para ejercerla. En las residencias, probablemente uno de los espacios más numerosos y conocidos dentro del barrio, se cobra cinco mil pesos por el uso del cuarto y se exige y cumple un tiempo determinado por la habitación (generalmente son 20 minutos). Los edificios más rudimentarios, caracterizados por las entradas de garaje y sillas de plástico con mujeres sentadas en ellas, son otros de los espacios adaptados para los encuentros sexuales. Por otro lado, están los bares con música y fiesta adentro, en donde se consume alcohol y se termina por pasar el rato allí. Las chicas también llevan a cabo encuentros en sus habitaciones y hogares, dependiendo por supuesto del cliente y de lo que se esté pagando. A diferencia de

la prostitución “cisgénero”², que tiene enormes discotecas como “La Piscina” o “El Castillo”, la prostitución transexual no cuenta con algún escenario de ese tipo.

Se necesita prestar un poco de atención para percibir el peso de las fronteras que se han levantado, por ejemplo, entre la prostitución ‘transexual’ y la de mujeres “cisgénero”. Así mismo, hay calles que están más concurridas por las “pollas”, chicas jóvenes que han empezado apenas el tránsito. Las “madres” o “cuchas” se ubican también en sitios diferenciados, manejando precios igualmente distintos. Se puede observar calles para mujeres de color, o calles de uso mixto (aquí las diferenciaciones no son tan claras) en donde las riñas y las discusiones son un escenario cotidiano. Detrás de grandes puertas de metal pueden diferenciarse las “ollas”, también escenarios habituales dentro del barrio. Un par de veces tuve la oportunidad de presenciar la transacción que se llevaba a cabo por una pequeña ventanita a la altura de la cabeza, la cual permitía hablar y aclarar el negocio sin la necesidad de acceso directo al lugar. Esta “olla” en específico se encuentra ubicada al lado izquierdo del CAIDS (Centros de Apoyo a la Diversidad Sexual y de Género abiertos durante la administración de la Bogotá Humana del Alcalde Gustavo Petro), lugar que se ha convertido en espacio de numerosos encuentros de la población LGTB de Bogotá y, mayoritariamente, de las trans que ejercen prostitución en el barrio Santa Fe.

Desde muy pequeña, recuerdo haber tenido un particular interés por el mundo de la prostitución y la clandestinidad. En los numerosos recorridos que llevaba a cabo con mi mamá hacia el centro, siempre observaba por la ventana del bus los establecimientos y las personas que transitaban la calle 22. Me preguntaba qué podría suceder al interior de esos edificios y garajes que exhibían de manera ennegrecedora cuerpos, formas y vestimentas, pero que al mismo tiempo guardaban con recelo secretos y silencios muy profundos. Recuerdo que antes de sentir miedo o angustia, era fascinación por lo desconocido lo que me llamaba. No han sido pocas las veces (lo sigo haciendo) en donde intento imaginar el ambiente sórdido y a la vez acogedor que puede traer una habitación en el barrio Santa Fe, o un salón de baile en unos de los prostíbulos más grandes de la 22. Como me dijo una vez

² “Cisgénero” es un término que no está libre de tensiones y críticas y es, al igual que “transexual”, cuestionable y problemático (en el sentido que asume que aquellos que no nos consideramos ‘trans’ estamos completamente de acuerdo con los roles, prácticas y estéticas asignadas). Sin embargo, su definición da cuenta de cuerpos que encuentran cierto nivel de concordancia entre su identidad de género y su sexo asignado al nacimiento. Es decir, se contraponen a la “definición” de transgénero/ transexual.

Margot: “*si esta cama y estas paredes hablaran, usted saldría corriendo*”. Pero no fue eso lo que deseé. Al contrario, cada día estoy más convencida de que es en estos ambientes en donde se ven enfrentados nuestra comprensión y empatía frente al otro. Ambientes en donde el cuerpo se lleva a los límites. Límites de la vulnerabilidad y el miedo, pero también de la fortaleza y “verraquera” para enfrentar la vida con una sonrisa, esa que muchas veces me regalaron mientras, en mi papel evidentemente ajeno, caminaba y recorría el Santa Fe. Era precisamente sordidez y amabilidad lo que llegué a sentir recorriendo este enigmático lugar.

Son muchas las sonrisas que recibí por parte de las mujeres que se paran en las esquinas y residencias, quizá no una sonrisa de complicidad, pero sí de aceptación y apertura. Antes de hacer efectivos los recorridos por el lugar, pensaba que mi presencia iba a ser de facto rechazada. Para mi sorpresa, la mayoría de las ‘mujeres trans’ que se encontraban en las esquinas y calles del Santa Fe, ni siquiera se percataron de que yo estuviera allí. Esta situación me hizo reflexionar sobre el ego académico que existe en los investigadores sociales, siempre imaginando que tenemos colores fluorescentes que nos hacen resaltar. No pretendo negar las fuerzas que chocan en un encuentro etnográfico, mucho menos las consecuencias metodológicas de la presencia del etnógrafo/a en campo, pero sí de la reflexión que encarna el sentirse invisible y absolutamente pequeña —literal y simbólicamente— al lado de una docena de mujeres bronceadas, entaconadas, maquilladas y peinadas: en sus palabras, mujeres regias y trepadas. Puedo asegurar que la primera vez que sentí todo el peso fútil y torpe de cada uno de mis músculos y movimientos fue cuando pasé un tiempo prolongado en la carrera 17 con calle 19.

Ese primer momento no se me olvida porque —literalmente— no sabía cómo actuar, como pararme, qué decir, si quedarme callada, si aceptar el porro que me estaban pasando o más bien voltearme e irme sin dejar rastro. No sabía nada. Ellas, como solían hacerlo, siguieron hablando exactamente del mismo tema del cual charlaban antes de que yo llegara, se pasaron el porro, exhalaban un par de “plones” y continuaron con su cotidianidad. Esta sensación de pequeñez, aunque se mitigó con el tiempo, nunca dejó de ser una constante para mí. Una gran mayoría de las mujeres transexuales con las cuales tuve contacto a lo largo de un año, proyectan una suerte de imagen “*femme fatale*”, no la idealizada por los

filmes, sino la generada por las calles y sus violencias. Sus enormes tetas y culos, su manera de caminar estilizada, el movimiento muchas veces exagerado pero siempre encantador de su pelo y, en general, la forma con la que enfrentan el mundo, me hacía sentir afortunada por vivir la experiencia de conocerlas, pero también absolutamente desconocedora de las reglas e impases de la “verdadera” calle.

Escribiendo estas palabras se me vienen a la mente la cantidad de veces en las que era inevitable no reír frente a los chistes y el lenguaje “sucio” que utilizaban las entrevistadas. Cómo, sin notarlo, hicieron que me cuestionara la mirada prejuiciosa, la lucha por no buscar el morbo sin fundamento, por llegar a un recinto y sentarme con al menos un puñado de maneras de ser y evitar preguntarme por la categoría sexual o de género que las ubicara, por el “¿qué son?”. Sus cuerpos me confrontaban a las dificultades prácticas de la empatía, que en el discurso suena muy correcto y prudente, pero que al momento de ver tetas y culos al aire, mallas que dejan traslucir absolutamente todo, charlas sobre el miedo del contagio del VIH³, historias de cárceles, drogas y robo, se convierte en una práctica, en una posición, mucho más que en un discurso.

Hago explícito mi rol dentro de esta investigación para rescatar la importancia de la reflexividad, siendo consciente de las fuerzas de mi trayectoria y de lo sesgadas —en el sentido positivo y negativo de la palabra— que son mis preguntas y cuestionamientos. También porque estoy convencida de que por más que estudiemos y reflexionemos sobre el encuentro de una entrevista, siempre serán más los temas que se nos escapan, lo ridículos y desinformados que podemos sonar a veces, los momentos en los que ni el entrevistado ni el entrevistador se entienden. Son estas situaciones las que hacen que los relatos de nuestros aliados⁴ en campo (no solo informantes) nos interpelen y, sobre todo, que estemos atentos a lo que nos enseñan, no solo con fines académicos, sino para la vida, para los momentos de

³ Si bien es una sigla, se ha propuesto no mantenerla en mayúscula para opacar un posible efecto de estigma o sobre determinación.

⁴ Debo anotar que la búsqueda de un término diferente a “sujetas de estudio” y “co-investigadoras”, no ha sido fácil. El primero, en mi opinión y de manera rápida, denota una violencia aún más explícita que otras denominaciones. El segundo peca, al final, de ingenuidad. Para llamarlas de esta forma tendrían que generar efectivamente reflexiones críticas y teóricas dentro de esta investigación, así como obtener beneficios prácticos contundentes (remuneración monetaria o de reconocimiento, etc.) Reconocer que al final soy yo la que obtiene esta remuneración, es una realidad a la que hay que hacerle frente y, por ende, asumir.

duda, de felicidad y desasosiego. Solo los obstáculos e impases que presenta el campo, nos hacen insistir y perseverar en un acercamiento etnográfico riguroso.

Espacios y desplazamiento de género:

Este trabajo se propone entender la construcción de las trayectorias de vida de mujeres transexuales en ejercicio de prostitución en Bogotá a partir de la identificación de los desplazamientos en el terreno corporal, de auto-reconocimiento y de genitalidad en *sus* procesos de transformación y/o tránsito dentro del espacio generizado. Utilizo la imagen de desplazamiento(s) en ruptura con la metáfora dominante de una línea cronológica o de carrera, la cual lleva a pensar el tránsito como un proceso continuo, coherente y lineal desde lo “masculino” hacia lo “femenino”. Contrario a esta imagen de la “línea”, que da por sentado que existe un hombre al nacer y una mujer en potencia, la noción de un espacio relacional y multidimensional genera la posibilidad de comprender las experiencias dentro de la(s) transexualidad(es) como aprendizajes y movilización de nuevas disposiciones sobre lo “femenino” y lo “masculino”. Entiendo los desplazamientos como las acciones y prácticas concretas (lo que hacen y cómo lo hacen) que posibilitan *su* construcción corporal y de auto-reconocimiento. Este modelo se opone a una mirada mecánica y unidireccional del tránsito, dando paso a la importancia de reconocer las diferencias, la complejidad y la variedad de velocidad y direcciones que pueden presentarse en las experiencias con el cuerpo. Además, tiene el propósito de cuestionar la idea de que *somos* —intrínseca y naturalmente— “hombres” o “mujeres”, para entonces reflexionar sobre la maleabilidad y fluidez con respecto a lo que hacemos y performamos en el terreno del género y el sexo. Aquí, lo “masculino” y “femenino” son entendidos como el resultado de un aprendizaje y, bajo esta premisa, serán siempre comprendidas como propiedades relacionales, diferente a una materia dada y absoluta.

En el acercamiento a las experiencias transexuales, es difícil no preguntarse de dónde surge ese anhelo por construir y moldear unas relaciones distintas con el cuerpo, una forma de vestir y recorrer el mundo diferente a lo que se nos enseña en referencia a nuestros genitales. Todas las viajeras del género que hacen parte de esta investigación, así como todas aquellas que conocí en diversos y numerosos encuentros, materializan de forma concreta y práctica la inacabable conversación que tejemos diariamente con nuestros

cuerpos. El recorrido generizado que llevan a cabo las chicas⁵ es la muestra explícita y exacerbada de que todos y todas aprendemos, a través de distintos y numerosos mecanismos de socialización, a movilizarnos “coherentemente” dentro de un género. El viaje, incluso cuando se presente como natural y llevadero, supone para todos los cuerpos (transexuales o no) un enfrentamiento a la norma y el deber ser. Algunos recorridos generizados pueden parecer invisibles, ya que se asume el rol femenino o masculino no como un aprendizaje, sino como el contenido inherente a la apariencia del cuerpo. A diferencia de estos, existen lo que podríamos denominar como “tránsitos contraventores”, en donde la visibilidad de la transformación es estigmatizada y sentenciada, el caso de las mujeres transexuales. Asumir de entrada que el género no es simplemente la lectura “social” o “cultural” del sexo, sino que es ya de entrada interpretado y filtrado por discursos y prácticas, es una visión transversal a esta investigación. Ni el género ni el sexo son pre discursivos, por lo tanto, ninguno está fuera de la historia y sus transformaciones. De la mano con esta aproximación, apoderarse *per se* de los significados de qué es un hombre y qué es una mujer, sería una contradicción (Kulick, 1998).

La trayectoria corporal de las chicas es un recorrido que atrae las miradas de reprobación y duda, ya que pone en total manifiesto el carácter flexible y móvil de los estándares y convenciones sexuales, tanto estéticos como identitarios. Desexotizar las experiencias de los “tránsitos contraventores”, es decir, de la “transexualidad”, supone la posibilidad de cuestionar desde las raíces el excluyente y perjudicial binarismo sexual: si la presunción de ser “verdaderos hombres” y “verdaderas mujeres” desapareciese, la transexualidad también lo haría. “O, vistas las cosas desde el punto de vista contrario, todo el mundo sería transexual” (Mejía, 2006: 267). Si aceptamos que todos los cuerpos y experiencias generizadas están en constante construcción y moldeamiento —ya que todas y todos interiorizamos y aprehendemos normas y comportamientos—, a largo plazo los tránsitos dejarán de ser analizados como “contraventores”. “Por el momento, la diferencia (política más que somática) entre personas biogénero y personas transgénero parece abismal y dramática, pero se volverá obsoleta durante los siglos venideros” (Preciado, 2008: 91). Esta

⁵ “Las chicas” será el término que utilizaré a lo largo del trabajo. Justifico su uso más adelante en el texto. Por el momento, debo anotar que esta denominación surgió de mis interacciones directas con ellas, y se fue construyendo como la forma en la que me refería cuando se trataba de hablar de mi proyecto o de las sesiones a las cuales las acompañaba.

mirada solo puede desligar en la aceptación de la inminente fluidez de los estándares y relaciones con nuestros entornos e historias. Desexotizar supone, ante todo, la posibilidad de observar con el mismo lente los influjos y cambios en la percepción y construcción tanto de los cuerpos “transexuales” como de los “cisgénero”. La percepción acerca de lo “natural” y lo “aprendido” halla diferencias en la lectura social y contextual sobre el tránsito, ya que visibilizar la inexistencia de una “esencia” de género, supone, a su vez, la desestabilización de discursos y sistemas que mantiene un orden jerárquico y excluyente, en donde existen cuerpos que se encuentran en el centro y otros, al margen.

A pesar de resaltar la importancia de una desexotización en los procesos de tránsito (ya que todo el mundo debe realizar un trabajo de incorporación y estar en constantes procesos de moldeamientos generizados), no se pueden pasar por alto la singularidad de ciertos tipos de transformación. Si bien todas y todos nos movilizamos dentro de los parámetros acerca de lo “femenino” y lo “masculino”, existen cuerpos al margen que sufren visceral y concretamente las consecuencias de retar pública y explícitamente la presunción de verdad y coherencia entre identidad de género, orientación sexual y prácticas eróticas. Según la Encuesta LGBT: sexualidad y derechos realizada en Bogotá en el 2007, la población “trans” presenta los niveles más altos de violencia, agresión y/o discriminación con un 77,9%⁶ en comparación con gays, lesbianas y bisexuales (71,3%; 63,5%; 54,9% respectivamente). Esta trasgresión o rebeldía conlleva a situaciones de odio y violencia explícita, por lo que no es mi intención equiparar llanamente sus experiencias con las de cuerpos “cisgénero”, los cuales, más allá de encontrarse también en una matriz generizada, no se enfrentan a un rechazo expreso y contundente por auto-reconocerse y posicionarse de manera distinta a la referencia de sus genitales y su “deber” social. Entre enero de 2008 y abril de 2016, según el proyecto de monitoreo de transasesinatos (en inglés, *Trans Murder Monitoring Project*) en América Latina y Central, se han cometido 1.654 asesinatos de personas transgénero. Teniendo en cuenta que la cifra se alimenta de bases de datos oficiales y estatales, podría estar bastante lejos de una que englobe a los que día a día mueren en las calles de barrios marginales, periféricos y pobres.

⁶ Estas cifras son el resultado de una encuesta aplicada a la población asistente a la marcha de la ciudadanía LGTB de Bogotá en el año 2007.

La experiencia de los cuerpos transexuales y las estrategias y mecanismos de transformación de las chicas que hacen parte de esta investigación, ponen de manifiesto el carácter imitativo del sexo y el género, en donde la artificialidad de las convenciones generizadas salen a relucir tanto para develar su carácter construido como al mismo tiempo para reflexionar sobre la fuerza de su construcción. Siguiendo a Kulick (1998): “transgenderism constitutes a privileged vantage point from which it is possible to observe how sex and gender are conceived and enacted in everyday life” (p. 10). El género está muy lejos de ser una identidad nuclear, es decir, una especie de esencia o sustancia albergada en el cuerpo esperando a ser descubierta. Por este motivo, develar las instancias en las cuales se construye —familia, instituciones públicas, círculos de socialización y demás— es a su vez el primer paso para entender la fuerza de su naturalización. “Butler, como Foucault, entiende que el sujeto se constituye en el discurso social que le adscribe una interioridad que es, de hecho, una esencia públicamente fabricada regulada y sancionada” (Soley-Beltran, 2009: 42). Esta aparente interioridad es en el fondo la actuación que produce la ilusión de “poseer” un género, cuando al final se construye y materializa en el mismo proceso de generización, no antes ni después, y que además es siempre inacabado. “Esta tendencia parte de la crítica a los enfoques netamente representacionales que perciben al cuerpo solamente como signo o símbolo pasivo e inerte, y plantea la necesidad de destacar su carácter activo y transformador, enfatizando la capacidad constituyente de la corporalidad en la vida social y destacando el papel central del cuerpo en prácticas de oposición, resistencia y creatividad” (Mármol y Sáez, 2013: 3).

Hacer énfasis en el proceso específico y especial de las entrevistadas me permite identificar temporalidades y ritmos diferenciados en el tránsito. La noción de espacio se opone a la creencia de un inicio y un final en línea, ya que el cuerpo nunca es un estado estático y definitivo. Es lo contrario: un territorio intervenido, mutado y reflexionado. Debe mencionarse que estas experiencias compartidas no son autocontenidas ni homogéneas: cada historia presenta singularidades y excepciones, invitándonos a aprehender la complejidad de la construcción corporal desde la variedad y la diferencia. A partir de este reconocimiento, pretendo dar cuenta de un marco de comprensión que permita pensar prácticas múltiples y diferenciadas. Así, mi objetivo es mostrar unos desplazamientos

compartidos y generados en red, los cuales también presentan especificidades y diferencias dependiendo del caso.

No asumir la pretensión de homogeneidad en la apariencia física supone a su vez desjerarquizar las experiencias estéticas, corporales e identitarias dentro del espacio generizado. Deshomogenizar potencia la destrucción de criterios sobre personas “más mujeres”, “más femeninas”, “más masculinas”, más o menos avanzadas en el tránsito, etc. Aunque todas las entrevistadas suelen vivir “trepadas,” (vestidas y maquilladas en referencia a modelos de lo “femenino”), no puedo olvidar las numerosas maneras de “mariquear” y transitar que conocí en la inmersión en campo. A Nicole, por ejemplo, la vi dos o tres veces trepada, lo que significa que en todos los otros encuentros que compartí con ella, estaba vestida como cualquier chico, de hecho con barba y gorra: solía estar en una sudadera muy holgada, de color gris y sin ningún estampado. Al principio, fue difícil comprender que no se trataba tanto de qué tenían o no puesto, de qué tan altos podían ser o no sus tacones, sino más bien de aprehender todo el significado que tienen al momento de definir cómo quieren ser nombradas y vistas. Aunque este proceso de auto-definición se suma a condiciones sociales específicas (lugar de origen, educación, familia) es fundamental darle centralidad a la forma en que las chicas hablan de sí mismas y de otras. Durante mi experiencia en campo, esa fue una reflexión constante: a pesar de todas las violencias que han tenido que atravesar y de las numerosas ocasiones en donde han sido discriminadas y estigmatizadas, la fuerza con la que juegan sobre las nominaciones y los roles de género es en verdad impactante.

Martica, una mujer transexual en habitabilidad de calle, es también uno de los ejemplos en donde el tránsito y/o la transformación supera los mecanismos normalizadores de producción de mujeres heterosexuales, “femeninas” y “vaginales” (Vartabedian, 2009). A diferencia de muchas chicas que, en medio de las dificultades económicas, logran arrendar una habitación, comprar los víveres necesarios para su día a día y mantener en orden su ropa, maquillaje y pelo, Martica solo contaba con su férrea decisión de estar en el mundo como ella y no como él. Siempre la vi con el mismo turbante en la cabeza, con la misma ropa desgastada y con sus manos cada vez más atravesadas por los caminos difíciles de la calle y la prostitución. Al lado de la gran mayoría de *femmes fatales* con las que compartía

diferentes reuniones y encuentros, ella llegaba y resaltaba no por “competir” —porque existe mucha competencia entre ellas mismas— contra grandes tacones y pelucas, sino porque el brillo nacarado de sus labios, era lo único que la ubicaba en el escenario de “ser mujer”. Pero aquí está el punto: el tránsito se vive de inimaginables formas, así como la relación que se establece con ese cuerpo que quiere ver y ser visto, sentir y ser sentido. Ni el caso de Nicole, ni el de Martica, se encuentra en un estadio inferior o “atrasado” del tránsito, precisamente porque no tiene sentido pensar en escalones o niveles intrínsecos a la transformación: Débora no está más avanzada que Martica, o Nicole no es menos mujer que Carmen. Es precisamente esta mi apuesta, en contra de la normatividad que efectivamente es asociada al género, y que causa violencia y exclusión.

Ahora bien, llevar a cabo una categorización en donde se distribuyen y organizan experiencias y características supone siempre un acto violento e invasivo: hablar de “mujeres transexuales” es tan exiguo y problemático como lo es cualquier otra categoría, generada, o no, nativamente. Estos conceptos o referencias deben ser movilizadas en aras de poder aprehender el mundo, sin embargo, deben ser siempre reflexionados y localizados en contextos y momentos específicos. Utilizo el término “transsexual” porque en los espacios y actividades que compartí con las chicas, este es utilizado en el marco de un reconocimiento político y social. Sin embargo, hay muchas de ellas que nunca emplean los términos “transgénero” o “transsexual”, simplemente se reconocen a sí mismas y a otras como “las maricas”. De hecho, muchas consideran superfluo tener un análisis exhaustivo acerca de cómo se nombran. Son más bien una serie de conocimientos compartidos y tejidos en red que se desligan en distintas nominaciones dependiendo también del contexto en que se ubiquen (desfiles, manifestaciones políticas, encuentros casuales, etcétera). En este sentido, es fundamental insistir en el sentido práctico de esta investigación, la cual se pregunta específicamente por procesos y experiencias, no por tipos y categorías de personas. Reconocer las categorías en uso, tanto por parte de la academia, la militancia y las chicas, permite dialogar en contenidos y diferencias, no para buscar un concepto que dé cuenta de lo que “realmente” son, sino para tensionar sus significados.

El peso que las entrevistadas otorgan a distintas temáticas ya sea de orden sexual, corporal o identitario es diferenciado en cada caso. Por lo tanto, asumir de entrada que todas y cada

una han llevado a cabo preguntas acerca de cómo autoreferenciarse es apresurado e impositivo. Es necesario mencionar que me moví en el escenario de la prostitución, lo que por supuesto conlleva diferenciaciones significativas en comparación con círculos académicos y contextos socioeconómicos distintos. Es central detenerse un momento en la manera en que nombramos y hacemos referencia a un fenómeno, aquí lo referente al “mundo trans⁷”, sin embargo, considero más relevante dar cuenta de sus palabras y expresiones. Hablar de “las chicas”, es decir, de Margot, Débora, Carmen, Yolanda y Mariela, es en este caso más diciente que entrar en el debate irresoluto sobre qué abarca o excluye más dentro de las categorías analíticas.

El principal problema de las categorías analíticas e institucionales tiene que ver con el encasillamiento de momentos y acciones con el cuerpo. Según Nosedá (2012), la diferencia entre mujeres “transexuales” y mujeres “transgénero” se ubica en el deseo o no de la reasignación sexual. Es decir, una mujer “transexual”, en la mayoría de los casos, se sentirá completa y satisfecha únicamente a través de la operación. Mientras que, para una mujer “transgénero”, el cuerpo sería siempre “infinito, plástico y flexible” por ende la cirugía no ostentaría un lugar central en el auto-reconocimiento de su identidad (la autora lo relaciona con la teoría *queer*⁸, “raro” en español). García (2009) utiliza otro tipo de diferenciación, argumentando que la transexualidad se encuentra *dentro* del transgenerismo, entendiendo este último como una sombrilla capaz de abrazar prácticas como el transformismo y el *cross dresser*.

Por otro lado, Lamas (2012) explica: “A diferencia de los travestidos, que ocasionalmente se ponen ropa del sexo contrario, y de las personas transexuales, que cambian su figura física vía hormonación y cirugía, las personas transgénero modifican permanentemente su aspecto, adoptando las marcas sociales del sexo opuesto, pero sin recurrir a la transformación hormonal o quirúrgica del cuerpo” (p. 5). La utilidad de la metáfora del desplazamiento dentro de un espacio diferenciado, se contrapone a la estandarización de un

⁷ Me refiero a las distintas denominaciones que se generan dentro de la academia, el activismo y la cotidianidad de la personas trans, las cuales muchas veces se superponen o diferencian.

⁸ En los últimos años, el término ‘queer’ se ha utilizado de forma diferenciada. En algunos casos, logra englobar las auto identificaciones asociadas a las sexualidades marginadas o distantes del deber ser heteronormativo. En otros, se asocia a los avances de los modelos teóricos producidos por los *gay and lesbian studies*. En cualquier caso, intenta dar cuenta de las relaciones inestables entre el sexo asignado, el género y el deseo sexual (Jagose, 1996).

perfil o prototipo, para entonces no subordinar las experiencias a través de un concepto, si no a pesar de él. ¿Alguien que haya intervenido su cuerpo hormonalmente no podría considerarse como “transgénero”? ¿Una persona sin cirugías ni inyecciones de silicona no estaría acorde con la definición de transexual? ¿Los travestidos son *sólo* aquellos y aquellas que utilizan ropa del “otro” sexo ocasionalmente? ¿No somos todos y todas, acaso, travestidos? Estas aproximaciones intentan definir a partir condiciones necesarias y suficientes, lo cual conduce, estrepitosa o paulatinamente, a la búsqueda de una esencia. El problema no es tanto la respuesta (“transexual es alguien que se siente satisfecha solo con la operación”), sino la pregunta misma: “¿qué es un transexual?” “¿Qué es un transgénero?”

La noción de espacio me permite pensar en conjunto experiencias diversas y ambiguas y, a la vez, valorar su importancia a través de la desjerarquización, la deshomogenización y la desexotización. Estas posturas generan la posibilidad de comprender desde la variedad y el reconocimiento de la ambigüedad, lo que es imperativo al momento de proponer una crítica al modelo binario de sexo y género. Aunque todas y todos estemos inmersos en procesos de moldeamientos generizados, las experiencias de los cuerpos transexuales nos muestran de forma más explícita los mecanismos y agentes que intervienen en la concepción y construcción de nuestra sexualidad e identidad, para así identificar el influjo de los contextos y sujetos que hacen parte del mismo. Es fundamental para mí no convertir consideraciones prácticas en imposiciones teóricas, por lo tanto, la identificación de los desplazamientos se niega a una estandarización de perfiles prototípicos.

Antes de dar paso a la voz de estas viajeras del género, me gustaría hacer explícita mi posición en relación con las ‘identidades trans’, así como un reconocimiento del estado de la cuestión en investigaciones empíricas de temática trans en Colombia. Como lo expliqué anteriormente, la búsqueda de estos desplazamientos se propone identificar caminos y experiencias cruzadas, pero nunca *una* sola forma de vivir y llevar a cabo el tránsito. Berenice Bento (2003), en su artículo “De la transexualidad oficial a las transexualidades”, tiene como objetivo principal comprender de qué manera las ciencias “psi” problematizan y conceptualizan la transexualidad. Cuestionar la capacidad explicativa del campo médico es uno de los propósitos centrales del texto, ya que permite dar cuenta tanto de los marcos

patologizantes y normalizadores que presenta el campo médico-psiquiátrico, como la manera en la cual las transexualidades (en plural) se distancian, negocian y/o interactúan con estos postulados. Lo anterior se encuentra ligado con la invitación de Bento por cuestionar de forma radical la idea de una única y universal experiencia transexual, invitación que acogí como eje central de esta investigación.

A través del concepto de “*deslocamento*”, la autora analiza los ejemplos de mujeres transexuales lesbianas y hombres transexuales gays que retan de entrada la presunción de coherencia que se espera tenga la identidad de género y la orientación sexual. Es decir, la pretensión según la cual se asume que un hombre o una mujer transexual deberían mantener relaciones íntimas y amorosas con personas heterosexuales. A propósito, la encuesta Nacional de Discriminación Transgénero (en inglés, *National Transgender Discrimination Survey* (NTDS)), además identificada como la más grande llevada a cabo en Estados Unidos (6.546 respuestas), da cuenta de altos niveles de orientación sexual disidente en personas trans. Aunque sus resultados referencien a otro país, los cuestionamientos y problemáticas allí planteados deben ser con urgencia adelantados en países latinoamericanos. Acorde con las orientaciones sexuales —la encuesta aborda temas de salud, trabajo, etc.—, su conclusión es: “Although it is not clear how well the NTDS sample represents the trans population of the United States as a whole, this study, based on a large U.S. sample, provides evidence that most trans people do not identify as heterosexual or straight” (Herman, 2016: 184). Estos resultados expresan la imperiosa necesidad de considerar, en toda su complejidad, las tensiones y experiencias diferencias entre la identidad de género y la orientación sexual.

Si bien el “*deslocamento*” que plantea Bento logra identificar las tensiones claves en relación con las definiciones médicas de la transexualidad, me gustaría ampliarlo para dar cuenta no solo de las interacciones con los saberes médicos, sino igualmente en las relaciones íntimas y cotidianas con su genitalidad, en la forma de entender y celebrar su posicionamiento como mujeres trans y, en general, para aproximarme de forma amplia a las experiencias generizadas que han tenido a lo largo de su tránsito. Así, la comprensión de cuerpos como el de Martica y Nicole, o las experiencias diferenciadas con hormonas, silicón y prendas femeninas de las chicas se vuelven cada vez menos situaciones extrañas y

lejanas para convertirse en la muestra de la inexistencia de un estado definitivo en el cuerpo. En otras palabras, hacer evidente la trayectoria corporal como aprendizaje y recorrido en el espacio generizado. El cuerpo, como fiel ente biológico, es ya una mirada y aproximación obsoleta. Como argumenta Cooper (2010), “it was not only ‘body history’ that came to excite interest, but the notion of a historicized body” (p. 394).

En “*Pigmentocracia del deseo en el mercado sexual Trans de Cali*”, Urrea y La Furcia (2014) llevan a cabo un análisis sobre los marcadores sociales de raza y clase en mujeres trans negras que ejercen el trabajo sexual. Según los autores, existe una especie de “valoración” del cuerpo negro de la mujer trans debido al exotismo que recae sobre su color de piel. Dentro de lo que denominan como “capitales eróticos”, la feminidad negra trans entra a jugar en las fantasías eróticas de hombres de sectores populares y de clases medias bajas (en su mayoría) que buscan un encuentro sexual con “mujeres con pene”. Esto último se relaciona con la idea de “mujeres penetradoras” y fuertes, diferente a la asociación de mujeres “más femeninas” en consonancia con colores de pieles “más claros”. Los autores exploran también los papeles de “activo” y “pasivo” dentro del encuentro sexual, componente que considero fundamental para acercarse a los prototipos de “feminidad” y “masculinidad” que las mujeres trans desarrollan en sus procesos de transición.

Uno de los focos de mayor vigilancia y vulnerabilidad para los cuerpos trans tiene que ver con el entorno médico y de salud. Lasso Báez (2014) realiza un detenido y cuidadoso análisis sobre las tensiones, estrategias y violencias que pueden presentarse en los procedimientos médico-psiquiátricos que las personas trans utilizan para transitar los sexos-géneros. El sentimiento de exclusión que experimentan las personas trans los lleva a “hacerse el cuerpo desde la periferia”, es decir, llevar a cabo procedimientos de auto-administración y auto-medicación para lograr los diferentes objetivos estéticos inmersos en la búsqueda de las feminidades o masculinidades trans. Lasso Báez (2014) logra identificar las complejas relaciones dentro de la patologización y (des)patologización ya que, como bien lo indica, el uso estratégico del diagnóstico puede generar procesos más rápidos y “seguros” (en cierta medida) de transición. Sin embargo, también implica una serie de métodos muchas veces hostiles y no empáticos frente a la experiencia del cambio de sexos y géneros. Esta investigación resalta los juegos en la determinación de la “enfermedad” y

como los “pacientes”, en este caso las personas trans, juegan (en el sentido estratégico) con las figuras de autoridad (psiquiatras, endocrinos, psicólogos) y así, logran la obtención de procedimientos que fuera del ámbito de acceso a la salud, serían imposibles de costear y realizar. Según el autor, la desinformación y el prejuicio son los principales factores asociados a las diferentes escalas y niveles de violencia que se ejercen contra las personas trans.

Teniendo en cuenta que para las personas trans el cuerpo es el vehículo central de sus transformaciones tanto identitarias como estéticas, el estudio y exploración de los mecanismos que se utilizan para intervenirlo resulta fundamental para la aproximación a sus vivencias. Relacionado la investigación de Lasso Báez (2014), Pachón y Peralta (2013) indican que la discriminación por parte del personal médico, obliga a las mujeres trans en ejercicio de prostitución a solucionar rudimentariamente las aflicciones generadas por los modelantes estéticos (sustancias implementadas para formar partes del cuerpo: silicón líquido, aceite de avión o de cocina, parafina, etc.). Para las autoras, es evidente la inexistencia de un trato diferencial para las mujeres transgeneristas, por lo tanto, se complica aún más el registro de muertes a causa de sustancias peligrosas inyectadas en el cuerpo. Al momento de la defunción, según explican Pachón y Peralta (2013), se utilizan los datos del documento de identidad de la persona, que en la mayoría de casos desafortunadamente conservan el nombre masculino. La naturalización de los casos de mortalidad y morbilidad se convierte en el escenario común dentro del ejercicio de la prostitución, además de la aceptación “conformista” respecto a las complicaciones de los modelantes, ya sea picazón, necrosis, estrías o dolores musculares. *“Uso de modelantes estéticos, como proceso de la transformación corporal de mujeres transgeneristas”* es un artículo que además narra de forma detallada las maneras improvisadas y carentes de higienización para modelar el cuerpo trans, por lo tanto, trae a colación la urgente necesidad de establecer procedimientos conjuntos y amigables con el campo médico.

Por otra parte, López Murcia (2010) identifica una discusión central para aproximarse a los estudios trans. La discusión sobre la posible trasgresión y/o la aceptación del binarismo sexual en los cuerpos trans obliga al investigador a preguntarse sobre la complejidad del uso de definiciones, escapando precisamente de lecturas maniqueistas sobre la experiencia

de la transformación. La autora argumenta que las travestis están “cautivas dentro del binarismo de género” ya que como insiste, encajar en el sistema se convierte en una cuestión de vida y muerte. Sin embargo, sus experiencias también son la mejor ilustración para llevar a cabo una crítica sobre cómo se construyen las identidades, sean transexuales o no. Esta presión por encajar, empero, no las posiciona inmediatamente como ciudadanas de primer orden, ya que como índice López Murcia (2010), la noción de lo “humano” que se establece está mediada por los discursos hegemónicos y dominantes sobre el sexo y el género. Ellas toman los modelos que les ofrece la cultura y a partir de estos se forjan maneras de definirse, ligadas a atributos de feminidad y masculinidad tradicional. Entonces, la contingencia, entendida como los cambios siempre presentes que se construyen en la intermediación de los sectores dominantes y subalternos, influyen en la construcción identitaria de las travestis.

Quisiera hacer una anotación breve con respecto al uso de imágenes a lo largo de la tesis, y con esta anotación quisiera llegar a un punto en específico (pueden haber mucho más) y se trata de la apelación a los sentidos y la sensibilidad que los dibujos encarnan. *“Dibujando putas: reflexiones de una experiencia etnográfica con apariciones fenomenológicas”* cuenta la historia de un inicio etnográfico con intenciones de representar, de plasmar, de forma no sólo escrita, sino también “poética” y “evocativa”, la experiencia etnográfica de su autor, José Miguel Nieto Olivar. Aunque en este caso es él quien dibuja y plasma, considero que sus reflexiones sobre la representación calan también en el primer acercamiento que los lectores tienen al observar los dibujos que mis entrevistadas realizaron. Bajo la idea del “simbolismo”, entendido como el performar entre la acción y la fantasía, entre lo real y lo imaginario, el autor tiene como objetivo dar vida a su erotismo y su sexualidad, no solo “re-presentando” las heridas y la precariedad de la prostitución, sino la forma en que se ponen bellas y buscan, mediante variadas herramientas, maquillar de manera agraciada estas cicatrices. Las imágenes aquí presentadas esperan, también, manifestar ambos lados.

El ejercicio de la prostitución⁹ implica experiencias y trayectorias absolutamente ancladas a lo corporal, ya que es sin duda una de las prácticas que tejen una relación directa con la materialidad del cuerpo. Por supuesto, es difícil pensar en acciones que no impliquen el cuerpo. Sin embargo, en el trabajo sexual hay una exacerbación de conciencia frente a éste: el cuerpo es generalmente un vehículo para la acción, en el ejercicio de la prostitución es la acción misma. Una de las últimas reuniones de lideresas trans a las que asistí en el CAIDS centro, me hizo sentir con más potencia la fluidez de las acciones y las prácticas corporales de las ‘mujeres trans’. Dayana, una chica trans recién salida de la cárcel, me comentaba lo triste que se sentía porque su novio, que conoció en la prisión (vale la pena señalar que las mujeres transexuales que comente delitos no van a una prisión para mujeres, sino que su identidad “legal” se ve superpuesta a sus deseos de reconocimiento, ya que pagan condena en cárceles de hombres, por ejemplo, “La picota”), no le hacía llamadas hacía un par de semanas, y tampoco la recibió el día de visitas. Mientras me contaba esto, francamente con una expresión de tristeza profunda en su rostro, iba transformando su atuendo drásticamente en la medida en que bajábamos las escaleras del CAIDS (tiene cinco pisos y estábamos en el último). Para cuando llegamos al primer piso, y de manera absolutamente talentosa, la ropa que traía parecía ahora otra. Una blusa formal de color lavanda se convirtió, a través de nudos, recogidas y maniobras, en un topsito que dejaba al aire su pequeño busto. La falda, que antes parecía de un largo estándar (por arriba de las rodillas) ahora era una minifalda que insinuaba sus muslos y entre pierna. Las botas altas que tenía se convirtieron en pequeños botines a la altura de sus tobillos. Así, prácticamente toda la piel de sus piernas quedó expuesta. Se recogió el pelo en una moña alta y me sonrió diciendo: *“igual triste o no tengo que salir a trabajar”*.

⁹ Debo hacer claridad con respecto a las denominaciones de “prostitución” y “trabajo sexual”. Entiendo la necesidad de caracterizar las posibles diferencias entre una denominación y otra. Según autores como Rubio (2008), esta connotación puede investir carácter de trabajo a lo que posiblemente, y bajo una mirada muy específica, puede considerarse como explotación sexual. Sin embargo, también considero que el debate entre los términos, así como las diatribas sobre aproximaciones “abolicionistas” o “regulacionistas”, se quedan precisamente allí: en el debate sobre los términos. Utilizo ambas denominaciones a lo largo del texto primero, por razones de repetición; y, segundo, y más importante, porque hablo de prácticas y experiencias que, llamándolas de un modo u otro, tuvieron y tienen los mismos efectos concretos en la vida de las entrevistadas. No subestimo el potencial político que alberga, por ejemplo, una lectura regulacionista sobre la prostitución. Sin embargo, bajo el carácter de esta investigación, “prostitución” y “trabajo sexual” engloban lo mismo: implicaciones, consecuencias y prácticas en las calles, recintos y espacios dentro del Santa Fe.

Este trabajo se propone, entre otras cosas, visibilizar la forma en la cual ellas hablan y se posicionan en el espacio. La muestra de la riqueza de sus palabras, claramente ancladas a un contexto y a una temporalidad, será un propósito central. No pretendo hablar de senos cuando me hablan de tetas, de cola cuando me hablan de culo, de pene cuando me hablan de verga, de sexo oral cuando me hablan de chupar, entre otros muchos ejemplos. No olvidaré nunca cómo me respondía Cecilia siempre que le preguntaba cómo estaba: “*con la chocha entre el culo, pero bien*” y se reía. El ejercicio de la prostitución encrudece y carga de potencia las historias, y es quizá esta potencia la que se manifiesta en el lenguaje y los conceptos, tan propios de su contexto, que muchas veces tenía que detenerme a preguntar qué significaban. La exposición al rechazo y a la violencia tanto física como emocional que a lo largo de sus vidas han tenido que enfrentar, las ha convertido en mujeres que se protegen precisamente desde la manifestación expresa de sus sentimientos y emociones. Adornar y emperifollar sus relatos dejó de ser una prioridad para ellas. Esta fuerza no debe confundirse con la negación de la vulnerabilidad, la cual podría llevar a pensar como innecesarios los cambios en el trato y reconocimiento de sus cuerpos y experiencias. Que el rechazo haya sido una constante en sus vidas es diferente a ratificar que deba seguir siendo así.

La artificialidad y la maleabilidad del cuerpo y sus significados, así como el carácter limitante y duradero de sus disposiciones incorporadas, no pueden estar más a la deriva que en un cuerpo transexual. El incansable juego en el que todos y todas, pero más ellas, entramos a apostar, se descubre en la manipulación temprana y tardía de pelucas, lentes de contacto, tacones, depilación, bellos gruesos o delgados, silicón, aceites industriales, pruebas positivas de VIH y batallas perdidas o ganadas con sueños de cómo ser y verse en el mundo. Por eso, este trabajo pretende ser una etnografía del cuerpo como terreno de desplazamiento, en donde no doy por sentado que existe un hombre al nacer y una mujer en “potencia”, sino una serie de experiencias y prácticas inscritas en anhelos propios y acciones colectivas, que tienen como rostro manifiesto a Débora, a Margot, a Carmen, y todas aquellas que han emprendido un viaje o una evolución en busca de su lugar en el mundo.

Metodología

Esta investigación comenzó con la puesta en marcha de un proyecto llamado “Escuela de Formación Política para Lideresas Trans” en el marco de mi práctica laboral en la Corporación Red Somos¹⁰. A partir de allí, se llevaron a cabo alrededor de 10 encuentros con las chicas del barrio Santa Fe, en donde se abordaron temáticas desde el cuidado corporal hasta sesiones de autoestima y reconocimiento legal. Aquí se generaron actividades de dibujo, círculos de palabra, juegos interactivos y de participación que mi compañera y yo construimos y dialogamos con las chicas. En este espacio logré conocer a la mayoría de las integrantes de la Red Comunitaria Trans¹¹, organización política y cultural autogestionada por las mismas lideresas trans. Asimismo, empecé a tener contactos más estrechos y constantes con las que serían mis futuras entrevistadas. Desde el mes de agosto de 2014 —cuando empezó mi práctica— hasta octubre del 2015 —cuando finalicé campo—, llevé a cabo observaciones, conversaciones casuales y seis entrevistas en profundidad (una de ellas con un cliente de prostitución transexual).

Los escenarios principales de la observación sistemática fueron: las reuniones del proyecto de prevención del vih de la organización Alianza Vhida, las diferentes actividades culturales y de visibilización de la Red Comunitaria Trans, las invitaciones particulares que me hacían a mí y a mi compañera de sociología con quien realizaba la “Escuela de formación” y las sesiones de acompañamiento de la “Escuela”. En general, cualquier encuentro en el que se discutiera alguna temática de salud o de política pública con delegados de la Secretaría Distrital de Salud también era escenario de observación. Estos encuentros más “institucionales” solían ser en el CAIDS centro, en donde confluyen varios talleres de confección, baile, enseñanza primaria y secundaria, entre otros. Además de mi presencia en estos escenarios, realicé varios recorridos de reconocimiento por el Santa Fe.

¹⁰ “RED SOMOS promueve desde el enfoque de derechos y la perspectiva de diversidad, el reconocimiento y la promoción de la ciudadanía, la participación, la incidencia política de sectores poblacionales en contextos de vulnerabilidad, en particular jóvenes, mujeres y personas de los sectores LGBTI”. Tomado de: <http://redsomos.org/mision-vision-y-objetivos/>. Consultado el día: 10 de abril de 2016.

¹¹ “La red es una propuesta para consolidar la unión entre personas trans que trabajan desde la calle, la academia, las organizaciones sociales, el trabajo comunitario, el distrito y en general todas las personas que quieran formar parte de la lucha en la construcción de una ley de identidad de género para obtener un reconocimiento jurídico de las personas trans a nivel nacional”. Tomado de: https://www.facebook.com/Red-Comunitaria-Trans-255992844505189/info?tab=page_info. Consultado el día: 10 de abril de 2016.

En los dos primeros recorridos dentro del barrio estuve acompañada del psicólogo a cargo del grupo de las lideresas, quien me mostró las divisiones en las cuadras dependiendo del tipo de prostitución, así como los principales prostíbulos y residencias. Luego, tuve la oportunidad de acompañar en dos ocasiones a una de las lideresas trans en sus recorridos de alcance a población y entrega de condones a establecimientos y prostitutas callejeras. Además, entré varias veces a las habitaciones o apartamentos de las chicas dentro del Santa Fe, ya que las entrevistas se llevaron a cabo allí. En estas “brigadas de alcance” fue cuando realmente me percaté de la variabilidad de los cuerpos que se prostituyen, así como de las diferencias entre los espacios y las cuadras. Las entrevistas en profundidad tenían como objetivo alcanzar temas que en las conversaciones y encuentros casuales no podían tocarse. Como método de recolección cualitativa, estas permiten establecer un dialogo que, si bien tiene unos puntos de partida estructurados, fluye dependiendo de lo que se indague y pregunte durante la entrevista. Sus relatos son el principal insumo de la investigación.

En relación con el proceso mismo de la observación, Whyte “advierte que, si bien no hay una forma única que sea la mejor para llevar a cabo una investigación usando la observación participante, el trabajo más efectivo lo hacen aquellos investigadores que ven los informantes como colaboradores; hacerlo de otra forma, añade, es un desperdicio de recursos humanos” (Whyte, 1979 Cit. en Kawulich, 2005:29). Concomitante a la manera en la que se lleva a cabo la observación, la ética en el proceso es también inherente a la práctica etnográfica. Dos de los principales aspectos que se encuentran albergados en la ética son lo relacionado con el anonimato de los participantes y la honestidad hacia la comunidad con respecto al propósito de la investigación. Ambos fueron llevados a cabo en mi investigación

Perfiles de las entrevistadas

Previo a los capítulos correspondientes, es importante describir de la manera más detallada posible los perfiles de las chicas¹². Sus retratos están basados tanto en las entrevistas como en las conversaciones casuales que tuve a lo largo de la inmersión en campo. La información es más abundante o escasa dependiendo del caso. Todas hacen parte de la Red Comunitaria Trans y ejercen o han ejercido la prostitución en Bogotá. Esta Red se

¹² Los nombres de las entrevistadas han sido cambiados para proteger su identidad.

encuentra ubicada en el barrio Santa Fe y tiene como objetivo poblacional a las mujeres transexuales en ejercicio de prostitución de la localidad de Mártires. Como lo expone Débora, la Red quiere posicionarse *“como una organización trans, con un trabajo serio, que haga cosas más allá de la participación cultural, como con cosas más relevantes, de escribir, de dejar evidencia”*. Este espacio se ha constituido como un importante lugar de convergencia, en donde además se adelantan actividades conjuntas con ONG’s tanto nacionales como internacionales. Ubicar sus experiencias socialmente permite identificar los patrones de moldeamiento de sus trayectorias corporales e historias de vida. Aunque todas comparten su vivencia dentro de la transexualidad, sus familias, amores y contextos han sido distintos tanto en forma como en fondo.

Débora, de 28 años, es una de las lideresas trans más reconocidas en el barrio Santa Fe. Vive actualmente con toda su familia (madre, hermano y hermana) en un barrio al sur occidente de Bogotá. Tuvo la oportunidad de estudiar algunos semestres de moda y confección en una universidad en línea de la ciudad (por el momento no estudia debido a problemas económicos) y actualmente no se encuentra ejerciendo la prostitución. Mantiene una relación amorosa estable desde hace cuatro años y se describe como una chica enamorada de los viajes y las nuevas experiencias.

Yolanda, de 29 años, es oriunda de la ciudad de Neiva. Su hermano es administrador de empresas y su hermana es jefe de enfermería, pero no mantiene relación con ninguno de los dos. Sus papás hacen parte de una recia tradición católica, por lo cual la aceptación de su tránsito ha sido un proceso largo y difícil; aún se refieren a ella como “mijo”. Mantiene también una relación amorosa estable y se encuentra ejerciendo la prostitución. Consiguió el título de bachiller en su ciudad natal.

A Carmen, le cedo la palabra: *“Mi nombre es Carmen Rodríguez. Soy de la ciudad de Tocaïma, Cundinamarca. Me vine de allí desde los 18 años, actualmente tengo 38, pero en estos 38 años he viajado, he estado en diferentes ciudades como Yopal, Casanare, Sogamoso, Pereira, Manizales, Armenia, entre otros. Y, actualmente, estoy residiendo aquí en Bogotá ya hace alrededor de 12 años. La mayoría de años he ejercido el trabajo de la prostitución y desde hace 6 o 7 años vengo trabajando en el trabajo comunitario, en los cuales he trabajado en varias organizaciones, fundaciones y proyectos y actualmente estoy*

trabajando con el proyecto Alianza Vhida, el cual me ha dado una oportunidad de avanzar y descubrir nuevos espacios en mi vida personal”.

Margot, de aproximadamente 45 años, es oriunda de la ciudad de Bucaramanga pero la criaron la mayor parte de su vida en Boyacá. Tiene dos hermanos con los cuales no mantiene relación, ambos viven en Bogotá. Margot también vivió en varias partes del país, como Medellín y Cali. Su mamá era también muy religiosa: nunca supo en vida que su hijo era ‘gay’ o que deseaba llevar a cabo una transformación. Margot tiene título de bachiller y actualmente ejerce la prostitución.

Mariela, quien se encuentra alrededor de los 50 años, no tiene contacto alguno con su familia biológica. Desde muy pequeña pasó su infancia entre instituciones del Estado y el bienestar familiar. Es quien lleva más tiempo en el ejercicio de la prostitución. Hace aproximadamente cuatro años vive con vih. Aunque ha buscado distintas alternativas laborales, aún se encuentra inmersa en el trabajo sexual. Mariela no tuvo educación primaria, ni bachiller.

Estructura del texto:

La estructura general de los capítulos tiene la intención de abarcar tres grandes temas: corporalidad, genitalidad/sexualidad y posicionamiento de género. Los tres tienen como objetivo nutrir y sostener la noción de espacio a partir de los diferentes desplazamientos — ya sean corporales, identitarios, cotidianos, jurídicos— para así comprender la construcción de las trayectorias de vida de las entrevistadas en sus relaciones específicas y colectivas con respecto a las experiencias dentro de la(s) transexualidad(es).

El primer capítulo tiene como objetivo acercar al lector a las trayectorias de tránsito y/o transformación de las chicas. El capítulo se guía por la estructura narrativa de las entrevistadas en tanto presenta los desplazamientos asociados a la primera etapa (lugar de origen) y segunda etapa (llegada a la ciudad de Bogotá) respectivamente. Para su análisis, abordo dos dimensiones delimitadas: agentes de transformación específicos y condiciones de posibilidad existentes. Al igual que en la totalidad del texto, los desplazamientos serán los ejes centrales de reflexión.

El segundo capítulo tiene la intención de exponer todo lo relacionado con las experiencias asociadas a su genitalidad y sexualidad. Considero central aportar información referente a la construcción de su corporalidad a partir de este aspecto, ya que su atención ha estado focalizada mayoritariamente hacia el ámbito médico. En este capítulo, se abordan sus ideas y opiniones respecto a la reasignación sexual, sus prácticas sexuales y eróticas tanto dentro como fuera de la prostitución y, en general, las implicaciones de retar —o no— el binarismo sexual a través de la exposición localizada y a profundidad de sus trayectorias de vida.

Por último, el tercer capítulo se pregunta acerca de los desplazamientos en el auto-reconocimiento y posicionamiento de las ‘experiencias trans’. Es decir, tiene como objetivo específico reflexionar sobre las implicaciones del nombramiento como instancia política, simbólica y práctica dentro del espacio generizado. Su intención es reflexionar no a partir de la abstracción de categorías, sino en las vivencias que éstas, diferenciadamente, encarnan.

1) Los procesos de transformación y cambio asociados al lugar de origen y la etapa posterior al desplazamiento hacia Bogotá

El cuerpo nunca es un estado definido de cosas. Independientemente de cómo nos posicionemos o identifiquemos en el mundo, las acciones que desencadenamos con él son siempre móviles y fluidas. Distintos momentos han marcado la forma en la cual las entrevistadas tomaron la decisión, unas veces drástica y otras gradual, de emprender su transformación. En este proceso, estuvieron inmersas unas condiciones de posibilidad y unos agentes de transformación específicos que aceleraron, frenaron o intermediaron de numerosas maneras la transformación de las chicas. La identificación de estos dos ejes permite comprender en profundidad la manera en la cual el contexto y las relaciones sociales y de poder ubicados en el mismo, impactaron las decisiones y desplazamientos en las trayectorias corporales de las entrevistadas. Es importante mencionar que si bien estos aspectos externos se relacionaron directamente con lo que se podía y no se podía hacer con respecto al cuerpo, quiero mantener el margen de auto-determinación y reflexión de las chicas durante su tránsito (que además no termina)¹³.

El capítulo está guiado por el orden de la narrativa de las chicas y tiene como división principal la llegada a la ciudad de Bogotá. Es decir, en primera medida, voy a presentar lo relacionado con la etapa temprana del tránsito, cuando se encontraban con sus familias y mantenían una cotidianidad en su lugar de origen¹⁴. En segundo lugar, expondré todo lo relacionado con la llegada a Bogotá y el inicio en la prostitución callejera en la ciudad. En ambos momentos las condiciones de posibilidad y los agentes de transformación específicos guiarán los ritmos diferenciados dentro de la transformación que, junto con los desplazamientos, darán cuenta del proceso de construcción de su corporalidad. En estas etapas, se presentan cambios paulatinos y sutiles y otros explícitos y radicales. La clandestinización (que más adelante explicaré) es un tema que atraviesa ambas etapas y que además varía en forma y cantidad dependiendo de la trayectoria.

¹³ Es fundamental para mí no llevar los términos a una falsa alternativa entre agencia y estructura. Escoger uno o el otro es simplemente un terreno infértil: las personas y sus experiencias están siempre intermediando, accionando y difiriendo a partir de sus contextos.

¹⁴ La limitación en la descripción de esta etapa, que considero necesario mencionar, tiene que ver con la cantidad de información. Debido a que mi formato de entrevista puso más atención sobre el periodo de prostitución en Bogotá, pido al lector comprensión sobre posibles vacíos respecto al entorno familiar.

Las figuras centrales en el desarrollo del tránsito y aceptación (o no) de la identidad serán identificadas como los **“agentes de transformación específicos”**. En primer lugar, la familia es clave en la experiencia del tránsito, intermediando, desde el aval o la reprobación, distintas decisiones y momentos de cambio en las trayectorias corporales y de auto-reconocimiento de las entrevistadas. Su aceptación o rechazo se ve influenciado por el inicio temprano o tardío de la transformación, sus creencias religiosas y morales, el papel del padre y la madre diferenciadamente, entre otras cosas. Las “madres”, mujeres transexuales con vasta experiencia y años en el ejercicio de la prostitución, son también personajes centrales en los momentos decisivos del tránsito en las chicas. Ellas, a su vez, guían gran parte de las intervenciones corporales y/o los conocimientos asociados a estos. Están presentes a lo largo de variadas etapas y son, sin lugar a duda, maestras en situaciones asociadas con el trabajo sexual y los cambios hormonales y físicos de las mismas. La influencia de otras mujeres transexuales dentro de los círculos de socialización en la ciudad y dentro de la competencia en las calles del Santa Fe, es también un eje importante en la reflexión de la construcción de su corporalidad. Se encuentran también personajes específicos asociados a cada caso: médicos, dueños de bares, entre otros.

Con respecto a las **condiciones de posibilidad**, hago referencia específicamente al lugar de origen, el cambio generacional y los colectivos sociales en los cuales han estado inscritas las chicas. El cambio generacional, por ejemplo, impacta e impactó de manera directa lo que se podía y no se podía hacer con respecto a la apropiación del espacio por parte de las trabajadoras sexuales. La utilización de prendas femeninas en el espacio público y el cambio en las oportunidades laborales son influenciadas por este. El lugar de origen, sumado a la posición de clase, hacen parte también del contexto, privilegiando o no discusiones sobre minorías sexuales, derechos de la población LGBT, escenarios de desenvolvimiento como desfiles, carnavales y demás. El nivel socioeconómico, ligado en primera medida a su procedencia, afecta de entrada el poder adquisitivo de las entrevistadas, por ende, a sus posibilidades dentro del espacio social. Los diferentes colectivos, pasando desde las instituciones escolares hasta asociaciones en defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales, son escenarios que también moldean sus experiencias y conocimientos sobre el cuerpo y los derechos sobre este. El contexto de la ciudad de

Bogotá, como nueva condición de posibilidad, también es central en la comprensión de los desplazamientos asociados a esta etapa.

Estas dimensiones (condiciones de posibilidad y agentes de transformación) forjan un escenario en donde las experiencias generizadas de las mujeres transexuales con las que he trabajado se comprendan bajo un espacio que no es unidireccional, sino más bien de múltiples movimientos que, sin embargo, no existen de forma desligada y fortuita (aunque en este capítulo son un eje central de análisis, en el resto de la investigación seguirán presentes). En este sentido, dependiendo de la trayectoria de cada una de las entrevistadas, su construcción corporal responde tanto a la presencia de condiciones de posibilidad y agentes de transformación específicos, como a la movilización y conciencia individual acerca de estos. Es decir, desencadenar o no acciones con su cuerpo es también un proceso auto-reflexivo y enmarcado en la auto-determinación.

Según Butler (1993), el “ideal regulatorio”, concepto que toma de la teoría de Foucault, postula que el sexo no solo funciona como una norma, sino como una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna. El sexo, entonces, no es una realidad simple o una conducta estática, sino un proceso que se materializa bajo la reiteración de un discurso que pretende moldear y planificar la corporalidad de los sujetos. La consumación de este ideal debe alimentarse necesariamente de la reiteración forzada, es decir, de la implementación tanto en el campo discursivo como práctico de que lo deberíamos ser y hacer en relación con nuestros genitales. Que esta reiteración sea necesaria, argumenta Butler (1993), significa que la materialidad nunca es completa ni definitiva. Por lo tanto, la re-materialización abre paso a inestabilidades y posibilidades corporales que pongan en tela de juicio la hegemonía de las leyes reguladoras. Estas inestabilidades y reiteraciones se evidencian en las trayectorias corporales de las entrevistadas, cuyas experiencias diferenciadas durante la transformación dan cuenta o de la reafirmación con respecto al binarismo sexual o la desestabilización del sistema heteronormativo.

La pregunta acerca de las distancias y/o cercanías del cuerpo transexual respecto al binarismo sexual y, por ende, a su contiendo potencialmente transgresor, sigue siendo, ante todo, una discusión. Igualmente lo es la afirmación acerca de que *solo* existe en los cuerpos transexuales una perpetuación de los prototipos de lo femenino y lo masculino que de

forma tan radical hemos naturalizado (Buriticá, 2012). En todo caso, cualquiera de las dos posiciones obstaculiza la comprensión de la complejidad de la transformación. Por este motivo, el concepto de *re-materialización* que postula Butler permite poner sobre la mesa, al mismo tiempo, tanto las desestabilizaciones que pueden presentarse en la experiencia transexual, así como su búsqueda por posicionarse en la matriz generizada.

Aquí los conceptos de “performatividad” e “interpelación” son fundamentales, ya que ponen de manifiesto la forma en la cual nombrar y exhortar a un sujeto en torno a una norma —sea policial, social, sexual— es necesariamente entrar en una tensión de apropiación y desobediencia. Además de esta tensión, se presentan paradojas en la concepción acerca de lo “conservador” y “rebelde”, dando cuenta de lecturas muy distintas sobre la significación de determinadas acciones con el cuerpo. Para Butler (1993), todo lo que se opone o trasgrede es a la vez la muestra del éxito de la norma que quiere transgredirse: el “yo” obtiene parte de su capacidad de acción en la medida en que se encuentra en las relaciones de poder a las cuales quiere oponerse. Lo significativo de la teorización de Butler en este punto es la necesidad de exhibir de forma clara la ambivalencia y conflicto irresoluto que se presenta al momento de pensar en la desobediencia. Es decir, llevar a cabo una reflexión detenida en torno a la forma en la cual las matrices de poder interpelan el cuerpo de manera constante y reguladora pero, a su vez, la capacidad en la cual estos cuerpos dentro y a través de esta matriz pueden resignificar y desestabilizar la misma norma reguladora. Esta fórmula no permite entender un sujeto rebelde y transgresor *afuera*, sino siempre dentro y en tensión. La fuerza de la repetición es a la vez la posibilidad y el obstáculo: “No hay ningún sujeto anterior a sus construcciones ni el sujeto está determinado por tales construcciones” (Butler, 1993:183). Esta relación inacabada con el contexto se ejemplifica muy bien en lo que Débora me dijo al finalizar nuestra entrevista, cuando le pregunté de dónde creía que surgía esa inconformidad de género:

“Eso es una cosa como tan espiritual, como que yo tuve una rebeldía de por sí... Todo lo que a mí me dicen que uno no puede ser yo tengo que serlo, es como ir en contra todo el tiempo... Y pues a veces es chévere, como no tragar entero, tener otra versión sobre las cosas, crear tu versión sobre la vida, a veces es muy difícil y desgastante, porque todo el tiempo están como en contra tuya, como la gente...”

Ese “yo” del que habla Butler, encuentra un rostro manifiesto en Débora, Carmen, Yolanda, Margot y Mariela, quienes en definitiva entraron en la tensión que les brindaba su contexto y la adaptación de éstas a su tránsito y deseo de cambiar. En las palabras de Débora está presente una construcción que siempre está en relación y/u oposición a lo que se supone debería ser: la fuerza con la que hoy lidera la comunidad trans en el Santa Fe es también producto de la lucha frente a esas relaciones de poder que la obligaron, al igual que a la mayoría de chicas trans, a salir de su pueblo natal y empezar, al menos en los primeros pasos, sola y a la deriva.

1.1) El lugar de origen y los desplazamientos asociados a esta primera etapa

Uno de los primeros cambios que viven las chicas en la experimentación del tránsito es el uso de prendas y objetos asociados a lo femenino a una edad temprana. Este primer acercamiento suele estar cargado de un sentimiento de culpa y liberación a la vez, en donde el carácter clandestino y oculto de la práctica da cuenta de que aunque a una edad temprana (generalmente se da antes de los diez años) existe ya de forma explícita el miedo a las consecuencias de retar la norma. El desplazamiento, entonces, surge en la prueba de maquillaje, tacones, y “actitudes” femeninas, acciones que tienen generalmente como primera referencia a figuras como la madre, hermanas, tías, etc. Debido a que estos relatos hacen referencia a episodios bastante anteriores, es necesario traer a colación los peligros de la ilusión biográfica, teniendo siempre en mente que estos recuerdos también son producto de lo que hoy en día es su discurso y diario vivir. No es una cuestión de verosimilitud, sino más bien del componente retrospectivo de los relatos biográficos. La naturalización retrospectiva insiste en la atención que debe prestarse al presentar como una necesidad un proceso que, de todas formas, era por lo menos parcialmente contingente en su momento.

Y cuéntame Yolanda, ¿desde hace cuánto tiempo te empezaste a sentir como una mujer?

Yolanda: Yo empecé de mujer a los ocho años, yo me sentía, yo jugaba con muñecas. Mi mamá me llevaba al psicólogo, el psicólogo le dijo “*pues cómprele muñecas al niño*”. Mi papá como no mantenía en la casa, se la pasaba trabajando, entonces yo tenía mis muñecas y jugaba con ellas. Obvio todo a escondidas de mi padre. Si porque mi papá me compraba era muñecos, carros y todo de hombre y yo

*lo dañaba y lo despedazaba, no me gustaba. Yo era feliz con mis muñecas, y me encantan los peluches, todos estos me los ha regalado mi marido...*¹⁵

¿Y en qué momento te empezaste a vestir?

Yolanda: A los ocho años, yo ya cogía las cosas de mi mamá y me las ponía.

¿En qué momento pensaste que te estaba pasando algo, que quizás no tenías que comportarte como un niño?

Yolanda: Ehm, pues yo digo que eso es como de nacimiento, que no quería ser hombre, o sea no. Pero ya me tocaba porque en mi colegio y en mi estudio pues tocaba vestir así como niño. Hoy en día me gusta que las chicas trans puedan estudiar como chicas trans, en su colegio o en la universidad. En esa época yo tenía que ir como chico. Yo aparenté hasta los 18 años que me gradué de bachiller y me tocaba hasta el último día tener el cabello por aquí cortico y todo.

¿Y eso te generaba sufrimiento?

Yolanda: Sí, pero yo quería terminar con un cartón, no me quería venir para la capital sin nada, sin estudio. Tener al menos un conocimiento y superarme más, entonces yo tenía que aguantarme un tiempo. Y efectivamente me aguantaba, yo me transformaba no más los fines de semanas, los que sabían que yo me vestía de mujer y pues llegaba como hombre a mi barrio y a mi casa.

¿Salías a fiestas?

Yolanda: Sí, a reinados y todo.

¿Pero tu familia lo sabía en ese momento?

Yolanda: No, después.

¿Y cuando ya empezaste a dejar de vestirte como chico?

Yolanda: Desde que llegué a Bogotá me vestía de niña todo el tiempo.

En las palabras de Yolanda, se pueden identificar varias tensiones relacionadas con los primeros pasos en el tránsito. En primera medida, es de resaltar el papel de su papá en el proceso de transformación, siendo este el primer agente de rechazo o limitación. Hoy en día su papá no termina de aceptar su transformación. Aunque ella indica que ha tenido que “adaptarse”, sigue llamándola como “mijo” y se niega a verla vestida de mujer “full time¹⁶”. El papel tensionante de los hombres en casa es generalmente una constante en los relatos de las chicas, en donde el miedo por ser descubiertas primero como “mariconas” y segundo como “mujercitas”, marca de forma importante las primeras sensaciones de rechazo y violencia. Su padre esperaba que, como hijo varón, fuera heterosexual y

¹⁵ El cuarto de Yolanda está repleto de peluches de animales y stickers de mariposas; en su cama tiene alrededor de cinco y en su habitación puedo hacer cuentas de más o menos unos quince o veinte. También tiene varias fotografías de los desfiles en los que ha participado a lo largo del espejo principal y las paredes. Su marido se encontraba en la habitación.

¹⁶ “Full time” es un anglicismo (un “préstamo lingüístico”) que hace referencia a vivir y experimentar el tránsito de manera total y constante. Es decir, a diferencia de las transformistas, que ocasionalmente se visten y actúan como “mujeres”, las “full time” empiezan a enfrentar su cotidianidad de esta forma. La expresión suele escucharse al generar oposiciones entre aquellas que se visten ocasionalmente y no “enfrentan” la vida como mujeres trans, las cuales suelen ser asociadas como “trans de clóset”.

“machito” de forma “natural”. Así, el deber de su sexo empezó a ser dicho y enfrentado a la norma. Como agente de transformación, la figura del padre es en este caso muestra del proceso de obstaculización, generando en Yolanda, hasta hoy en día, una frustración por no ser llamada como “ella”.

Lo segundo que llama la atención es la asistencia a un profesional de las ciencias de la salud, depositarios “tradicionales” de la verdad en lo concerniente a las disidencias de género y sexo, y además identificables como agentes de transformación. Más adelante, tomando un tinto en su cocina y con la grabadora ya apagada, Yolanda me cuenta que hasta hace muy poco sus padres creían que “eso” que ella era se le iba a pasar en algún momento. Es decir, que iba a volver a ser ese chico que vivía a escondidas su deseo de verse y sentirse como una mujer. Más allá de si esto efectivamente sucede o es contemplado como una opción por las chicas, lo que existe detrás del deseo de sus padres es la vuelta a lo esencial, a lo “natural” en su hijo. El aval de sicólogo en cuanto a “comprarle muñecas” se postula como inocuo en relación con la fuerza que se supone debe existir en el hecho de nombrarla y criarla como un hombre, lo que tarde o temprano saldrá a flote —como si existiera una cápsula del género instaurada en el centro del cuerpo.

¿Y el sicólogo que te decía?

Yolanda: *Que yo iba creciendo e iba cayendo en cuenta, que yo no iba a ser trans ni nada de esas cosas, pues a mi mamá le dio felicidad, igual me compraba las muñecas. Incluso ella le dijo que me aplicaran hormonas de hombre si es que era que faltaban, pero él les dijo que no, que él no podía jugar con mi salud porque me podía morir, que tenían que esperar a que yo cumpliera los 18 años.*

Existen en el relato de Yolanda escenarios o puntos de fuga, es decir, espacios asociados a la experimentación más formal (pero igualmente oculta) de la vestimenta, actitud y maneras femeninas: desfiles, fiestas, encuentros trans. El transformismo, un desplazamiento respaldado por una audiencia mayor y un escenario formal, se convierte gradualmente en una práctica regular y constante en la mayoría de trayectorias de las chicas. Estos espacios tienen un papel fundamental en el proceso de decisión de convertirse en “full time” y son, con seguridad, los primeros movimientos que alimentaron la necesidad de salir de sus pueblos natales para construirse fuera de su entorno más próximo. Cuando le pregunté a Yolanda acerca de sus modelos de feminidad, contestó rápidamente sobre las concursantes de los reinados de belleza, siendo estas mujeres el modelo a seguir para su tránsito. En este

sentido, los desfiles en Neiva a los cuales podía asistir clandestinamente, constituyeron un verdadero impulso para su transformación. Es en estos escenarios donde Yolanda encontraba una especie de liberación a su cotidianidad con la familia en casa y con sus amigos en el colegio.

El deber por mantener una actitud masculina y varonil durante el bachillerato es otro de los condicionamientos y prácticas asociados a su contexto y espectros de posibilidad. Era prácticamente impensable llevar a cabo el tránsito dentro de las instalaciones de una institución educativa. Por lo tanto, su experimentación halla lugar en escenarios como los desfiles y los momentos solitarios en casa. Además de estos impedimentos, se sumó un miedo por no terminar los estudios en el colegio, lo que suponía a su vez “aparentar” otros comportamientos y prácticas diferentes a los que sentían en relación a su identidad (ser “hombrecitos”). Estos primeros desplazamientos, el uso de prendas femeninas “robadas” en casa y el transformismo, dan cuenta de un aspecto sobre la feminización, y se resume en la imposibilidad de “ser mujer”. Las condiciones de posibilidad son muy limitadas con respecto a sus opciones en el campo educativo y socioeconómico, marcando con fuerza las interacciones en su niñez y adolescencia. La clandestinización en el lugar de origen tiene como instituciones centrales a la familia y al colegio, forzando entonces a las chicas a movilizarse a escenarios en donde encuentran respaldo de pares o de personas ajenas a su contexto social más próximo.

“No venirse a la ciudad sin un cartón” es una preocupación en los relatos de todas las chicas. En esta etapa inicial, y específicamente en el ingreso al bachillerato y, por ende, a la temporalidad de la adolescencia, hay una clandestinidad y ocultamiento total. No ser excluidas dependía directamente de qué tanto invisibilizaban tanto su orientación sexual (para todas era clara la atracción física que sentían por los hombres) como su identidad de género. Este período constituyó una creciente concientización respecto a sus deseos de tránsito, sumado por supuesto al peso de la mirada ya no solo de su familia, sino de una institución y sus reglas. Margot y Yolanda “aparentaron” hasta su graduación en el colegio, Carmen decidió abandonar antes de seguir soportando los chistes y burlas de sus compañeros. Hoy en día sostiene que la educación es fundamental. En el relato siguiente hay también una suerte de resignación con respecto al desarrollo que una mujer trans puede

tener en el ámbito laboral: el cartón de bachiller, para Carmen, no supone la disminución de la discriminación y el rechazo.

¿En el colegio hasta que curso hiciste?

Carmen: Bachillerato ahí medio medio.

¿Y quisiste estudiar algo cuando saliste?

Carmen: No, yo en los últimos meses de terminar mi bachillerato decidí mejor retirarme, porque ya los chicos no eran los mismos con uno, la demora es que se den de cuenta entonces ya empieza la indiferencia, el rechazo, la discriminación, y ya como que se empiezan a burlar los unos con los otros, echarse sátiras, entonces antes de eso decidí más bien no terminar, además yo decía para qué un cartón de bachiller si solo el hecho de ser marica ya paila, como te digo, en esos tiempos, te estoy hablando de hace 20 años nosotras no teníamos oportunidad de nada, ni siquiera de trabajar pelando papas, o éramos putas o éramos peluqueras, de ahí no se nos daba otra oportunidad, entonces por eso uno no pensaba tanto en eso del estudio ni nada, porque uno para aprender a cortar un cabello no necesita ser graduada, entonces por eso no.

Hay unas condiciones de posibilidad diferenciadas en el caso de Yolanda y Carmen que, a su vez, impactaron los desplazamientos asociados a su tránsito y las relaciones futuras con su familia. Yolanda es oriunda de Neiva en donde, según ella, las mujeres trans todavía están en su mayoría invisibilizadas. Este es un escenario muy distinto al de Tocaima y Viotá, donde según Carmen y su hermano, las trans “nacén hasta de una mata”. Analizar si existe o no una inclusión y reconocimiento efectivo debido a la alta presencia de mujeres trans en los lugares que describe Carmen, es otro tipo de cuestionamiento, que además necesita sustento empírico. Sin embargo, que existan festivales en donde “maricas” de pueblos vecinos lleguen trepadas y que las peluquerías sean en su mayoría comandadas por mujeres trans, supone, al menos en primera medida, un ambiente más “desenvuelto” en relación con la transexualidad. Esta condición de posibilidad está ligada al lugar de origen, contexto que a todas luces orientó y marcó de manera importante el conocimiento respecto a las acciones que podían llevarse a cabo con el cuerpo. En este aspecto, Yolanda y Carmen tuvieron experiencias diferenciadas.

¿Y en Neiva hay bastantes trans como una las puede ver acá?

Yolanda: Están más escondidas, son solo como diez chicas no más las que salen los fines de semana. Y entre semana están en las casas vestidas de hombre.

¿No hay full time?

Yolanda: No, así como en Bogotá que se ven que trabajan en el día y salen así, no, está prohibido allá. Incluso cuando yo viajé, por la Samper [una vía en Neiva] me

contaban que los policías les daban unas manos. Yo les dije por qué no denunciaban en los derechos humanos y el policía me quedó mirando así. Yo le decía grábenme un video y lo mostramos aquí en Bogotá. Pero ninguna hace nada. Dizque las cogen y les dan horrible.

En el siguiente, apartado Carmen me cuenta sobre la presencia de mujeres trans en su pueblo natal:

Entonces allá en Tocaima se ven bastantes...

Carmen: Claro, pero es que allá es una mata, Tocaima es una mata, Viotá es una mata (risas).

Hermano¹⁷: Claro, hay muchas pirobitas, perdón que me meta, incluso yo tengo una amiga mía, yo mismo le alcé el niño y fui al hospital y todo, amiguísima mía, y me decía que fuera el padrino, bueno, últimamente cuando regresé, nos volvimos a encontrar, y me dijo que si me acordaba de su hijo, y me dijo mire y ya es una pirobita completa, y eso por allá pues normal, hay muchas.

Aunque los episodios de violencia están presentes en los relatos de absolutamente todas las chicas, en Neiva, según comenta Yolanda, es más difícil llevar a cabo una denuncia o resistencia frente al abuso. Esta situación se acrecienta debido a la clandestinización y marginalización, las cuales pueden mermar —aunque no desaparecer— en la medida en que se reconocen públicamente como colectividad política y ostentadora de derechos.

Como se observa en el relato, ser “putas o peluqueras” es una disyuntiva que con seguridad atraviesa un porcentaje altísimo de mujeres transexuales llegadas a la ciudad. Al respecto, Nancy Prada (2002), en su artículo sobre “Trabajos transexualizados: espacios laborales feminizados para las mujeres trans”, lleva cabo una caracterización y análisis de los principales factores involucrados en la “transexualización” de las labores asociadas a la peluquería y el trabajo sexual en Bogotá. Aunque su investigación tiene como referente principal a mujeres trans desplazadas por el conflicto armado en el país (ninguna de las entrevistadas de este trabajo lo es), sus reflexiones se adecúan a los relatos y trayectorias de vida de las chicas que hacen parte de esta investigación. Los componentes asociados a las escasas oportunidades laborales en la ciudad se entrecruzan en las historias de Carmen, Yolanda, Margot y Débora, quienes, si bien no fueron desplazadas por las armas, sí lo estuvieron por el rechazo inicial de su familia, el miedo a la estigmatización y las violencias

¹⁷ Debo aclarar que el hermano llegó cuando llevábamos alrededor de una hora y media de entrevista, por lo cual hay apartes en donde se encuentran su opinión y sus preguntas.

emocionales y físicas. A continuación, la autora resume de manera eficaz las complicaciones de llegar a la ciudad:

También, eran muy jóvenes cuando se vieron forzadas a dejar sus lugares de origen e irse a probar suerte a ciudades intermedias y a la capital del país. El hecho de ser jóvenes, contar con escasa educación y pocas redes en los lugares a los que llegaron, sumadas a las discriminaciones de las que son víctimas por su identidad de género, en tanto mujeres trans, dificultó su vinculación al mercado laboral. Éste, sólo les ofrecía la posibilidad de trabajar remuneradamente como estilistas o prostitutas, es decir, en espacios en los que las mujeres trans tradicionalmente se han desempeñado. (Prada, 2002: 22)

El análisis respecto a las posibilidades de trabajo en sus lugares de origen generalmente se desliga en un deseo de movilidad hacia la ciudad, lo cual se suma a la angustia por el enfrentamiento no deseado con amigos, familiares y círculos de socialización tempranos una vez comienzan los cambios físicos. La aceptación de la familia es un proceso largo y muy pocas veces llevadero. La mayoría de las chicas mantienen relaciones tensionantes con sus familias y lugares de origen. Quienes logran establecer una relación franca y directa con sus familiares atraviesan momentos de rechazo y soledad, y es sin duda un proceso que requiere tiempo y aceptación de ambas partes. La familia es el agente de transformación central en este contexto.

Margot, por ejemplo, vive a la par con un sentimiento de culpa y liberación, ya que fue solo hasta que su madre murió a causa de una enfermedad, que decidió empezar el tránsito “full time”. Aunque se vestía ocasionalmente con prendas femeninas y ya mantenía a escondidas el crecimiento de su pelo, su mamá jamás se enteró de su deseo de convertirse en mujer. Margot es de todas las chicas con las que trabajé, quien demuestra más nostalgia respecto a las relaciones con su familia. Sus hermanos la rechazaron en el momento en el cual estuvieron al tanto de su homosexualidad, y esto solo aumentó cuando sospecharon del tránsito. Cuando me mostraba las fotos de su graduación (también compartió la preocupación por obtener un cartón y el miedo de venirse a la ciudad sin estudio) no hacía más que hablarme de todo el amor que le tuvo a su madre difunta. Paralelamente me mostraba a todas sus “tragas” del colegio. Lo único que realmente la frenó de llevar a cabo antes la transformación fue el miedo de la reacción de su madre, para la cual ya era suficiente agravio si quiera la posibilidad de que su hijo fuera gay. En su trayectoria, está

muy presente la importancia del conocimiento tejido en red, al cual solo tuvo acceso cuando llegó a la ciudad de Bogotá, igualmente la presión que ejerce el círculo familiar en la aceptación o rechazo de la transformación.

¿Y ya más adolescente?

Margot: Solo me metía con hombres...

Y en ese momento no querías verte como una mujer...

Margot: No, yo no tenía en mi pensamiento todavía eso. Pero cuando estaba como en cuarto quinto de bachillerato más o menos ya empecé con unas amigas de la escuela y de pronto ellas me descubrieron. Me decían vamos a hacer el reinado de no sé quién y bueno todos los fines de semana, y me pintaban y me ponían tacones y ahí empecé a arreglarme. Cuando mi mamá no estaba yo me pintaba y me arreglaba.

¿Cuántos años tenías ahí más o menos?

Margot: Yo tenía como unos 18, 20 años, por ahí ya empecé a arreglarme pero a escondidas de mi mamá. Pero de todas maneras yo tenía mi novio a escondidas, pero yo creo que mi padrastro me vio con mi novio, si porque le dijo a mi mamá que yo era marica, como dos veces con lo mismo. Mi mamá me preguntó si a mí me gustaban los hombres, yo le dije “no mamá”, y fue ese viejo hijueputa el que le dijo a mi mamá, ¿por qué quien más? Y ella me dijo: “yo no quiero un hijo marica”, entonces fue cuando yo me guardé, yo le decía que cuándo me había visto ella con un hombre. Y como yo en mi casa entraba era amigas gallinas¹⁸, yo no entraba hombres. Y cuando ella me dijo que no quería un hijo marica fue cuando yo más me guardé en mi caparazón, así como una tortuga. Yo lo tenía todo: estudio, ropa, como le iba salir yo con un chorro de babas.

¿Eso te generaba dolor?

Margot: Dolor, no. Me generaba temor que mi mamá supiera porque yo no quería que ella sufriera tampoco, no ve.

Primero, todo en el relato de Margot se hacía “a escondidas”. Salirle con un “chorro de babas” a su madre era igual a confrontar y hacer público tanto su deseo de cambio, como su orientación sexual. Su mamá fue tanto el motivo de su introversión, como también el de su transformación. Este agente cumple un papel radical en la historia de vida de Margot, y sigue siendo, con seguridad, la sombra tanto de sus amores más profundos como de los miedos de su infancia. Su historia está cargada de episodios de abuso y violencia en su niñez. Su padrastro, nuevamente la figura masculina en casa y leído como agente de transformación, es probablemente la imagen que más le genera desprecio y rencor hoy en

¹⁸ Por el momento, es suficiente aclarar que con el término “gallinas”, Margot se refiere a las mujeres no transexuales.

día. Margot me cuenta, un poco en código, un poco evitando ser muy explícita, que él se había dado cuenta de lo que hacía con “sus amiguitos” cuando era pequeñ(o). A partir de ese momento, empezaron abusos físicos y emocionales. Su madre era una mujer extremadamente religiosa y conservadora, por lo que nunca sintió la confianza necesaria para confesarle lo que pasaba con su esposo y con ella misma.

Débora es la única de las entrevistadas que vive actualmente con toda su familia en la ciudad de Bogotá. Como puede evidenciarse en el relato a continuación, la clandestinización era un proceso “normal” en su trayectoria. Aunque me indica que siempre sintió que era muy “andrógina”, su familia no estuvo al tanto de su transformación sino después de varios años de permanecer sola en la ciudad. Las pertenencias (maquillaje, ropa, etc.) de la hermana y la mamá son los referentes del desplazamiento para ella, además de hacerse cargo de las labores de la casa, también sujetas a una interiorización de roles de género estandarizadas. La imagen de la familia es, en esta etapa inicial del tránsito para Débora, igual al ocultamiento de sus deseos de tránsito y transformación. El final del relato confirma la actitud complaciente de su madre, la cual tuvo una aceptación total sobre el auto-reconocimiento de su hija. Entender qué sucedía con sus sensaciones y cambios a una edad muy temprana era una pregunta que me generaba mucha inquietud. La forma en que Débora responde da cuenta de las tensiones dentro de la desobediencia, siendo, por un lado, consciente de la norma, pero a la vez transgrediéndola de manera “oculta”. Hoy en día mantiene una convivencia tranquila con su familia, convirtiéndose en agentes de transformación positivos en su trayectoria de vida.

¿A qué años iniciaste el tránsito, la evolución, por llamarlo de algún modo?

Débora: No sé, desde peque... Era una cosa como que uno ni siquiera entiende... Es una cosa inconsciente que si uno se pone a hacer memoria, claro, se da cuenta de un montón de maricadas, ¿sabes? Era inconsciente pero como consciente a la vez, como con vergüenza, siempre había un miedo a ser... Además, le decían a uno que era malo, que era indebido, y no sé qué... Pero yo sí me acuerdo como de maquillarme, de ponerme las cosas de mi hermana, de mi hermana menor además entonces se las dañaba (risas), eh, no sé, el maquillaje de mi mamá... Y siempre que estaba sola yo usaba tacones, y me amarraba una toalla en la cabeza y empezaba a barrer y a hacer oficio... Hacía entaconada todo el día oficio. Yo desde pequeñita manejo tacones porque yo era feliz. Apenas que yo viera que iba llegando la familia, yo ya me iba quitando todo y me iba limpiando la cara, quedaba limpio. Claro, mi mamá igual se las pillaba, pero ni siquiera se ponía brava, me decía “no me dañe el maquillaje, no me tuerza los tacones” (risas) y era lo único por lo que

se ponía brava... Mi mamá me ha apoyado mucho, ¿sabes? Me compra cucos... Me hace vestidos... Me compra carteras, maquillaje...

Carmen, desde hace ya varios años, cuenta también con el apoyo y el aval de su familia. Este es uno de los casos en donde el rechazo contundente es matizado por una experiencia amable con la transformación: para sus sobrinos es la tía Carmen y para sus papás la niña de la casa. Cuando decide ir a visitarlos a Tocaima, me cuenta que su padre organiza la cancha de tejo y pide pollo para compartir. Su hermano me confirma en la entrevista que ella es la consentida del hogar. La situación de Yolanda es muy diferente, ya que a pesar de que se viste y se siente como una mujer, para sus padres sigue siendo “él”. Igual que para Margot, quien no es reconocida por su familia cercana (sus hermanos) como una mujer trans.

Tu familia cómo tomó el tránsito, cuéntame cómo fue esa historia...

Carmen: Pues como suele pasar en todas las familias... Los papás pues... Vos sabes que los sueños del papá es ver que uno sea un hombre, que sea ejemplar en la familia, que engrandezca la familia, y como todo pues sí, les dolió en un principio, les dolió saber que tenían un hijo así y pues sí fue un poquito duro... Pero como dice el dicho al final hijo es hijo y toca aceptarlo tal y como es... Que logren lo que ellos quieren en la vida y eso es ser felices. Y si la felicidad fue esta pues bendito sea el Señor que tengo un apoyo, que es que los tengo a ellos que siempre me han apoyado y han estado conmigo en las buenas y en las malas... Y por eso soy muy feliz.

¿A qué años empezaste el tránsito tú, Carmen? ¿En qué momento empezaste a sentir que no te sentías como un hombre?

Carmen: A los 16 años, ya a los 18 años empecé el tránsito, la demora era que mi papá supiera que era gay...

¿O sea siempre supiste que te gustaban los chicos?

Carmen: Exacto, entonces mi papá siempre por ser el macho colocó obstáculos en la vida de uno... Entonces pues él me aceptó. Me dio permiso de ser lo que yo quería ser. Más, sin embargo, me dijo que él nunca quería que yo fuera más que otro, es decir, de un hermano que yo tengo por ahí, que no fuera más que él.

¿Más en qué sentido?

Carmen: O sea, que si iba a ser una marica que fuera como él, o sea, que vistiera como hombre, fuera un hombre, más no quería nunca verme vestido de mujer, pero eso fue como darme la oportunidad, porque cuando él ya me aceptó yo dije ya que sea lo que Dios quiera porque lo que uno quiere es sacar todo aquello que uno quiere ser y mi sueño nunca fue ser una piroba, sino una mujer. Ser totalmente una mujer, tener mis senos, tener mi cuerpo, tener todo.

Vale la pena mencionar brevemente el papel doble del padre como agente de obstaculización y a la vez como el depositante del aval referente a la sexualidad de su hij(o). Al igual que en el caso de Yolanda y Margot, existe una presión importante, o más bien un miedo, respecto a lo que puede pensar y opinar. En el momento en que la aceptó, en primera medida como gay —debe decirse que con el referente de su hermano—, Carmen se sintió libre del primer peso del deber (ser heterosexual por el hecho de “nacer hombre”). Llama la atención la angustia del padre en el hecho de “ser más” que su hermano gay, lo que denota una especie de niveles de control y distanciamiento de la hombría.

El caso de Mariela es el que presenta más distanciamientos y complicaciones con las relaciones familiares y de entorno. Desde muy pequeña fue abandonada, y la prostitución y las calles se convirtieron en su escuela. Las instituciones de bienestar familiar y los hogares de paso son, en su historia, los agentes de transformación, generando en ella profundos sentimientos de rechazo y una exposición contundente a la violencia estructural. Los desplazamientos físicos y corporales de Mariela no estuvieron enmarcados en contextos educativos y familiares, ya que la calle la recibió como la niña que desde muy pequeña recuerda haber sido. A diferencia de las otras entrevistadas, tampoco se movilizó entre ciudades, ya que el contexto de la prostitución callejera estuvo, literalmente, frente a ella todo el tiempo.

¿Y tu familia como lo tomó?

Mariela: No, pues no tenemos relaciones de ninguna especie, no hablamos, no conversamos, somos muy aislados, ellos allá y yo acá.

¿Desde esa edad de los 15 años?

Mariela: No, a los seis años fui botada a la calle, de seis a siete por mucho.

¿Y ahí te fuiste a dónde o quién te recibió?

Mariela: La crianza fue en la décima con décima, eh, yo me crie ahí al pie de la droguería Rosas y ahí fue que empecé a conocer el mundo de la prostitución, el mundo de las drogas, el mundo de vivir en la calle.

¿Desde qué años empezaste en la prostitución?

Mariela: No, desde que soy muy pequeña, porque precisamente en la décima hace 20 años era una zona de prostitutas. Desde la Hortúa hacía acá, ya era zona de prostitución y ya habían niñas prostituyéndose, jóvenes... También existía el gran cartucho que ahora pues ya no existe... Que ahora es un parque, aunque yo no lo veo nada de parque, que uno diga que aquí hubo algo, aquí existió algo... Porque yo digo que dentro de ese terreno habían muchas vivencias, muchas muertes macabras, descuartizados, molidos, enterrados, eh, porque ese era un mundo muy fuerte. Siempre conocí fue el mundo de la prostitución, nunca conocí otro mundo externo a la prostitución.

¿Y ahí te prostituías como chica?

Mariela: Sí, siempre como chica.

En el siguiente relato de Carmen sobre la peluquería, la experiencia con el cuerpo empieza a manifestar estrategias de visibilización y ocultamiento dependiendo de la relación con su familia y entorno. “La Memus”, agente de transformación de quién Carmen habla en su relato, terminó convirtiéndose en su primer referente trans, además de ser quien primero se percató de lo que ese “niño” pequeño venía sintiendo y experimentando en relación con su identidad de género.

¿Y cuándo supiste que existía algo como trans o que significaba?

Carmen: Yo creo que sí lo entendía porque mi mamá siempre fue vanidosa cuando joven y ella siempre iba a la peluquería de las maricas y da la casualidad, vos sabes que por eso yo digo que uno nunca tiene que prohibirle nada a nadie, porque es lo que más buscan los hijos. Mi mamá siempre que nos llevaba a la peluquería nos llevaba a una peluquería de hombres, de viejos, pero cuando ella se iba a arreglar el cabello de una iba a donde las maricas, a nosotros nunca nos llevaba por allá. Entonces, da la casualidad que a mí se me metió la duda, más cuando yo las veía a todas esas maricas y todo y cuando pillaba a “la Prima”, a “la Memus”, yo las pillaba a ellas y yo me daba de cuenta a leguas que no eran mujeres, tenían su fisonomía sí, de una mujer, porque la “Ani” tenía su cuerpo pero a ella la voz la mataba, y la mataba en todo el lado porque tiene un vozarrón grueso, entonces yo me preguntaba... y son bonitas, porque da la casualidad que la mujer transgenerista se diferencia mucho de la mujer normal porque ella siempre tiene que buscar la forma de verse bien. Entonces todo eso yo lo analizaba y decía “algún día”, yo decía qué maricas tan bonitos, inclusive a veces llegaban de Agua de Dios, y otros pueblitos de alrededor y se reunían en unas ferias y fiestas del pueblo, se reunían todas las maricas y pa’qué pero llegaban unas maricas preciosas, viejas pero cachesudas, mejor dicho, llenas de cosas...

La forma en que Carmen rememora los momentos en que “La Memus” l(o) veía pasar diciéndole que no fuera tímido(o) y que podía ir cuando quisiera a visitarla a la peluquería, está llena de risas y ojos brillantes. A través de estos encuentros y referencias, la experimentación en los cambios físicos y actitudinales empezó a generarse dentro de un espacio de aceptación: la peluquería. También fue ella la primera persona que le preguntó de frente y sin tapujos cómo quería llamarse en el fondo. A partir de ese momento todo cambió para Juan Antonio, quien ya marcaba desde hacía tiempo sus pertenencias y cuadernos con el nombre de Carmen.

A continuación, me cuenta la forma en la que “La Memus”, su “madre”, la inició tanto en el trato hacia los hombres, como sobre sus procesos identitarios. El relato también da cuenta de forma directa sobre la manera en la que “pollas” o “hijas” se ven influenciadas por las decisiones de las “madres”:

Y tú no le habías dicho nada [a la Memus]...

Carmen: No, nada, él era el único que sospechaba, le decía a las otras maricas que me dejaran quieto porque yo era una niña futura, se van a dar de cuenta, decía: “me dejo de llamar la Memus y se van a dar de cuenta” y yo haciendo mis tareas y de todo, y yo pensaba que por qué me cogía así de parche, y yo siempre que bajada así el pueblo, pasaba por la peluquería de ella y me decía que entrara, que cogiera confianza... yo pasaba rápido y pensaba que qué dirá la gente de mi porque ella me decía dizque “mija” y hay veces decía “allá va la pollita, ahí va una polla”, hasta que sí, llegó el día en que salió la polla que tanto la marica decía y fue en una ferias y fiestas en Viotá. Porque a mí me invitó un hombre, había un hombre que estaba a la pata mía...

¿Pero tú ya habías tenido relaciones con hombres en ese momento?

Carmen: Sí, ya, eso fue cuando tenía 15 o 16 años. Había un hombre que quería que yo me fuera a trabajar con él, era un finquero, un viejo de plata, y el viejo me llevó a las ferias y fiestas de Viotá, en eso estaba la Memus, la Mini, la Pega, estaban todas las maricas del vecindario de pueblos en esas mesas. Cuando la Memus vio que yo pasé con el viejo, la Memus no quitó la mirada cuando yo iba pasando, la Memus diría dizque “hmm dizque no es polla esta hijueputa (risas) ya con el puyón”. Cuando yo pase así y no, no aguantó las ganas, de una fue y me dijo: “venga para acá, usted que hace por ahí sola polla” y yo “ay no, no me diga así” y el viejo se quedó pasmado. Y yo le decía que no sabía quién era él, y bueno se fue pa’l baño a mear o a yo no sé qué, cuando me va y me coge la otra del esqueleto que yo llevaba puesto y fue y me sentó: “Miren, les presento a mi hija” yo quedé así en stop, y todas las maricas diciéndome que me tomara un trago y yo con esos nervios, yo me sentía hasta mal. En esos tiempos las maricas nos tenían a tres o dos pirobas en el sorteo ya, haga de cuenta las pollas que ellas criaban para que fueran las hijas de ellas. Y entre ellas yo calé, porque la otra dijo “no tranquila, te quedaste solo verdad” y yo sí, y la marica dizque “ahorita nos vamos con la Marisol, allá tengo dos litros de aguardiente en la peluquería y nos ponemos a comernos a todos esos soldados” porque ahí al lado de la peluquería de la Memus quedaba el batallón, me decía: “tranquila mija que tu conmigo no pierdes, comida es lo que hay” (risas). Eso empezaron a relacionarse y me preguntaban que como quería llamarme y yo calladita, y me decían que tranquila, hasta que les dije “ay, Carmen”. Me decía: entre en confianza, estamos entre maricas, y yo “Ay, Carmen, mucho gusto” (risas) y ya me empezaron a brindar aguardiente.

Ellas eran adultas pues...

Carmen: Claro, haga de cuenta nosotras éramos las niñas pues y ellas las madres de nosotras, para que las maricas siempre nos hacían respetar a las pollas, y no teníamos que darles plata ni nada, eso era como una familia, que acá como es puteo, allá era un ambiente más que todo como familiar, que llegaba un finquero, y

decía que nos fuéramos pa' la finca, y la buena con ustedes, entonces las maricas nos decían y nos íbamos pa' la finca, ellas sin embargo nos hacían respetar, pero entonces para los hombres la payasada eran con las pollas, no con ellas. Ellas iban más que todo como por broncearse, tomar, comer pero en cambio los hombres buscaban era a las pollitas, nosotras permanecíamos en la piscina chupando trompa (risas) pero la pasábamos rico, uno muchas veces extraña la adolescencia, de la vida de una lo que más disfruta es la adolescencia, la adrenalina, todo eso es lo que más le gusta...

Como puede evidenciarse, la significación del papel de la madre llega a calar hasta en la identificación de género misma: Carmen empezó a *decir* su nombre femenino, hasta que la Memus intervino en su vida. Este episodio es posterior a momentos en los cuales Carmen tuvo contactos rápidos con La Memus, la cual se había encargado de hacerle saber que podía contar con ella, y que en la peluquería la recibiría (ya utilizaba la denominación femenina para referirse entonces a “él”) con gusto. Decir que las maricas ya tenían “en sorteo a dos o tres pirobas para ser sus hijas”, demuestra una especie de ritualización, que de hecho puede leerse como una práctica sistemática. Es importante mencionar que el contexto de Viotá, como había sido descrito con anterioridad, da cuenta de un ambiente más “desenvuelto” con respecto a las experiencias de la transexualidad, empezando porque estas ferias de “maricas” se llevan a cabo anualmente desde hace aproximadamente 20 años. Estos escenarios generan unas relaciones “familiares”, como lo indica Carmen, en donde el nexo con la “madre” no se fundamenta únicamente en el provecho económico que la misma puede obtener de la situación. En el Santa Fe, en cambio, sí existe una dinámica clara de interés monetario y circunstancial, lo que no significa tampoco que todas y cada una de las madres sólo actúen bajo este precepto.

La clandestinización asociada a esta primera etapa (“no poder ser mujer”) obliga a las chicas a mantener una serie de excusas para evitar el contacto con la familia. Mentir se convierte en una práctica sistemática en muchas de las experiencias transexuales: ocultar los motivos del desplazamiento y la constante evasiva de visitas al hogar termina por establecer, al menos en primera instancia, una doble vida. Las familias se preguntan constantemente por la vida laboral de las chicas fuera de su lugar de origen, ya que al momento de desear con firmeza empezar como “full time”, la opción primera es desplazarse hacia la ciudad. A continuación, Carmen relata los pretextos que le contaba a su madre:

¿Cuánto paso para que tu pudieras volver a tu casas como Carmen?

Carmen: Fue una experiencia, como le dijera yo, cuando yo me vine de Tocaima duré como seis meses sin bajar. Más, sin embargo, yo le enviaba plata a mi mamá. Ella me decía ¿y eso?, ¿En qué estás trabajando mijo? Yo le decía “mamá, yo trabajo en las librerías de panamericana, yo me gano comisión por vender libros”, y ella, “uf, pero a usted le va muy bien, por qué no ayuda a su hermano para que se meta allá a la panamericana a trabajar” y yo “no, mamá, es que ahorita no necesitan personal” (risas). Hasta que un día mi mamá me dice: ay usted por qué no viene a la casa, ya son seis meses que no viene mijo y yo diciéndole que tenía mucho trabajo, que no podía.

Débora también mintió...

¿Eso lo sabía tu mamá por ejemplo, que estabas acá en la ciudad prostituyéndote?

Débora: ¡Noo!, yo le decía que yo trabaja en un bar, que atendía una rockola, entonces pues mi mamá se vino para acá para Bogotá con mis hermanos y nos pusimos a vivir juntos y nada, nos fuimos por allá al 20 de julio, yo decía que yo trabajaba en una peluquería, entonces salía con el bolso de peluquería, pero adentro tacones, medias veladas, un trajecito chiquito...

¿Y no era muy difícil encaletar todo eso?

Débora: Pues claro, además las mamás se dan cuenta de todo, aparte llegaba borracha al otro día, con plata (risas) cómo “¿usted por qué toma en la peluquería todos los días?” (risas)...

Ahora bien, en aras de rescatar la singularidad de los casos, es importante mencionar que uno de los desplazamientos físicos que suelen estar asociados a la etapa posterior de la llegada hacia Bogotá, Carmen lo llevó a cabo en su lugar de origen. La práctica de hormonización no asistida fue el primer desplazamiento corporal explícito que Carmen experimentó con su cuerpo. Esta es generalmente la primera estrategia inmediata y a bajo costo que pueden probar sin mayores contratiempos, y que a diferencia de otras chicas, Carmen empezó junto con su familia como posible observadora. En el siguiente apartado, me cuenta cerca de sus primeros cambios hormonales:

¿Pero eso lo empezaste a pensar desde los 16? [empezar su tránsito]

Carmen: Desde los 16, pero entonces ahí me afilié a la droguería...

¿Cómo así a la droguería?

Carmen: O sea es que mejor dicho... estar inyectándome hormonas femeninas y todo, entonces ya mis transformaciones se fueron viendo, ya por lo menos empecé a sacar senos, las piernas se me empezaron a engruesar, todo y pues todo fue cambiando en mí, además en plena adolescencia el cuerpo sale a relucir, lo más rápido, entonces a los 18 años ya de verme que tenía que tramoyarme los senos, escondérmelos, ya los senos día tras día estaban creciendo a flor de piel. Mi mamá ya empezó a sospechar, mi mamá me decía que si era que yo me dejaba chupar las

tetillas de los hombres, porque eso estaban creciendo hartísimo, entonces de verme yo así me sentí como acosada, y al verme yo acosada lo que hice fue empacar mi ropita y chao.

¿A ti te gustaba ese cambio?

Carmen: *Obvio, yo me miraba al espejo y yo no lo podía creer, porque da la casualidad que en estos tiempos había una amiga, que en paz descanse, que a ella también las chicas transgeneristas del pueblo la estaban transformando, ella estudiaba en el colegio del pueblo y entonces ellas la estaban transformando y de todo, y da la casualidad que ella era muy velluda, el pecho era totalmente velludo, pero entonces a ella le estaban creciendo unos senos hermosos, y yo se los envidiaba, yo pensaba: ay Dios mío como le están creciendo esas tetas a la marica esa, y que ella lo afrontó todo, con la familia, con los hermanos, con todo, ella nunca se fue del pueblo, se hizo mujer frentiado. Mientras que yo no, yo no lo hice porque yo misma fue la que busqué aislarme porque me sentía mal, más con los amigos, los vecinos y pues que de un momento a otro me vean transformada en una mujer pues iba a causar impacto, entonces yo por eso decidí aislarme y ahí fue cuando ya me vine para la ciudad. Las amigas sí me decían: “Carmen nunca se vaya para la ciudad, usted sabe que al lado de nosotras usted aprende la peluquería y con el tiempo nosotras le colaboramos y montas tu salón propio, pero no te alejes para la ciudad porque la ciudad es lo peor, más que usted es polla, usted es una culicagada y se va para la ciudad y allá las mismas maricas del gremio no la aceptan, se llenan de odio, la cachetean, la apuñalean, hasta una muerte se la gana así por el solo hecho de ser así, eso es un mundo totalmente diferente, por eso nosotras le decimos que se quede aquí en el pueblo, que aquí en el pueblo tú te superas, estudias belleza, aprende al lado de nosotras y ahí vamos trabajando entre todas en grupo”. Pero entonces yo no, mi sueño no era quedarme estancada, en pocas palabras, por eso yo decidí venirme para la ciudad, dije que sea lo que Dios quiera y ya.*

En sus palabras, se pueden evidenciar varias situaciones referentes a los procesos asociados a la construcción corporal. En primera medida, es fundamental entender el papel de los agentes de transformación, ya sean en este punto “pollas” o “madres”, en la consecución de cambios leves o radicales. La transformación es siempre una experiencia compartida (y, en este sentido, social), es decir, una serie de momentos diferenciados y paralelos que se construyen y mutan inter-relacionadamente en sus círculos de socialización. La mayoría de chicas deciden intervenir corporalmente en la medida en que comparten y viven en compañía de otras agentes de transformación: “madres” que se intervinieron décadas antes, compañeras de trabajo sexual que se someten a cirugías y cambios físicos, cuerpos y rostros de “pollas” que les generan preguntas acerca de la deseabilidad de sus cuerpos, etcétera. También es inter-relacional porque dependiendo de la cantidad y calidad de los productos ofertados para la transformación, las relaciones entre el cuerpo y el cambio se hacen más

fuertes o más débiles: Carmen, de 38 años, no tuvo las alternativas de variedad de procedimientos y sustancias que tiene Débora, de 28.

Con respecto al desplazamiento corporal, el momento en el cual la transformación empieza a generarse desde la intervención directa en la materialidad del cuerpo, y los cambios comienzan a ser visibles y palpables, muchos miedos y preguntas, al igual que esperanzas y alegrías, empiezan a rondar de manera fáctica la vida de las chicas. Ya no solo se trata de vestirse a escondidas mientras los familiares no se encuentran, o asistir esporádicamente a desfiles y fiestas. Desde la primera hormonización, para aquellas que la llevan a cabo, la transformación, como lo fue para Carmen, se vuelve el camino y la elección: tener que ocultar sus senos en crecimiento la llevó a considerar seriamente el desplazamiento fuera de su lugar de origen. Igual lo fue para Margot, quien ya no resistía más tener que cortar su pelo para portar el gorro de celador en la empresa de vigilancia en la que trabajaba, por lo que decidió renunciar definitivamente. Yolanda, de forma similar, se alejó de sus padres para disponer de su cuerpo de forma más directa: cuando llegó a Bogotá se tatúo inmediatamente, situación que su mamá siempre había reprobado en el lugar de origen. Estas circunstancias suponen momentos claves en las relaciones con su cuerpo y sus trayectorias dentro de la transexualidad y son desplazamientos sutiles que terminan incidiendo profundamente en sus trayectorias.

La ilustración de desobediencia para Yolanda, a diferencia de lo que se pueda pensar, tiene más el rostro de un tatuaje que de una operación de senos o cola. Es decir, las ambivalencias respecto a lo rebelde y conservador están muy presentes en este ejemplo: para ella significó un verdadero distanciamiento de los preceptos religiosos de sus papás el hecho de tener tatuajes a sus espaldas, no necesariamente llevar a cabo un proceso dentro de la transexualidad. Estos cambios sutiles (el pelo de Margot) y/o drásticos (la hormonización de Carmen) son todos imprescindibles para el reconocimiento de su cuerpos y experiencias asociadas a los tránsitos. Margot, por ejemplo, tiene una visión absolutamente conservadora sobre el papel de la madre y la “mujer” en su vida, lo que se contrapone o “choca” con el simple hecho de trasgredir su imagen de “hombre” con el objetivo de sentirse como “ella”. Son estas ambigüedades las que se hacen más inteligibles en la imagen de un espacio con movimientos y velocidades diferenciadas, ya que cada

tránsito responde a una historia particular, así como a unos deseos mutados y generados colectivamente.

1.2) La llegada a Bogotá: las paradojas inmersas en la conquista del cambio en el contexto de la prostitución

Este apartado tiene la intención de exponer de manera más específica la relación entre la prostitución y la construcción corporal en las experiencias de la(s) transexualidad(es). Este nuevo contexto, asociado a nuevas condiciones de posibilidad, moldea de forma explícita la experiencia del tránsito y los diferentes tipos de desplazamientos que se dan en la búsqueda de la “feminidad” ya fuera del lugar de origen. Aquí presento lo relacionado con las experiencias en los bares, los desplazamientos en la vestimenta y actitudes, los peligros asociados al inicio de la prostitución y una profundización respecto al papel de las “madres”. Todo lo anterior conduce básicamente a la apropiación de nuevas disposiciones, así como a la identificación de distintas estrategias para abordar los clientes y las relaciones sexuales inmersas en el ejercicio de la prostitución. El contexto de la ciudad de Bogotá aceleró a su vez numerosos desplazamientos corporales, desde la intervención química y radical en el cuerpo, hasta la manera de desenvolverse y reconocerse en los nuevos colectivos. Todas las chicas, menos Mariela, se desplazaron de sus lugares de origen hacia la ciudad para emprender una búsqueda tanto en oportunidades laborales como libertades con su cuerpo.

Me gustaría iniciar el apartado con una reflexión sobre las miradas prototípicas sobre el ejercicio de la prostitución. Una lectura mecánica y simple sobre los encuentros sexuales dentro de la prostitución argüiría que siempre y necesariamente supone una violencia y opresión del cuerpo, que siempre la mujer pierde y el hombre gana, que es imposible el regocijo y la reflexión. Al contrario de esta lectura, y basándome precisamente en la experiencia localizada, específica y relatada de varias chicas trans, observé como Margot se sonrojaba y sonreía mientras coqueteaba por *whatsapp* con un cliente, como Carmen muchas veces me comentó que prefería el encuentro físico a chatear —aunque ganara el mismo dinero—, por tener la sensación de calidez y excitación de otro cuerpo, como Yolanda logró entablar una relación amorosa y estable con uno de sus clientes... Lo que

expresa Débora en la siguiente frase da cuenta de los niveles de valoración que hay dentro de la prostitución y su vivencia en la calle: *“Lo bailado y recorrido no me lo quita nadie, a mí la calle me enseñó todo lo que sé”*. No busco formular una verdad sobre el encuentro sexual, mucho menos argumentar que el ejercicio de la prostitución no es un terreno hostil y violento. Se trata de considerar los siguientes relatos como una invitación a no estereotipar los roles y actitudes dentro del trabajo sexual. Las maneras femeninas que las chicas desarrollan y manifiestan en los encuentros con los clientes y en el escenario general de pararse en la esquina, coquetear, invitar al deseo, etc., son desplazamientos tanto actitudinales como corporales que terminan por configurar también su cotidianidad como mujeres trans. Son estos influjos los que pretendo hacer visibles, dando cuenta del impacto del contexto de la prostitución en sus trayectorias de vida, siempre imbuido de opresión y liberación.



Imagen 2.¹⁹

Ahora bien, mucho del debate frente a la “objetivación” de la mujer en el ejercicio de la prostitución se encuentra anclado a la negociación, la cual se presenta como una situación

¹⁹ Dibujo realizado por una de las chicas en las sesiones de la “Escuela”. Muestra a una mujer prostituyéndose en la calle. Al frente, un edificio que dice “Motel”.

unidireccional, en donde aquella que se prostituye acepta de manera sumisa y condescendiente lo pactado. A diferencia de esta visión, lo que refieren las entrevistadas en relación con lo sucedido en las calles es muy distinto.

¿Y cuánto cobras por el rato?

Margot: Por ejemplo, según hermana, uno ve el marrano que está bueno y gordo y uno le cobra más, sino, uno le cobra menos... uno según el marrano...

¿Más o menos cuánto?

Margot: Entre 35 mil y 40 mil pesos, así, porque hay unos que me salieron el sábado pasado, dizque “ay mami a 15”, y yo “oigan a este, es que acaso que, yo que, donde quedo yo, máximo 35, mínimo 25, de ahí no le bajo”.

Aunque corto, el apartado anterior se suma a una serie de conversaciones casuales y recorridos por el Santa Fe que ejemplifican exactamente lo mismo: la relación es bidireccional, y hay allí una serie de acuerdos en donde ambas partes pactan lo que se puede y no se puede hacer dependiendo del precio (sin negar por supuesto la jerarquía que encarna el de hecho de que alguien pague). Desde la penetración, pasando por el sexo oral y la utilización de juguetes o elementos externos al acto sexual, tienen un costo diferenciado e instituido. Cuando estos acuerdos se rompen no hay una actitud pasiva y silenciosa. Al contrario, muchos de los enfrentamientos físicos que viven las chicas se deben precisamente a la negativa del cliente por cumplir con lo que se había acordado. En contra del discurso victimizante en relación con las trabajadoras sexuales, hay aquí una invitación a pensar en la complejidad que supone el contexto y evitar, por encima de todas las cosas, la simplificación al momento de hablar sobre este primordial tema. De nuevo, mis preguntas en este campo tenían solo la intención de profundizar sobre las sensaciones de las entrevistadas al momento de ejercer la prostitución.

¿Hay clientes con los cuales tú disfrutas estar?

Carmen: ¡¡Obvio!! Porque qué tal que uno no disfrutara, si yo no disfrutara de mi trabajo no estaría en él. Pues si nos toca... Pero entonces entre tanta manzana podrida aparece una buena (risas).

La noción de estigma que analiza García (2013) en su texto “Putas y trans: ¿están las mujeres trans en las narrativas sobre prostitución?”, pone de relieve los peligros que existen detrás de una lectura victimizante de las prostitutas. El estigma hace referencia principalmente a la catalogación de la noción de *puta* como una herramienta de manejo y control en detrimento de la autonomía de la mujer trans. En el sentido en que reduce su

existencia y, por ende, su capacidad de acción, a una supuesta incapacidad para recapacitar sobre sus condiciones inmediatas y la construcción de unas futuras. La criminalización, muy presente en los ámbitos de la prostitución, puede fácilmente convertirse en un ejercicio de marcación y segregación, alimentando los ideales patriarcales y, por ende, la división de roles esquemática. La prostituta, bajo el estigma, se convierte en la antítesis de una mujer “buena”, es decir, la esposa y/o la madre: “La función del estigma como una fuente de regulación social, como un mecanismo que permite el mantenimiento de la subordinación y de la exclusión de algunas, es fundamental para el sostenimiento del sistema patriarcal” (García, 2013, 69).

El relato de un cliente de prostitución transexual y la descripción de su experiencia, más allá de la capacidad de generar un escenario visual muy poderoso, es un relato que muestra la intimidad de un encuentro sexual, ese que muchas se imagina como sórdido, extraño y ajeno... Nuevamente, y de la mano con lo que he intentado a lo largo del escrito, se trata de aprehender la complejidad y huir de lo binario, de lo categórico. Luis es un estudiante universitario que hace aproximadamente cuatro años mantiene relaciones sexuales con prostitutas, tanto *escorts* como transexuales. No tiene intención de definirse dentro de parámetros heterosexuales rígidos, sin embargo, me dice que la atracción física y emocional que siente se ha depositado siempre en las mujeres. La entrevista fluyó entre temas de sexualidad varios, su primera vez con una prostituta, sus amores, estudios, etc...

¿Estabas solo?

Luis: *Sí, estaba solo... Esa es la otra, ¿no? Todo lo hice solo, con mucha confidencialidad, no se lo comenté a ningún amigo, no se lo comenté a nadie, porque precisamente cuando yo comentaba de esto de ver la belleza en los manes, y en el trabajo decían “será que Luis es gay, será que le gustan los manes y es marica”. Entonces yo dije no pues como será con una trans, entonces muy solo, muy solo, si me mataban allá en el Santa Fe nadie se enteraba y yo más o menos había visto que estaba como sectorizado: por aquí las negras, por aquí más jovencitas, por allí las baratas y, precisamente la 17 con 19 era la calle de las travestis. Y pues fue como ir a ver los modelos, ir a ver lo que ofrecían y mirar si en verdad algo me gustaba como para ir a tirar, así que hay no más volteando por la 17, como dos locales ahí, las primeras que vi, habían dos chicas ahí trans, pregunté el servicio, muy coquetas y esto, y ya, arrancó de una. Es de las chicas que de verdad engañan muchísimo porque ella sí estaba operada de nalgas, de tetas, maquillada y de hecho creo que tenía lentes de contacto, porque no creo que esos ojos verdes fueran tan naturales... Entonces pues me gustó bastante, fuimos al*

segundo piso ahí después el garaje, entramos al cuarto, y a ella no le pregunté que si le podía dar besos si no que me lancé de una a darle besos, y accedió.

Es que eso también tiene mucho que ver cuando a ellas les gustan los clientes, eso no es solamente de una dirección, también cuando a ellas les gusta y te ven guapo pues también lo disfrutan...

Luis: *Sí, exactamente, y uno a veces siente eso, cuando es la diferencia de clientes y más o menos un poco de atracción y eso sentía con ella. Ella sí tenía un poco la voz masculina pero la piel era tan suave, como tan delicada, tan agarrable, tan para acariciar, y esa vez demoramos como un buen tiempo... Ella se recostaba en la cama y entablábamos una conversación como de miradas, como de roces, de caricias, y eso la verdad no lo traía estipulado porque era sexo, yo lo traía en mente como una vaina salvaje de una para tirar, además por el tiempo, no pagué mucho, pagué como 25 mil pesos. Y bueno, ella estaba recostada boca arriba y yo estaba encima de ella y yo sentí que a ella se le paró, y no sé, fue algo raro, fue como un frenesí, yo seguí rozando, yo estaba en bóxeres todavía y como que no me importó sentir el miembro parado, además son unas tanguitas de nada, y ella tenía un cañón, lo tenía más grande que yo (risas) y no me importó, creo que valió más lo linda que estaba que sentirle la verga dura y ahí fue cuando le pregunté que si le gustaba usarlo, “claro mi amor cuando toca yo lo utilizo y también lo disfruto mucho”. En ese momento yo no pensaba ni que me penetrara, ni que se lo iba a mamar ni a coger pero no me dio tanto asco, tanta repulsión y pues de hecho como que nos excedimos un poco en el tiempo... Yo la penetré igual y como que seguíamos cogiéndonos y seguíamos dándonos besos y esto y ya estaban empezando a golpear. Y ella era como vistiéndose despacio y tratando de hacer las cosas más lentas y creo que al final yo me encarreté un poco porque le estaba diciéndole casi en sentido de rogar que esperara, que no se fuera, que un poco más.*

En primera medida, mi única intención al presentar este relato es poner sobre la mesa la importancia de no estereotipar los encuentros sexuales dentro de la prostitución. No intento, en absoluto, ni idealizar ni romantizar los encuentros. A partir de este tipo de experiencias, sumadas a los relatos de las chicas y la observación en campo, noté cuan daño pueden generar las lecturas simplistas sobre la sexualidad dentro de un escenario tan complejo como la prostitución. Ni la victimización total ni la negación de la violencia son caminos para entender las historias viscerales de todas y todos aquellos que tienen contacto con el trabajo sexual. En su relato hay varias situaciones asociadas al deber ser prototípico de una trabajadora sexual transexual. Como lo expresa él mismo, ella logró “engañarlo”, es decir, consiguió que él sintiera que se estaba acostando con una “mujer real”. Esta afirmación da cuenta de los procesos de naturalización de la belleza femenina, lo que empuja a muchas de las chicas a perseguir un modelo de ultra sexualización, el cual también se encuentra entre la liberación y la arbitrariedad.

1.2.1) El inicio en la prostitución callejera, los desplazamientos corporales asociados a esta etapa y sus violencias

Me gustaría ubicar en un lugar secundario, solo en este momento, los informes estadísticos acerca de la violencia ejercida contra las mujeres transexuales en el mundo y en nuestro país. Quisiera hablar desde el profundo impacto que generó en mí la frase “que en paz descansen”. La etnografía, y la reflexividad que la define, nos permiten detenernos también en nuestras propias sorpresas y sensaciones en campo. Siguiendo a Davies (1999): “Reflexivity, broadly defined, means a turning back on oneself, a process of self-reference. In the context of social research, reflexivity at its most immediately obvious level refers to the ways in which the products of research are affected by the personnel and process of doing research” (p.4). “Volver hacia nosotros mismos”, debe permanecer como un imperativo en campo. No podría hacer un conteo exacto de cuantas veces escuché la frase. Durante el año que permanecí en contacto con las chicas, llegó a ser tan común, que yo misma me obligaba a sorprenderme.

Afirmo que el silencio es muerte porque dos de las tres veces que me reuní con Yolanda a solas, me contó de los entierros y velorios de sus compañeras de trabajo sexual. Todas habían sido asesinadas en las residencias o habitaciones en donde llevaban a cabo los encuentros sexuales. Sin mayor expresión en el rostro, y sin un tono afligido en su voz (lo que no implica que no le afectara), Yolanda hablaba de la muerte de sus compañeras como cualquiera de nosotros hubiese podido hablar de algún tema de actualidad. Repetía el nombre, y en seguida la frase: “y que en paz descansen”. Al preguntarle a Carmen si yo conocía a alguna de las chicas con las cuales había empezado a ejercer cuando era polla, me respondió: “*No mi amor, a todas las mataron o se murieron por la vida dura*”. Cuando hablaba acerca de sus procesos de intervención corporal, refiriéndose a quienes las habían practicado, venía también la frase: “que en paz descansen”. Carmen me relató cómo milagrosamente logró escapar de disparos que tenían como objetivo su cuerpo y que, tras uno de los tantos malentendidos por nombres y encuentros dentro de la prostitución, tuvo que fugarse de unas de las ciudades principales del país en donde se encontraba ejerciendo. Estas experiencias, sumadas a las numerosas historias que escuché a lo largo de la “Escuela de formación”, solo me rectifican una y otra vez lo mismo: el silencio mata, al igual que la invisibilización y el odio.

La “parada” en calle o en las esquinas no es una experiencia fácil y llevadera, más allá del miedo por el primer encuentro sexual, las chicas deben lidiar con la lucha por el espacio, lo que necesariamente implica enfrentamientos con las que ya se encuentran trabajando allí. La violencia es una situación que viven a diario y que al igual que los momentos de provecho y felicidad, configura sus desplazamientos corporales y actitudinales. La “cacheteada” es al parecer una vivencia que atraviesa el inicio de todas:

¿Hace cuánto ejerces?

Yolanda: *Hace cinco años... Entonces me tocaba probarles, y agarrarme con ellas y probarles que no. Que yo no era una mariquita que me daba miedo ni nada, porque acá hay muchas que buscan a las pollitas a abrirle los ojos a las otras, que porque son nuevas, porque vienen de otra ciudad... Que yo soy mala y pum te cacheteo, deme tanta plata... Y las cosas tampoco deben ser así, yo digo que no a los impuestos. Que cada una consiga como pueda.*

¿Y no se podían parar en la calle y ya?

Débora: *¡Nooo! la parada en la calle fue tenaz porque a nosotras no nos conocían y éramos unas mariquitas ahí como las pollas nuevas, a estas hay que azotarlas, así que cuando cerraba el bar nosotras arrancábamos pa’ la casita de una, la que nos veía por ahí nos cobraba impuestos²⁰, nos cacheteaba, uy a mí sí me cachetearon (risas).*

La intimidación que supone la parada en la calle cuando son “pollas” y nuevas, tiene muchas veces como consecuencia la entrada a establecimientos y bares. Aquí, la exigencia por el tiempo y cantidad de clientes ya no depende libremente de las chicas, y además se insta a que se vean, vistan y comporten de cierta manera. Es por estos motivos que aquellas que llegan a la ciudad e inician en la prostitución, deben debatirse entre recibir órdenes y cumplir horarios, o tener más libertad con mayores posibilidades de encuentros hostiles entre “maricas”.

La llegada al ejercicio de la prostitución constituyó un acelerador en los procesos asociados a su construcción corporal. Los desplazamientos dentro del tránsito cambian de velocidades y niveles, ya que sus cuerpos comienzan a visibilizar diferentes procesos asociados al inicio y permanencia dentro del trabajo sexual. El caso de Carmen es diciente respecto al impacto en la construcción corporal. Al llegar a la ciudad no tardó en darse cuenta que no podía

²⁰ Con impuestos se refiere al pago que se obliga a dar a las pollas cuando inician en la parada en la calle. El espacio ya “pertenece” a otras, así que tienen que pagar por él.

“pararse” junto con las “cuchas” en el Santa Fe, básicamente por dos razones: primero, hace 20 años la prostitución de “pollas” trans se localizaba en Chapinero (según lo que cuentan las trans más viejas); segundo, aunque hoy en día sigue siendo muy difícil la lucha por el espacio, en esa época la guerra estaba cazada entre “cuchas” y “pollas”. Estos obstáculos y riñas la llevaron a presentarse en un bar, donde lo primero que le dijeron fue que tenía que putear como mujer, que nada de vestirse como hombre.

Esta historia es muestra de la aceleración de los desplazamientos corporales de las chicas, que a diferencia de la etapa de lugar de origen, se muestra como una necesidad: ya no es “no puedes ser mujer”, sino al contrario, “tienes que verte y actuar como tal”. Referente a este punto, la investigación de Prada (2002) sobre trabajos “transexualizados”, trae a colación el vínculo que existe en los procesos de transformación y tránsito y los nuevos retos asociados a la capital.

En el caso de dos estilistas que nunca han ejercido como trabajadoras sexuales, resulta interesante que su ingreso a las peluquerías sucede una vez han realizado las modificaciones corporales, a través de las cuales dejan de ser leídas como hombres gay, loquitas, y comienzan a ser percibidas y a identificarse como mujeres trans. Siendo hombres gay o loquitas, ambas trabajaron en supermercados, restaurantes e incluso como mercaderistas, pero en el momento en que avanzan en su tránsito se incorporan a las peluquerías. (p. 27)

Esta situación no solo se presenta con las peluquerías, sino también en lo respectivo al trabajo sexual y los desplazamientos corporales asociados a este. Cuando las chicas deciden dejar de laborar en sitios en donde no puede llevar a cabo transformaciones —el caso por ejemplo de Margot, quien se desempeñaba como celador cuando estaba de “pirobo”—, el ejercicio de la prostitución y las exigencias de un prototipo femenino, tienen como resultado una feminización más acelerada, y según modelos de feminidad bastante particulares. Esta “libertad”, como argumenta Prada (2002), se explica porque las identidades de las mujeres trans no entran en conflicto con una “expectativa social”, la cual sí puede presentarse en trabajos formales en donde la mirada de estigma y rechazo tiende a ser mayor. Este imperativo de “tienes que verte y actuar como una mujer” se explicita de forma radical en los bares de prostitución, debido a que aquí existe un “patrón” y unos estándares estéticos, y este modelo particular “ultra-sexualizado” lleva a muchas de las chicas a generar cambios drásticos —y muchas veces peligrosos— en sus cuerpos.

¿Por qué te hicieron vestir de mujer?

Carmen: Porque yo llegué a un negocio donde trabajaban chicos y chicas trans, transgeneristas, pero yo de mi casa me vine fue con ropa de chico y mi sueño era trabajar pues ser mujer transgenerista, pero entonces ir evolucionando lentamente, pero yo desde día que llegue aquí a Bogotá me hicieron vestir de mujer, el dueño del negocio a donde yo llegue me va diciendo “o te me vistes de mujer o te me vas” pero yo llegué con ropa de hombre y de todo. Y yo le decía yo no sé maquillarme, yo no sé arreglarme, yo no sé nada de usar prendas femeninas, no se manejar los tacones...

Sí, no te habías vestido nunca...

Carmen: Exacto, nunca en la vida y el dueño me va diciendo “o te vistes o te vas, yo de chico no te puedo dar trabajo, además tú ya tienes tetas, que te vas a presentar como un chico con tetas”

O sea ya se veían, uno ya podía decir que tenías tetas...

Carmen: Se veían tetas de quinceañera (risas). Entonces me hicieron vestir desde un principio y ahí empecé a hacer el oso, como lo hacemos muchas al principio, unos maquillajes todos bruscos, no sabía manejar los tacones, me tropezaba con nada, mejor dicho, pero bueno, día tras día uno se va puliendo, ahí tenía 18 años...

El cambio de vestimenta y la seducción son dos aspectos centrales en los procesos asociados a la construcción y conocimiento corporal en las transexualidades en el marco particular de la prostitución. Sus contextos socioeconómicos y familiares, sumados a las reducidas alternativas en su lugar de origen, son solo algunos de los factores que desligaron en este camino y no otro. Debido a la competencia de la que ya he hablado, las estrategias para conseguir clientes empujan a las chicas a modificar e intensificar sus actitudes y maneras “femeninas”. Carmen tuvo que aprender a la fuerza a utilizar tacones y maquillarse “adecuadamente”. El inicio en los bares exigió que fuera capaz de “engañar” (trayendo a colación el término que utiliza Luis, el cliente de prostitución transexual y cisgénero) para conseguir clientela y dinero. La noción de aprendizaje y adquisición de nuevas disposiciones es explícita en este caso: el tiempo y la constante exposición de Carmen en estos escenarios la hizo comprender y adecuar su tránsito a la demanda específica que había en aquél momento. Lo “adecuado” es, en este caso, muy distinto a lo que posiblemente hubiese sido su tránsito encontrándose en un círculo con oportunidades de estudio profesional y trabajo formal.

A Margot, a quien le ha costado más asimilar los avatares de la prostitución, el inicio en las calles le hizo comprender rápidamente que si no se vestía y actuaba diferente, iba a ser prácticamente imposible conseguir clientela. Ella es una mujer que se describe a sí misma

como una “dama”. Le gusta vestir con ropa recatada en su cotidianidad y seguir el modo de vida “ejemplar” de su madre. Cuando las “maricas” le hicieron ver la necesidad de comprar ropa seductora y pequeña, se enfrentó de forma directa con el imperativo del deseo.

Cuéntame cómo te sentiste la primera vez que lo hiciste, cuando dijiste bueno, me tocó putear.

Margot: Fue hace un año, el 30 de agosto, ay a mí me dio miedo, cuando yo vi todas esas maricas porque esas maricas son muy atravesadas, yo con un miedo y ya la primera vez empecé con miedo y yo vestía toda tapada así como está usted, y las maricas me decían “no mami así no vende usted” y yo con ese frío madre, “usted quiere que el hombre le llegue, el hombre mira por los ojos, entonces qué” (risas) entonces ya empecé a vestirme así con falditas y mostrando.

Cómo te gustaría verte en el futuro, o cuando miras un espejo y te ves qué sientes...

Margot: Ahorita me dijo ella [la amiga que le ofreció un trabajo] si tú vas a trabajar en una oficina tienes que vestirme no como trans, sino como una señora, con vestido elegante, ¿si me entiende? Ya más o menos me dijo ella, una falda así debajo de la rodilla.

¿Pero a ti cómo te gusta vestirme?

Margot: Como mujer... más decente y más para el trabajo que Dios quiere ella me dijo, obvio, como una señora. Me maquillo sí, normal, pero vestirme muy decente, porque voy a trabajar en una oficina. También me gustaría tener más tetas y culo, pero decentes, tampoco así exagerado.

La ropa ha sido definitivamente un objeto de reflexión en campo: pensar en una falda o una blusa puede parecer baladí, pero la significación que llega a tener en redes de trabajo y prácticas específicas es central. La “decencia” parece ser algo que muchas chicas describen como ajeno o al menos difícil de adquirir, y es casi imposible “tenerla” si se está inmersa en el trabajo sexual. Margot, cuando no se encuentra prostituyéndose, siempre viste con chaquetas, bufandas, tenis de suela baja y maquillaje suave. Cuando le pregunté a Yolanda si consideraba que llevaba a cabo un cambio drástico en su ropa al momento de prostituirse y hacer cualquier otro tipo de actividad, me respondió sorprendida, y contestándome con obviedad: “*pues claro, acá me la paso en chanclas y sudadera, así no salgo nunca a trabajar*”. Considero que detrás de estos dobles atuendos, se encuentra la intención por evitar que la prostitución abarque la totalidad de sus vidas. A pesar de la centralidad de la prostitución en sus vidas, el modelo de “puta” no es el único prototipo de feminidad que conocen y emplean en sus trayectorias. El desplazamiento actitudinal y corporal fluctúa dependiendo también de la situación en la cual se encuentren. Estas “feminidades privadas”

son igualmente constitutivas en su cotidianidad, y se defienden y posicionan al igual que cuando deben vestirse de forma más seductora y sugestiva al interior de los bares o las esquinas.



Imagen 3.²¹

Al igual que en numerosos trabajos, las chicas buscan diferentes actividades y estrategias que las distancien del ejercicio de la prostitución; una de ellas es jugar con la vestimenta y las actitudes. Yolanda, por ejemplo, tiene una relación amorosa estable, y me cuenta que hace todo lo posible por comportarse como una esposa y compañera seria e ideal, muy diferente a las “tácticas” que lleva a cabo para conseguir clientes. Es importante señalar entonces que la utilización de determinadas prendas trae consigo un cambio de actitud igualmente explícita, en donde hay una serie de “enmascaramiento” que les permite desligarse o desinhibirse frente a sus ideales y valores en la cotidianidad. Es esta tensión la que considero alberga un cuerpo que desean y un cuerpo que debe ser deseado, en otras palabras, sus experiencias diferenciadas fuera y dentro de la prostitución.

²¹ Dibujo realizado por una de las chicas en una de las sesiones de la “Escuela”. Los tacones, como parte fundamental del atuendo dentro del ejercicio de la prostitución se asocian, para quien lo dibujó, a la feminidad y la sensualidad.

Las siguientes palabras de Carmen reúnen los miedos de Margot y Yolanda, los cuales se proyectan en la posibilidad de que la prostitución sea un escenario que no logren diferenciar del todo en su vida cotidiana. La vestimenta nuevamente tiene un papel central:

¿Cuándo te vistes para ejercer o para estar en tu casa lo haces distinto?

Carmen: *Pues es que ya da la casualidad que a uno la vestimenta no lo diferencia mucho, porque ya da la casualidad que uno tiene la P en la frente. Yo en ese sentido, ya no pienso en nada de eso, si salgo bien vestida se lo pillan, si salgo mal vestida también se lo pillan. No le digo que lo puta uno ya lo tiene ahí, a mí se me olvida muchas veces en la calle que soy una señora. Yo salgo muchas veces así vestida como una ejecutiva, porque a mí me gusta variar la ropa, salir un día bien puta, así que por donde pase me digan puta, como otras veces que me gusta vestir señorial, o el jean. Pero entonces siempre me mato, porque yo voy pensando en ser seria y pasar desapercibida pero no falta que vea un hombre y cuando menos lo pienso ya le estoy sacando la lengua y ya lo he hecho.*

Carmen tiene un carácter fuerte y templado, diferente a Margot, que suele ser más tímida y recatada, lo que en parte responde a su contexto particular y que además se evidencia en sus relatos y maneras de expresarse. Sin embargo, cuando se refiere a tener “la P” en la frente —P de puta— da cuenta de los niveles de impacto que el trabajo sexual puede suponer en sus vidas. Las anteriores experiencias siempre son compartidas y expuestas en red, lo que las hace continuidades y modos de socialización pares. Las veces que acompañé a Carmen en las brigadas de entrega de condones en el Santa Fe, me sorprendió como todas tenían chistes similares y reacciones conjuntas: cuando les entregaba el condón decían jocosamente que ya tenían moñas para agarrarse el pelo, utilizaban expresiones como “reina”, “bizcocho” y “bebé” para interactuar entre ellas, preguntaban que si más bien iban “tomarse el té”, lo que significa ir a fumar marihuana, etcétera. Estas prácticas generan lazos de empatía y compañerismo fuertes, todo llevado a cabo en las calles.

Me encontraba con Margot al interior de su habitación en una residencia en la calle 22 con 17, cuando sacó de un pequeño clóset el vestido rojo, corto y de encaje que había comprado para pararse en la calle. Era un vestido definitivamente muy seductor, pero totalmente contrario a lo que usaba en los encuentros semanales a los cuales yo asistía. Me dijo que con él se sentía como caperucita roja, y que así podía conquistar mejor al lobo. Este relato me sorprendió, ya que se parecía demasiado a lo que otras chicas me comentaban con

respecto a interpretar papeles. En el siguiente apartado Débora relata los distintos “papales” que interpretaba cuando empezó a ejercer:

¿Cómo fue tu primera experiencia con un cliente?

Débora: Mucho miedo, además porque fui una idiota, porque yo decía que era como culiar cuando he culeado gratis en un encuentro clandestino y además me pagan, además el miedo de que no me vayan a tumbar (risas), ay no sé, a mí siempre me ha encantado el dinero ¿sabes? Además cuando yo empecé me veía súper pollita, yo tenía 18 pero aparentaba 16, entonces pues yo aprovechaba eso, me vestía como una niña de colitas, de rosado, así bien lolita, con un peluchito acá así (risas), entonces eso privaba a los hombres, todos eran privados conmigo, y yo pues aprovechaba eso, a mí también me enseñaron a ser mani larga, que yo tenía que sacarle la plata al hombre, porque eso fue lo otro, ella me quería cachetear si yo no hacía las cosas, la madre Paola... entonces me decía cómo tenía que cogerle la verga al hombre, que no sé qué, hablarle al oído y después halar y halar y meter el dedo y como se tocaba, como se sentía, como se sacaba el celular, como se sacaba el dinero, y eso es fascinante, después de que uno aprende a hacer eso dice jamás me acuesto con ese viejo pirobo (risas) se la gana uno más fácil...

La estrategia que utilizó Débora es solo una de muchas que emplean para evadir o intensificar los encuentros con los clientes. Aquí de nuevo está presente la conciencia y auto-determinación que caracteriza a todas las chicas que conocí en campo. Debe decirse que el robo es una práctica reportada con frecuencia por las entrevistadas y que, en la mayoría de casos, trae consigo encuentros violentos y malentendidos sobre quién y qué se robó. El papel de la madre es de nuevo vital en las enseñanzas sobre la calle, aquí se presenta como influencia en las prácticas de Débora.

1.2.2) Aceites, hormonas y silicón: intervenciones químicas y procedimientos radicales en el cuerpo

Ahora bien, con respecto a las condiciones de posibilidad asociadas a los desplazamientos corporales dentro de Bogotá y específicamente dentro del barrio Santa Fe, son sin duda alguna gestados en red y colectivamente. Las posibles contraindicaciones de la terapia hormonal, los lugares más recomendados de intervención, las “maricas” reconocidas por inyectar, la cantidad de hormonas femeninas y anti-andrógenos que se deberían tomar, la ropa que atrae más a los hombres, y demás recomendaciones, son todos conocimientos situados y tejidos en red, los cuales se difuminan y alimentan dentro de las mismas experiencias transexuales. Por esta razón, la construcción de un cuerpo transexual, al igual

que cualquier otro, es el resultado de una suma compleja de condiciones y posibilidades en contexto. Como explica Carmen en su relato, el deseo por tener los senos de la “polla” que llevaba a cabo el proceso junto a ella, incrementó o impulsó su decisión de dejar de ser una “piroba”, y tenerlo todo, como una mujer. Estos tejidos en red están atravesados igualmente por el ejercicio de la prostitución, generalmente caracterizados por la improvisación en los procedimientos y los peligros asociados al desconocimiento de los componentes de las sustancias inyectadas en el cuerpo.

¿Y en ese tiempo te hormonizabas, te aplicabas algo?

Débora: No, si a los tres meses de llegar al Santa Fe ya me estaba inyectando el culo de silicona, o sea, yo no esperé nada, además porque había una presión ni la hijueputa, todo el tiempo “ay no, polla, usted está muy bonita pero no pollita a usted le hace falta el culo, usted está muy plana”. Y yo era como un palito, marica, te lo juro, entonces yo era asustada, y veía como las otras maricas pum se les inflaban las tetas, se les inflaba el culo, yo dije no mamita, yo tengo que mandar a hacerme el culo, te lo juro, en menos de tres meses ya estaba bombeándome silicona (risas).

¿Y eso no te ha generado problemas de salud como les pasa a algunas?

Débora: No... todavía no.

Aunque la hormonización no asistida es un proceso que las chicas pueden comenzar en sus lugares de origen, no lo son las inyecciones de silicón y líquidos industriales para “inflar” tetas, culos y piernas. Estos procedimientos generalmente son llevados a cabo en la ciudad, y los costos, debido a alta demanda, se reducen en los centros económicos y sociales como la capital. Esta es otro desplazamiento corporal en la experiencia transexual, y es además un desplazamiento que suele acelerarse por el ingreso estrepitoso a la prostitución: todas intervinieron drásticamente sus cuerpos en el momento en que empezaron a prostituirse. Aunque los deseos y ansiedades por ver grandes cambios en poco tiempo —lo que con seguridad atraviesa la gran mayoría de mujeres transexuales en ejercicio o no de prostitución— pueden venir de tiempo atrás, la competencia inherente al trabajo sexual se cobra por partida doble estos anhelos. Aunque fueron muchas las veces en que las chicas me decían “*que igual cada paila caliente su arepa*”, es más que evidente “lo guerreado” que puede ser conseguir una buena “liebre” o “marrano” en el Santa Fe (así suelen llamar a los clientes). Al igual que la competencia que se caza entre dos empresas que ofertan productos relativamente similares en calidad y cantidad, las cuadras del Santa Fe son también un territorio de dominio y competencia visceral. En el sentido analógico, por

supuesto. Sería ingenuo mostrar un escenario en donde todo es compañerismo y amabilidad, al fin al cabo, es la comida y el sustento diario lo que se pelea.

La idea de “lo deseado”, mencionado brevemente por Buriticá (2013) en su artículo “Travesti: la construcción de la identidad individual y colectiva desde el cuerpo y el ejercicio de la prostitución”, se adecúa idealmente a la reflexión en torno a lo que se performa en relación con lo corpóreo. No es posible, siguiendo a Butler, “encontrar”, como si yaciera escondido en alguna parte del mundo, el original en la imagen de una “verdadera” mujer o un “verdadero” hombre. Sucede exactamente igual en el cuerpo transexual: no hay manera de identificar quien se acerca o se aleja más del prototipo real, ya que todas son ficciones y convenciones establecidas a lo largo de la historia y los sistemas de producción asociados a esta, lo que no significa que no sean “reales”, en el sentido de que tienen consecuencias prácticas en la vida de las personas. Preciado (2008) lo define bien: “el sexo, su verdad, su sexualización, son ficciones somáticas no porque no tengan realidad material, sino porque su existencia depende de proceso de construcción política” (p. 59). El peso del deber ser estético se deposita con mucha más fuerza y tenacidad en la experiencia del tránsito contraventor, lo que no quiere decir que los cuerpos “cisgénero” o con “tránsitos no contraventores” se ubiquen fuera o al margen de la lucha misma por encajar, sobresalir o sobrevivir en la matriz generizada, siempre llena de contradicciones, ambigüedades y diferencias. Un cuerpo que se desea y un cuerpo que debe ser deseado, es la premisa que abarca, de manera suficiente, la complejidad de la construcción corporal.

La puesta en circulación de un prototipo estético de trabajadora sexual transexual, más la presión por parte de las demandas de clientes y dueños de bares termina, muchas veces, poniendo en máximo riesgo la salud física de las chicas. Los productos de silicón líquido que rondan por el Santa Fe sin ningún tipo de control y vigilancia, han generado cuerpos que penden de un hilo en relación con su bienestar corporal. Esta situación es reportada en el informe de “Diagnóstico y situación social de mujeres trans que ejercer la prostitución” (Gil y Navarro, 2009), en donde la deformación de glúteos y la fascitis necrotizante²² son solo algunas de las consecuencias de las inyecciones de silicón líquido e industrial. Para el

²² Infección aguada que se extiende por todo el tejido subcutáneo.

momento en el cual se realizó el ejercicio, según datos de la Corporación Opción, se habían reportado 9 muertes por embolia pulmonar debido a estas sustancias. Cecilia, por ejemplo, lleva alrededor de dos años buscando una operación financiada que le remueva de sus testículos todo el silicón que se aplicó durante años mientras ejercía prostitución, este se depositó allí y desde entonces solo le ha generado dolor y vergüenza. Ingrid, en una reunión en el CAIDS y de una manera francamente impresionante, se bajó la blusa y exprimió su seno izquierdo, mostrando como supuraba una sustancia negra de su pezón desde hacía meses. Mientras esto sucedía, le hablaba a una trabajadora de alguna entidad del Distrito, reclamándole que así le demostraba el Estado cuanto le importaba su salud. Las entidades de salud, y en general toda la maquinaria política y estatal, apenas han iniciado un proceso de capacitación y reconocimiento de las demandas específicas y especiales de los cuerpos trans. El mínimo o nulo acceso a hospitales, médicos endocrinos, trabajadores sociales y todo lo que se encuentra restringido en el Plan Obligatorio de Salud —ligado a sus posibilidades socioeconómicas—, complica significativamente el establecimiento de una relación saludable con su cuerpo. “La precariedad de las prácticas está asociada a la marginalidad social de las travestis y del ejercicio de la prostitución, de la inexistencia de programas específicos de salud para transgeneristas y de falta de cobertura en salud” (Gil y Navarro, 2009:18). Las descripciones anteriores solo tienen el objetivo de evidenciar de forma franca lo que muchas chicas atraviesan diariamente por conseguir cambios y transformaciones aceleradas en sus cuerpos.

¿Tú te hormonizas?

Yolanda: Me hormonizaba cuando no tenía marido, ahora que tengo marido no. Tengo ganas de volverme a hormonizar pero quiero bajo médico endocrino, con él. O sea que sean hormonas que se adaptan a mi cuerpo, nosotras cometemos un error y es que nos aplicamos cualquier hormona y eso nos calcifica los huesos, nos enfermamos de otras cosas y yo no quiero que mañana llegar a viejita y estar enferma por inyectarme cosas que no me dijeron. Entonces yo quiero que sea bajo médico. Empecé a trabajar en la Secretaría de Salud y ahí me enseñaron todas esas cosas, que tenía que ser hormonas con el médico especialista. Cuando yo me las aplicaba me sentía enferma, me sentía recaída pues me daba mucha arrechera, mantenía con lo del sexo así full, más alborotado. A mí se me paraba y todo, pero las hormonas me hacían sentir muy débil, como una mujer debilucha. Entonces yo deje de hormonizarme.

¿O sea ahora no tomas nada?

Yolanda: Nada, ni pastas ni nada. Sí quisiera volver, pero con el seguimiento de un médico.

¿Y te pusiste alguna vez inyecciones de silicón?

Yolanda: Sí, yo me inyecté silicón en la cola y caderas. Una chica trans me lo hizo, que en paz descanse ya se murió también. Pues fue un error que cometí en mi vida, a mi mamá no le gustó, le dio rabia cuando supo que me hice eso. Pero pues yo soñaba y como no es tan caro como por allá en mi tierra, pues un cirujano plástico cuánto cobra, imposible. Entonces yo como vi que todas lo estaban haciendo, pues lo hice aunque volver a cometer esos errores no. El día que me vuelva a hacer algo o una cirugía que sea por un profesional de la salud, un cirujano plástico con los exámenes... no vuelvo a cometer esas locuras.

¿Eso ha tenido consecuencias en tu salud ahora?

Yolanda: No, gracias a Dios no, hasta el momento no.

Las tetas, el culo y el pelo pueden considerarse como referentes importantes en el conocimiento y sentir de la transformación. Son, para la mayoría de chicas que intervienen su cuerpo, los objetivos principales al momento de desear cambios rápidos y evidentes. Es necesario mencionar que no todas y cada una de las chicas tienen como blanco de intervención estas partes del cuerpo. Como mencioné anteriormente, la (s) transexualidad (es) son numerosas, variadas y complejas —de allí la utilidad de pensar en un espacio con trayectorias diversas—: hay chicas que nunca se han tomado una hormona o se han inyectado una sustancia, aunque son pocas en comparación con aquellas que sí, la construcción de su corporalidad halla lugar en estrategias que pueden tener todo o nada que ver con la vestimenta, el maquillaje, las extensiones de pelo, etc.

Carmen: Por lo general en los tiempos de nosotros cuando pollas, las maricas nos diferenciábamos siempre por ser monas, el color de la mayoría eran monas. Tú veías una mona en medio de la multitud y uno sabía que la que venía allá era una marica, dicho y hecho. Es que yo hago una diferencia ahí, porque las mujeres se colocan el color rojo, el otro, que mechas y la vaina, pero nosotras no. En esa época las maricas siempre nos distinguíamos por ser monas. Cuando yo inicié en lo del travestismo fui mona, porque era el furor. Vos sabes que igual mona es mona, siempre tienen su atracción.

Cuando Carmen me comentaba sobre estas características evidentes, se hizo mucho más fuerte la imagen de una red de prácticas y cambios compartidos. El pelo es, por ejemplo, uno de los focos de atención tanto entre chicas que se intervienen químicamente como en aquellas que no. Las pelucas, los tratamientos, la “marica” que hace buenos cortes, el cambio de color y de largo, son todos temas que atraviesan los encuentros y conversaciones casuales entre ellas. Esta moda hace parte de un momento social particular (ya las maricas no suelen tener el pelo mono, o al menos no es una característica que las haga

diferenciables), por ende, son rastreables las diferencias y comparaciones. “Ser monas”, en ese contexto particular, les generaba un posicionamiento radical y las ubicaba, muy conscientemente, en el espacio de diferencia con respecto a la prostitución cisgénero.

Debido a factores como el mediano avance en capacitación y extensión de programas a la población trans, sumado a los propios intentos de las chicas por organizarse y constituirse políticamente, se ha generado una alta concientización y unos nuevos marcos de acción frente al cuidado del cuerpo y los procedimientos adecuados para intervenirlo. Aunque Débora, Carmen y Yolanda se inyectaron sustancias potencialmente peligrosas en sus cuerpos (a Carmen le inyectaron aceite para cocinar), ninguna ha sufrido hasta ahora las consecuencias de esa intervención. Sin embargo, todas me expresaron que no “cometerían ese error nuevamente”, ya que ahora poseen también información respecto a las contraindicaciones de la terapia hormonal y demás procedimientos, sumada a una fuerte reflexión acerca de la estabilidad y el bienestar futuro. Es también central el papel de los círculos de conversación, en donde las “madres” comparten con las “pollas” sus experiencias de intervención corporal y lo que esto ha generado en sus vidas, perjudicándolas o no.

Es interesante notar que recurrir a personas no capacitadas formalmente se diferencia claramente según la distribución por edades. Es posible afirmar que las personas trans optan por esta situación de riesgo antes de los 30 años y que, posteriormente, logran el acceso a un procedimiento clínicamente controlado. Conforme aumenta la edad, se incrementa el número de casos de personas que acudieron a un especialista, mientras que la ayuda por parte de personas no calificadas formalmente aparece apenas entre las personas más jóvenes. (Brigeiro, et al. 2007: 113).

Aunque es evidente la puesta en discurso acerca de los procedimientos invasivos, en el Santa Fe siguen presentándose diariamente este tipo de situaciones.

¿Cuánto cuesta una inyección de silicón?

Yolanda: Bueno, en esa época yo me inyecté silicón traído del Ecuador por la madre Ingrid y me costó 60 mil pesos cada litro. Pero hoy en día las chicas se inyectan desde ocho mil, diez mil pesos. Como que es aceite de avión...

La experiencia de Margot con su cuerpo se aleja significativamente de las relatadas anteriormente. Ella es una de las chicas de edad más avanzada y es también quien más tardó en empezar su transformación —me refiero a que inició el “full time” en la etapa de

adultez, mientras que las demás empezaron en la adolescencia—. Sus desplazamientos han sido más pausados y sutiles, lo que de nuevo se encuentra relacionado con un agente de transformación, en este caso específico su madre. Hasta hace aproximadamente ocho años se enteró de la existencia de las hormonas femeninas y, probablemente por su edad y lo que ahora conoce, me dice que sería incapaz de inyectarse sustancias en el cuerpo. Este comienzo tardío tiene como consecuencia un cambio muchísimo más lento respecto al tratamiento hormonal, muy distinta a la experiencia de Carmen, quien por comenzar en la adolescencia vio sus senos y cola crecer aceleradamente. Margot está en la espera de un tratamiento guiado por un médico endocrinólogo, lo que le genera una angustia por la espera y la posible negativa. En su experiencia se tensiona, entonces, la concientización frente al cuidado pero a la vez el deseo de cambio y transformación. Sus “téticas”, como ellas las llama, ahora tienen un tamaño más prominente, y esto le genera una satisfacción que, francamente, solo puede entenderse en el momento en que se las toca y habla de ellas.

Cuéntame el proceso de hormonización...

Margot: Al principio empecé con tomar pastas –nornobetal era- y no me funcionaba, no se me veían así como las tengo [se toca los senos]- . Claro, a mí se me venía [eyacular], cuando estaba con un hombre me venía y paila, y dije ay no. Porque una marica me dijo si usted chuza al hombre y se le viene pierde todo lo que se tomó y lo que invierta en ampollas y su plata. Yo al principio empecé así y no me salían. Cuando yo estaba con un hombre todo lo manejaba con la cabeza, todo. Ah, con el pollo, lindo ese hombre, y me hacía sufrir pero ya después ya, me hacía gemir y me decía “mami, véngase”, y yo no, papi, ahí se quedará esperando. Ellos se vienen y quieren que uno se venga, pero no, no y punto. Y me salió porque eso está ahí.

¿Cada cuánto te aplicas?

Margot: Cada 15 días, pero el médico sí me vio me dijo sígase aplicándose las hormonas, porque al principio yo cuando llegué, si no hubiera sido por la madre Pamela, porque yo quería ponerme tetas y silicón, entonces me dijo si el hombre la quiere así, que la quiera, si no de malas. Yo cuando recién llegada aquí quería todo eso, pero toca esperar, anoche recién la dije otra vez a la madre, cuando me van a llamar, que quiero tener mi cola y mis tetas, cuándo y me dijo tranquila que yo estoy pendiente allá.

¿Pero cómo así?

Margot: Sí, a la hormonización pero con médico, porque ya pasé con médico.

¿Pero y la hormonización si te da para lo que quieres?

Margot: Sí, para cola y un poquito más de téticas. Toca una dosis más concentrada. Aunque tengo un admirador y me regaña, él estuvo acá, me decía que pa’ que me saliera tetas y culo tenía que comer y yo le decía, sí papi, yo como, yo más tarde yo hago. El problema es que no todo cuerpo se desarrolla rápido y menos si se le

viene, ahí sí mi amor pailas... Por ahí se mandó a poner el implante y eso es más peor, como dice el médico, si usted no tiene esto [las téticas] en el momento en el que le vayan a poner el implante eso es peor, las que no tienen nada, que es una tabla así es grave y peor. Yo por eso prefiero hormonizarme, y el médico siga mamita.

¿Ya cuanto llevas hormonándote?

Margot: *Ya voy para ocho años, porque yo no sabía que existían las hormonas, aquí en Bogotá en el 2009 fui a saber de las hormonas y eso por una trans, yo le dije como así que hormonas y ella me dijo sí mamita. Cuando yo era pirobo yo no sabía que existían hormonas, donde yo hubiera sabido jummm, esto -se toca las “téticas” de nuevo- se me hubiera formado hace rato, pero yo no sabía y lo otro mi mamá viva, ¿si me entiende?*

Como puede observarse en las palabras de Margot, el deseo por el silicón y el crecimiento apresurado de sus senos y cola, estuvo presente. El papel de la madre aquí es nuevamente una constante en las experiencias de tránsito: a Yolanda la madre Ingrid la impulsó, a Margot la madre Pamela la hizo reflexionar sobre la intervención, a Carmen “La Memus” le otorgó la confianza para iniciar el tránsito.

¿Te pondrías silicona si tuvieras la oportunidad?

Margot: *Sí, de pronto, si no me sale aquello me toca. Pero yo no me voy a poner los zapatos altos, porque eso es lo que mata. Es que cuando uno se pone silicón y los tacones se corre, si ha visto a Tatiana, una alta culona... A ella se le corrió todo así por usar esos tacones y está toda hinchada. Lo barato sale caro mi amor. Nos estamos autodestruyendo por ponernos más bellas, y eso pasa todo el tiempo. No ve que la madre me dice que se arrepiente de haberse puesto silicón y ella nos dice eso a nosotras.*

Ahora bien, en su relato están presentes al menos dos situaciones relacionadas con la eficacia de los procedimientos en la intervención corporal, en este caso las hormonas y el silicón. La primera está relacionada con la eyaculación, y es en definitiva un tema del cual se pueden escuchar diversas versiones, pero que siempre tiene una presencia importante en las conversaciones y relatos de las chicas. Es necesario hacer explícito, sumándome a las palabras de Margot, que las hormonas funcionan e impactan diferenciadamente los cuerpos, al igual que las consecuencias emocionales y corporales que tienen. Sin embargo, el miedo de Margot por eyacular tiene efectivamente un precedente, y es la capacidad de su sistema reproductivo para generar nuevamente testosterona. Las entrevistadas han acumulado un saber sobre las hormonas y la forma de ingerirlas, inyectarlas, etc., a través su experiencia carnal y los conocimientos esparcidos en red. Estos aprendizajes pueden coincidir o no con

el saber médico occidental. A continuación, Débora me explica brevemente lo que implica para el proceso de hormonización la acción de eyacular:

¿Y sí es cierto que si eyaculan pierden cantidad de las hormonas?

Débora: Lo que hace el estrógeno es bloquear la producción de testosterona, el estrógeno cuando entra al cuerpo eso es lo que hace, entonces eso también ayuda a feminizar, que no te salga barba, que te salgan caderas, no sé qué, cuando hay eyaculación queda sin testo, entonces vuelve el escroto otra vez a producir testosterona, entonces vuelve y produce y pues baja el nivel de estrógeno obviamente, lo que hace es crear más testo entonces al estrógeno le queda más difícil como cubrir esa capacidad.

Aunque para Margot quizás no sea tan despejada la explicación, su experiencia, sumado a lo que otras “maricas” le comentaron, le demostró que las hormonas no estaban llevando a cabo los resultados que ella deseaba, lo que se debía precisamente a la eyaculación. Para Margot es hoy en día una cuestión central en la relación sexual. Aunque ha tenido experiencias externas a la prostitución en donde ha querido “botarse” debido a la excitación, su mente, según ella, se bloqueó de tal forma que ya no lo logra. Lo que existe detrás de esta práctica es la búsqueda incansable por el cambio, por lo deseado. El caso de Carmen y Yolanda retrata de forma clara las consecuencias diversas de la hormonización

¿Y ahorita te sigues hormonizando?

Carmen: Ahorita no, hace un año que no porque es que resulta y acontece que las hormonas le duermen a uno mucho el apetito sexual, y en el trabajo lo que uno necesita estar es hambrienta, estar mejor dicho súper activa, cosa que llegó el uno y se atendió y llegó el otro y de una atenderlo, mejor dicho que se sientan bien. Pero entonces uno como que pierde el apetito, ni se le para, no le dan ganas, entonces por eso no.

A continuación, la frase que se encuentra en el relato anteriormente presentado respecto a la hormona:

Yolanda: Cuando yo me las aplicaba me sentía enferma, me sentía recaída pues me daba mucha arrechera, mantenía con lo del sexo así full, más alborotado. A mí se me paraba y todo, pero las hormonas me hacían sentir muy débil, como una mujer debilucha. Entonces yo deje de hormonizarme.

Estas diferencias dan cuenta de la variabilidad asociada a la hormona, igualmente de su importancia al momento considerar aplicarla para alcanzar cambios físicos visibles. Son numerosas las razones por las cuales una chica puede parar o intensificar el tratamiento

hormonal, sin embargo, sigue siendo una constante en la experiencia de las transexualidades. El “cóctel”, como lo llaman, es una parte importante en el proceso y trayectoria del cambio, este consta básicamente de anti-andrógenos y estrógenos y se consumen generalmente dos veces al mes. En la encuesta realizada en la marcha de la ciudadanía LGTB en el 2007, también se indagó respecto a este aspecto:

En el caso del uso de hormonas, es preocupante el número de personas que las usa (o ha usado alguna vez) sin prescripción médica. Encontramos que el farmaceuta ha sido el principal proveedor de las hormonas a las personas trans que las han utilizado, en casi la mitad de los casos (27 casos); en segundo orden de mención sobre proveedores(as) están otras personas trans (12 casos). Hay también situaciones que indican que la obtención o administración es realizada por la propia persona (8 casos) y en que la ayuda vino por parte de amigos/familiares (5 casos). Médicos(as) generales y endocrinólogos(as) representan 5 y 2 casos, respectivamente. (Brigeiro, et al. 2007: 115).

Numerosas veces escuché a las chichas decir que estaban “ventiochudas” cuando se tomaban la hormona, generando una analogía entre los cambios emocionales que puede constituir la menstruación para mujeres con sistema reproductor femenino, y lo que para ellas significa la aplicación de la misma. También llamó mi atención la respuesta de Ingrid cuando le dije que se veía muy linda, a lo que me contestó: *“es que estoy ovulando, mi amor”*. La segunda situación tiene que ver con el uso de tacones y la inyección de silicón. Aunque los riesgos del silicón sobrepasan el uso de tacones, es cierto que este acelera el proceso de esparcimiento, lo que conlleva a graves problemas de salud. “Hincharse”, como lo llama Margot, es una consecuencia que es fácilmente rastreable en los cuerpos de mujeres transexuales que trabajan en la prostitución callejera.

1.2.3) La apertura de nuevos espacios en la ciudad y las implicaciones del cambio generacional

La llegada a Bogotá hizo que Yolanda, al igual que Carmen, Débora y Margot, empezaran a vivir su cotidianidad como mujeres trans. Este desplazamiento, tanto físico (en el sentido de salir de sus pueblos) como corporal, marcó con fuerza su inicio en la prostitución y las experiencias específicas asociadas a esta etapa. El cambio de contexto y oportunidades es visible en la temática laboral, permitiendo una ampliación significativa —aunque por supuesto reducida en comparación con otros tipos de población— de las opciones de trabajo. Esta especie de “liberación” es una alternativa que solo el distanciamiento frente al

lugar de origen les otorgó a las chicas la posibilidad de cambio radical. Aunque el desprendimiento de su lugar de origen supuso el inicio público de su transformación, esta se dio, y sigue manteniéndose, en un ambiente violento y hostil como la prostitución. La capital les ha brindado a las mujeres transexuales, así como a muchos otros grupos marginados, la ampliación del espectro en oportunidades laborales y vivencias personales.

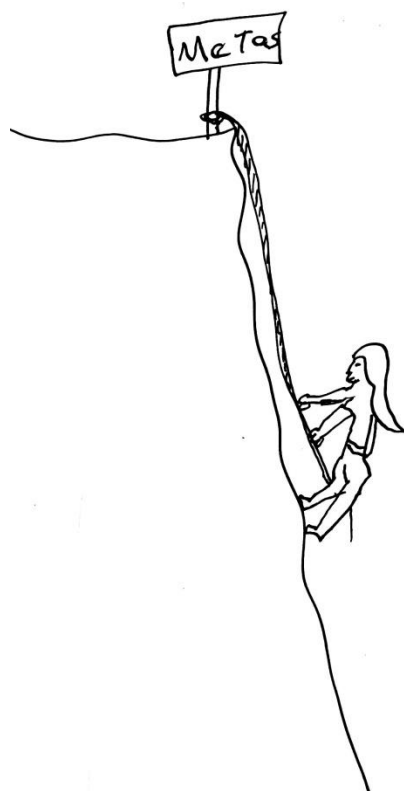


Imagen 4.²³

Como cuenta Yolanda en el siguiente apartado, las mujeres transexuales ahora tienen la oportunidad de trabajar con el Distrito (aunque se venían ejecutando programas desde la alcaldía de Lucho Garzón en el 2006, debe anotarse que estos incrementaron con la administración de Gustavo Petro y la presencia en el discurso distrital de la inclusión de orientaciones de género y sexo disidentes) y apropiarse de espacios y actividades antes totalmente vetadas.

¿Para ti fue fácil dejar Neiva?

²³ Dibujo realizado por una de las chicas en una de las sesiones de la “Escuela”. Refleja una firme intención de avance y progreso, especialmente, en el ámbito laboral (según lo explicó la chica que lo dibujó).

Yolanda: No, fue difícil... Pero pues ya me he ido acostumbrando... Pues porque, en Neiva, no hay esas oportunidades que las chicas trans tienen en Bogotá: que trabajamos en fundaciones, en el Distrito. Nada de eso hay en mi tierra. La que es travesti en mi tierra o tienen que trabajar en una peluquería o trabajar en la calle, de trabajadora sexual. Entonces yo como que quería otras cosas, entonces me di cuenta que había ese espacio y más oportunidades, entonces pasé hojas de vida y me dieron la oportunidad pa' qué.

¿Y hace seis años vives acá en la zona (Santa fe)?

Yolanda: Sí, hace seis años.

Para Carmen, que inició su tránsito hace más de 20 años, los escenarios y oportunidades laborales que tenía eran sin duda muy diferentes a los que encuentra Yolanda, que tiene 28 años y hace aproximadamente seis empezó su tránsito “full time”. Este cambio generacional es parte de las condiciones de posibilidad que el contexto otorgaba, impactando de forma directa la manera en la cual experimentaron y construyeron —y siguen construyendo— sus cuerpos. Las descripciones de las décadas de 1980 y 1990, en donde muchas mujeres transexuales que hoy en día son “madres” empezaron a prostituirse, son sobre todo relatos llenos de violencia y odio explícito. No olvidaré nunca cuando Camila, una trans de aproximadamente cincuenta años, se levantó la camisa y mostró las cicatrices de bala que tenía en su dorso. Cecilia, una madre reconocida en el barrio Santa Fe, sin ningún preámbulo, comentó: “ese era el pan de cada día, nos disparaban hasta por juego”. Camila cuenta que una noche cualquiera, cuando salía a trabajar en la calle, se encontró de frente con hombres disparando indiscriminadamente en la zona. Este escenario era común en ese tiempo, probablemente asociado a la llamada limpieza social y al abuso policial (afirmación proveniente de las decenas de historias que escuché a lo largo de la inmersión en campo, en donde absolutamente todas las madres cuentan haber vivido este tipo de experiencias). Su instinto de supervivencia hizo que se tapara con los cuerpos sin vida de sus compañeras, todo con el objetivo de pasar desapercibida para quienes perpetuaban tan horrible escena. Estas historias pueden parecer increíbles o exageradas. Sin embargo, los relatos de discriminación y estigmatización pululan entre las conversaciones y los encuentros de mujeres trans.

La variación en los niveles de discriminación es un asunto que atraviesa sin lugar a dudas las conversaciones con las “madres” y ‘mujeres trans’ más viejas (entre cincuenta y sesenta años). Fueron muchas las veces que escuché a Ingrid decir que a las “pollas” ahora les toca

más fácil, que hay más oportunidades que antes y que, al menos, ya no hay decretos que prohíban de manera fáctica las orientaciones sexuales disidentes. Las palabras de Ingrid en un encuentro trans, relatan de forma clara esta discriminación:

“Referente a la situación de los travestis antes, yo creo que todo se basaba en que era sancionado todo aquel que tuviera inclinaciones homosexuales. Le transcribo un pedacito del código del decreto 522, que se acaba en el año 81, o sea que todo lo anterior fue fatal para nosotras, en la misma sanción que había en ese tiempo: “De seis meses a dos años de prisión incurrirán los que consumen el acceso carnal homosexual, cualquiera que sea su edad” O sea que meter por el culo daba de seis meses a dos años de prisión. Aquí somos mayores de edad cierto, (risas) entonces lo que las autoridades tenían autorizado, imagínate cómo era. Del 78 al 82 gobernó un señor que aprueba un estatuto de seguridad que era para reprimir la subversión y en esas estaba que el que vulnera su presentación personal con el uso de prendas femeninas y de todo era motivo de detención y conducción a una cárcel. De ahí que las travestis de ese tiempo, las que ejercíamos, para nosotras era normal entrar a una cárcel, solo por el porte de objetos femeninos. Entonces imagínese, eso era terrible”.

El apartado previo tiene el propósito de evidenciar el cambio generacional, diferente a argumentar que actualmente no se viva discriminación y/o rechazo. Para Yolanda y Carmen, los referentes de tránsito y feminidad fueron muy distintos: Carmen estuvo rodeada directa e indirectamente de mujeres transexuales en su niñez (todas las trans de las peluquerías y los carnavales en Tocaima) mientras que Yolanda vino a conocer más de cerca el mundo trans cuando llegó a la ciudad. Este cambio generacional, sumado al lugar de origen y los referentes de tránsito, impactaron de forma directa su construcción corporal. Aunque Carmen se vio altamente influenciada por los espacios compartidos con las trans en su adolescencia, lo que desligó en más conocimientos acerca de los procesos de intervención y transformación corporal, las vivencias asociadas a la violencia fueron más determinantes y explícitas en su caso (violencia por parte de la fuerza pública y lucha por el espacio dentro del Santa Fe). Los desplazamientos en su cotidianidad, referenciada en este momento como la posibilidad de movilizarse y apropiarse del espacio libremente, están sujetos a los avances en la aceptación y puesta en discurso y práctica de los derechos tanto de las prostitutas como de las personas trans.

¿Te ha gustado el trabajo con Alianza entonces?

Carmen: Claro, como no me va a gustar si mi familia ya me ve desde otra perspectiva y ya por lo menos no tienen la ideología que solo soy una mujer

trabajadora sexual, sino que por lo menos tengo un trabajo decente en el cual se enorgullecen de mí.

¿Y cuándo estuviste trabajando en qué trabajabas?

Carmen: *En todas esas ciudades donde yo estaba siempre había sido el trabajo de la prostitución, ya que en esos tiempos no se presentaban oportunidades laborales como se vienen presentando actualmente. Porque anteriormente éramos más que todo discriminados, y pues se solo se daba la oportunidad de trabajar en la peluquería, y pues yo de la peluquería no soy tan amante, y pues de la peluquería y a la prostitución, elegí la prostitución.*

¿Qué te impulsó para venirte a la ciudad?

Carmen: *Lo hice más que todo por mi familia, porque pues en esa ciudad siempre estuve sola, no tenía mi familia a mi lado que por lo menos si tenía algún problema, alguna situación vergonzosa, siempre me tocó afrontarla sola entonces ya por último decidí venirme para Bogotá porque acá permanece gran parte de mi familia y con ellos cuento con un apoyo muy importante en mi vida y por lo menos no me siento sola. También por aquí en Bogotá se me presentó la oportunidad de trabajar, de conocer nuevos estilos de mi vida que no tenía tanto conocimiento de ellos, pero entonces he logrado muchos objetivos, cosas muy importantes.*

¿Cuando hablas de tu familia de quien hablas específicamente?

Carmen: *De mis hermanos, porque ellos son los que están actualmente viviendo acá. Porque mis papás viven en Tocaima los dos.*

Las preocupaciones de Carmen por tener un trabajo “decente” y por el hecho de estar acompañada en los momentos “vergonzosos”, son aspectos que comparten la mayoría de chicas trans en el ejercicio de la prostitución. Aunque la “decencia” puede ser entendida de numerosas formas (maneras de hablar, modales y etiqueta, vestimenta, etc.), y es una noción socialmente variable, las chicas hacen referencia específicamente al antagonismo entre la prostitución y otras labores. La búsqueda de un trabajo paralelo o una actividad asociada al reconocimiento de la comunidad trans y/o la colaboración con sectores LGBT son objetivos que muchas mujeres trans asociadas a la Red Comunitaria Trans buscan. El CAIDS centro se ha convertido también en un foco de cursos y actividades asociadas tanto al aprendizaje de confección y bisutería como a talleres intensivos de lectura, escritura y matemáticas. Cecilia, por ejemplo, está aprendiendo a leer y escribir a sus casi 60 años. Aunque hay un avance claro en términos de inclusión social, vale la pena tener en cuenta las críticas que hace Débora, por ejemplo, cuestionando la inexistencia de programas relacionados con las TICs. En todo caso, el CAIDS, junto con otros espacios de socialización (reuniones de Alianza Vhida y eventos de la Red), se han convertido en lugares de convergencia y creación de comunidad, estando además en todo el corazón de la actividad en el Santa Fe. Estos ejemplos permiten desfatalizar las relaciones entre

prostitución y transexualidad, evidenciando avances y alternativas que han se conseguido a través de la organización política y la visibilización de cambios y demandas.

Todas las entrevistadas han ejercido el trabajo sexual en varias partes del país. No obstante, la mayoría suele retornar a Bogotá y establecerse en la ciudad. Esto se explica precisamente por las oportunidades que se presentan en trabajos no asociados a la prostitución, así como igualmente a la alta presencia de sitios y espacios en donde se puede ejercer sin mayores contratiempos el trabajo sexual, por supuesto también ligado a la cantidad de clientes que frecuentan el Santa Fe. Esta movilidad espacial, entonces, se materializa tanto en la obtención de distintos trabajos, como en el aumento de las posibilidades de conseguir dinero. Carmen sigue ejerciendo la prostitución, sin embargo, no es ahora mismo el trabajo que más le consume tiempo y energía. Suele trabajar de 6 a 9 de la mañana y aunque pueda pensarse que temprano no hay clientes, me cuenta: “*no crea, hay muchos a los que les gusta echarse un polvito antes de ir al trabajo*”.

¿Cuántos clientes puedes llegar a tener en un día?

Carmen: *Por ahora no estoy tan inclinada en el trabajo de la prostitución, porque estoy más que todo en lo de la cinemateca, en lo de Alianza y también eso haciendo gestión para lo de la Secretaría de Mujer y esto. Por ahí salgo una, dos, tres horas en la mañana, trabajo de las seis de la mañana a las nueve de la mañana, y en ese tipo uno, dos raticos, tres turnitos así y ya. No más. Yo en la tarde saco el puestico de dulces y me pongo es a trabajar así y ya.*

Como no todas las residencias del sector se encuentran abiertas a esa hora, muchas veces lleva a cabo el servicio en su apartamento, en donde además aloja a tres chicas trans. Cuando éstas llevan clientes al apartamento deben darle \$5.000 pesos a Carmen, lo que pagarían en una residencia por el uso de la habitación²⁴. La oportunidad de expandirse laboralmente en diferentes organizaciones y ONG’s —en principio para las chicas que hacen parte de la Red Comunitaria Trans— le ha otorgado el beneficio de participar y liderar numerosos proyectos y actividades con las mujeres trans en la localidad de Mártires, al igual que darse cierta libertad en los horarios y los días en que debe ejercer.

Como se ha visto, el contexto de la prostitución moldeó, intensificó y configuró muchos de los desplazamientos físico-corporales de las chicas. Las diferencias en la apropiación de

²⁴ La mayoría de chicas trans que ejercen el barrio Santa Fe viven en el sector, compartiendo apartamentos o habitaciones con sus compañeras de trabajo sexual.

dinámicas y movimientos dentro del trabajo sexual, se ven influenciadas por los diferentes inicios y experiencias asociadas a cada historia y trayectoria de las entrevistadas. Para las chicas, la llegada a la ciudad de Bogotá posibilitó la experimentación pública de su transformación. Esta “libertad” estuvo, desde el principio, marcada por violencias físicas, emocionales y simbólicas. La paradoja está justamente enmarcada en estas tensiones. La clandestinización asociada al lugar de origen, descrita como la imposibilidad de “ser mujer”, junto con su contracara, “tienes que verte como una mujer”, son dos aspectos centrales en sus trayectorias. Desfatalizar la vida dentro de la prostitución, así como también evidenciar sus violencias, ha sido un objetivo de este capítulo. La mayoría de las chicas que hacen parte de esta investigación se han insertado en redes de trabajo distintas a la prostitución, han creado memorias y oportunidades a partir de sus luchas identitarias y sociales, y como cualquier otra persona, sufren, anhelan y ríen.

2) “Con las güevas y las tetas bien puestas”: relaciones y experiencias con la genitalidad en sus trayectorias de vida

Indagar en lo genital puede parecer en principio morboso, fuera de tono... Sin embargo, con el tiempo noté que mucha de la reivindicación de los cuerpos trans se encuentra precisamente allí: en cuestionar a través de las vivencias carnales y propias, lo que el discurso médico hegemónico ha creído saber. Resistir, desde los relatos, al discurso totalizante y preminente sobre la presunción de que solo hay en la experiencia transexual, odio y repulsión frente a los genitales. La idea de una “totalidad” y “finalización” del proceso de tránsito suele asumirse como análogo a la cirugía de cambio de sexo. La inteligibilidad de los cuerpos trans, a los ojos del excluyente binarismo sexual, se disipa bajo el manto de una reasignación sexual. La metáfora del espacio, al contrario de esta visión, permite entrever los desplazamientos con respecto a su genitalidad y la sexualidad asociada a esta. También es importante desmentir, precisamente desde la existencia misma de cuerpos que empezaron a fluir y moverse en la matriz generizada, la presunción de que los genitales otorgan natural e intrínsecamente características y personalidades estandarizadas: el hecho de que ser dominante y agresivo (o incentivar este comportamiento) se lea como obvio por poseer un sistema reproductor masculino.

Sería insuficiente tratar de entender la complejidad en la construcción del cuerpo y las experiencias transexuales, sin conocer lo que implica posicionarse y transformarse como mujer teniendo pene. Es decir, el “sentido común”, que se encuentra respaldado por el binarismo excluyente de género, rechazaría de inmediato la idea de que existan cuerpos que teniendo pene puedan ser considerados femeninos o si quiera cuerpos no-masculinos. Mi propósito aquí no es solo mostrar que es absolutamente posible, sino que además todo lo que niegue la maleabilidad y artificialidad de las convenciones de género, se queda corto frente a las experiencias localizadas, vívidas y radicales de las interacciones con nuestros cuerpos. La genitalidad es uno más de los variados aspectos que entran a tensionar las relaciones entre lo “femenino” y lo “masculino”.

En esta medida, las preguntas que realicé estuvieron orientadas desde los aspectos más cotidianos (por ejemplo, lo relacionado con la masturbación) hasta algunos quizás más “profundos” y anteriores (sus sentimientos frente al pene cuando pequeños). Me resistía a

creer que la relación con su genitalidad se limitara a satisfacer a potenciales clientes, o que estuviera simplemente adscrita al deber dentro del trabajo sexual. Estos interrogantes me llevaron a profundizar en la forma en la cual llevan a cabo relaciones sexuales fuera y dentro de la prostitución, también lo relacionado con las ideas y creencias respecto a la reasignación sexual y, además, sus opiniones con relación a la vagina y las connotaciones sociales y sexuales de ambos órganos (pene y vagina).

Este apartado se enmarca dentro de las experiencias y motivaciones respecto a la *no reasignación sexual*, por lo tanto, indagar acerca de cómo se desestabiliza o no el sistema sexo/género es también un propósito del mismo. El fenómeno de la transexualidad y, a su vez, el proceso de transformación corporal, es generalmente leído a través del deseo y realización de la reasignación sexual (Nosedá 2012; Soley-Beltrán 2014). Bajo esta mirada, la consumación de una identidad finalmente coherente con todo el sistema social del género (“las mujeres tienen vagina” y los “hombres tienen pene”) termina reduciendo la complejidad de los cuerpos trans. Como argumenta Preciado (2008), este proceso de codificación de la “diferencia sexual” asume lo visible como verdad anatómica. “Una de las diferencias políticas constitutivas de Occidente (ser hombre o mujer) se resuelve en una banal ecuación: tener o no un pene de un centímetro y medio en el momento del nacimiento” (p.59). Es decir, el clítoris, las trompas de Falopio, o cualquier referente “biológico”, se convierten en estados fijos de la materia.

En aras de evidenciar las distancias que hay con respecto al corpus médico, considero necesario mostrar las lecturas y formas en las cuales los teóricos de las principales corrientes médicas han tratado, como si fuera una enfermedad, la transexualidad. Las experiencias concretas y carnales de las chicas son la evidencia de un orden y una significación distinta en las relaciones dentro la transexualidad y la genitalidad. Este dúo hace parte también de los desplazamientos físico-corporales en un espacio generizado, y quizás como ningún otro, da cuenta de la variabilidad y distanciamiento que existe con respecto a un ideal único de transexualidad.

2.1) “Yo no soy disfórica, soy eufórica”²⁵: lecturas y aproximaciones teóricas sobre los modelos de la transexualidad

Para empezar, me gustaría llevar a cabo un escueto recorrido a través de las formulaciones y cambios asociados al tratamiento y nombramiento de la “transexualidad” en los Manuales de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (en inglés, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM)). Esta descripción tiene como propósito principal evidenciar los cambios alrededor de la mirada y el juzgamiento acerca de los “desordenes sexuales”, trayendo a colación la necesidad de identificar y hacer visibles las epistemes y politizaciones alrededor del “saber objetivo” de la medicina. En el primer Manual de Diagnóstico, publicado en el año 1952, se describe la desviación sexual como:

Sexual deviation: This diagnosis is reserved for deviant sexuality which is not symptomatic of more extensive syndromes, such as schizophrenic and obsessional reactions. The term includes most of the cases formerly classed as "psychopathic personality with pathologic sexuality." The diagnosis will specify the type of the pathologic behavior, such as homosexuality, transvestism, pedophilia, fetishism and sexual sadism (including rape, sexual assault, mutilation). (American Psychiatric Association Mental Hospital, 1952: 38).

El travestismo y la homosexualidad son, en este punto, identificados y tratados como comportamientos patológicos. En 1994, en el DSM- IV, el término “transexualidad” fue cambiado por el de “Trastorno de Identidad de Género” (en inglés *Gender Identity Disorder*). En su quinta edición, aprobada en el año 2012 y publicada en el 2013, la Asociación decidió que el término “desorden” no era lo suficientemente adecuado: “Replacing “disorder” with “dysphoria” in the diagnostic label is not only more appropriate and consistent with familiar clinical sexology terminology, it also removes the connotation that the patient is “disordered” (American Psychiatric Association, 2013: 2). En esta última edición, figura el término “disforia de género” (*Gender dysphoria*) y se caracteriza, según el manual, por lo siguiente: “is manifested in a variety of ways, including strong desires to be treated as the other gender or to be rid of one’s sex characteristics, or a strong conviction that one has feelings and reactions typical of the other gender” (American Psychiatric Association, 2013: 2). Si bien ha existido un cambio discursivo desde mitad del siglo XX,

²⁵ Esta consigna se ha vuelto popular a lo largo de las manifestaciones en contra de la patologización de las experiencias de vida trans, e intenta, a través de los mismos mecanismos de señalamiento, reivindicar a la población trans.

la patologización y categorización de experiencias eróticas, sexuales e identitarias, en este caso la “disforia”, siguen disponibles en un manual que, al final, describe desórdenes mentales y, por consiguiente, evalúa y expone los tratamientos adecuados para “tratarlos”. Termina siendo una posición completamente ingenua creer que el cambio de nombre elimina automáticamente el lastre de discriminación, rechazo y estigmatización que a lo largo de tantas décadas han llevado los cuerpos con experiencias distintas a la heterosexualidad y el binarismo de género.

Berenice Bento, junto a Larissa Pelucio (2012), en su artículo “Depathologization of the Genre: The Politicization of Abject Identities” [traducción del portugués al inglés], ratifican lo anterior: el género sigue siendo tratado como una categoría diagnóstica, y como tal, debe dimensionarse el peso de los discursos normalizadores y patologizantes a su alrededor. Las consecuencias de diagnosticar y, por ende, “corregir”, mantienen la premisa de cuerpos equivocados y “trastornados”. Las autoras analizan, a partir de las estrategias discursivas utilizadas por el campo médico-psiquiátrico, la fragilidad de las deducciones a favor de patologización. Desde la diferencia “natural” entre los géneros, pasando por la supuesta conducta suicida de las personas transexuales, y la falacia de la autoridad científica, argumentan que el movimiento de resistencia y despatologización de las experiencias trans, debe exigir el retiro inmediato las categorías de “género” y “sexo” de los manuales de tratamiento psiquiátrico.

En el marco del “verdadero transexual”, o el modelo psiquiátrico tradicional, los transexuales “no sienten deseo sexual ninguno ni llevan a cabo prácticas sexuales, puesto que la actividad sexual implicaría obtener satisfacción de unos genitales (masculinos) que se supone que el paciente aborrece” (Soley-Beltran, 2014: 27). Esta presunción, sin embargo, se encuentra bastante alejada de las numerosas y diversas experiencias trans. Re-ubicar y re-significar las relaciones con su genitalidad es a su vez comprender y profundizar en sus trayectorias corporales y desplazamientos identitarios. Así como en la manifestación del tránsito no hay un solo camino o una sola verdad, sino más bien la complejidad de una trayectoria, en relación con su genitalidad hay también tensiones, creencias y emociones diferenciadas. En los estudios de caso que lleva a cabo Soley-Beltran (2014), muchas, con el objetivo de alejarse de una categoría como la homosexualidad —de por sí rígida y

cuestionable—, apelan a un deseo heterosexual, argumentado que su deseo sexual por los hombres hace parte de una identidad de mujer, no de un deseo de hombre a hombre.

Berenice Bento (2003), en aras de defender su postulado teórico de la (s) transexualidade (s), utiliza específicamente dos tipos de transexualidad en los troncos médico-teóricos más sobresalientes: por un lado, el transexual stolleriano y, por el otro lado, el transexual benjaminiano. El primero engloba un referente psicoanalítico y el segundo un referente biológico. Ambos constituyen los ejemplos para llevar a cabo la crítica de un supuesto transexual universal. Vale la pena mencionar que el stolleriano remite su nombre al psicoanalista Rober Stoller y el benjaminiano al médico Harry Benjamin.

Aunque la autora admite que es extraño ubicar dos saberes médicos en debate respecto a la transexualidad, estos dos abordajes brindan enunciados distintos con respecto a la cirugía de reasignación sexual. Del lado del psicoanálisis, Collete Chiland —guiándose bajo los postulados de Stoller— argumenta que los arrepentimientos con relación a la operación son mayoritarios. Por otro lado, Jos Menges —guiándose bajo los postulados de Benjamin— expone que los resultados son satisfactorios para la generalidad de los transexuales sometidos a la operación. Resumiendo los postulados centrales del transexual stolleriano, puede decirse que bajo esta lectura el “origen” de la transexualidad se encuentra en la crianza de la madre y el hijo, anclada a un escenario de infancia. Siguiendo este presupuesto, se arguye que la madre stolleriana no tiene límite en la envidia de tener pene —idea necesariamente desligada del complejo de castración de Freud— por lo tanto, crea relaciones de apego extremas con su hijo. En conclusión, la experiencia transexual no envidia el pene, sino la vagina —invirtiendo la lógica de la castración— observando el pene como “un pedazo de carne entre las piernas” (Bento, 2013).

Stoller relata varias historias de crianza en donde “cura” la feminidad, rescatando así lo que se espera de la relación con el pene y la masculinidad. El debate que trae a colación esta lectura, más allá de la especificidad de los términos del psicoanálisis, es la manera en la cual se “trata” la transexualidad: se induce al niño a una identidad masculina hegemónica, es decir, se postula como natural y normal las actitudes de agresión, violencia, poderío, ego; aspectos asociados con la masculinidad. Según los testimonios que Bento (2003) recogió a lo largo de su investigación, esta “madre stolleriana” no se presenta en los ámbitos

familiares de las personas transexuales que entrevistó y con las cuales convivió. La “madre sobreprotectora” y envidiosa del pene de su hijo no existe.

Respecto al transexual benjaminiano, puede resumirse en una frase: “dime que hormonas tienes y te diré quién eres”. Es decir, bajo este postulado, el transexual y todo lo relacionado con su sexualidad tendría como causa primera la composición hormonal del organismo. Para él, el sexo cromosómico es el responsable de la determinación del género. La “anormalidad” ocurre cuando los distintos niveles de sexo (cromosómico, gonadal, genital) se encuentran en desacuerdo. En conclusión, este médico endocrinólogo arguye que la reasignación sí es una opción para dar coherencia a los cuerpos. Por esta razón presenta una crítica explícita respecto al tratamiento psicológico. Es necesario hacer hincapié en que ambos modelos teóricos piensan la operación de la genitalidad como el garante para el acercamiento a la heterosexualidad normal y deseable.

El “verdadero transexual”, para Benjamin, es aquel que es fundamentalmente asexuado y sueña con tener el cuerpo de una mujer por medio de la intervención quirúrgica. La cirugía le permitiría disfrutar del estatus social del género con el cual se siente identificado, al mismo tiempo que permite mostrar una sexualidad apropiada, con un órgano apropiado (Bento, 2003: 163). Este postulado, propuesto en el año de 1966, sigue operando de manera fuerte y constante en la determinación de lo que debería ser un “verdadero transexual”. Odiar los órganos masculinos y solicitar urgentemente la cirugía son dos de las características más importantes al momento de nombrar oficialmente a un sujetx como transexual, de estos supuestos imperativos, se sigue que esta sea prácticamente asexual, ya que sentir placer por medio de los genitales sería una contradicción casi que ontológica. Como bien lo expone Gregori (2006), en su caso hablando de la intersexualidad, “la institución homologada para legitimar el sexo de los individuos en nuestra sociedad es la institución médica y los profesionales médicos que trabajan en ella, y en consecuencia, los discursos que surgen de ella son cada vez más sociales e impregnan cada día más el imaginario social sobre el cuerpo, el sexo y la sexualidad” (p. 105).

Contrario a estas dos aproximaciones ‘clásicas’ sobre la transexualidad, Bento (2003) se propone exponer cómo la (S) transexualidade (S) deconstruyen poco a poco la imagen de un verdadero transexual. Las mujeres transexuales lesbianas y los hombres transexuales

gays son los sujetos y experiencias de vida que la autora utiliza para desestabilizar las lecturas simples y homogéneas que el corpus médico lleva a cabo con relación a la transexualidad. Este *dislocamento* imposibilita para muchas profesionales de las ramas “psi” la comprensión de la homosexualidad en los transexuales. Así como en la homosexualidad, en el ejercicio de la prostitución y las trayectorias corporales también se presenta el “deslocamento”, dando paso a un espectro amplio y diverso sobre las relaciones con la genitalidad.

Norma Mejía (2006), en su libro “Transgenerismos: una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica” también se propone reflexionar sobre las implicaciones frente a considerar la cirugía de reasignación sexual (CRS) como garante máximo del cambio de sexo social. En este sentido, la autora, que además es transexual, se embarca en un provechoso análisis referente a las ideas que existen sobre los estereotipos de sexo y género en relación con “ser hombre” o “ser mujer” para argumentar que la transexualidad, como categoría y realidad, existe en la medida en que el binarismo sexual continúe. Hablar acerca de lo que implica serlo o no, merece una reflexión central acerca de lo que entendemos como sexo. Este último concepto, aunque se maneje de manera cotidiana y aparentemente estándar, está lejos de tener un consenso dentro de sus contenidos. El acercamiento corriente es pensarlo en relación con la genitalidad: si tienes pene eres hombre y si tienes vagina eres mujer. Esta afirmación se encuentra constantemente legitimada por la industria cultural, la socialización primaria, las instituciones estatales, etc. Sin embargo, como argumenta la autora —claramente influenciada por otros teóricos del género y de hecho por los descubrimientos “científicos” en relación con el cuerpo humano—, el sexo (cuestionando de hecho su existencia en el sentido estricto) es muchísimo más que el genital.

El sexo gonadal, identificable por la presencia de testículos u ovarios, produce una serie de hormonas sexuales que contribuyen a regular el funcionamiento del cuerpo. Aunque es común escuchar que el estrógeno y la testosterona forman el carácter y la personalidad de los géneros, es en realidad un proceso mucho más complejo y entremezclado (Mejía, 2006) En primera instancia, no significa que las “mujeres” no produzcan testosterona o que los “hombres” no produzcan estrógeno, sino que la proporción en cada cuerpo sexuado es

menor y distinto dependiendo de las gónadas. El sexo cromosómico, por otro lado, también presenta excepciones e irregularidades, mostrando la variabilidad que el cuerpo humano evidencia en los genes y los caracteres “biológicos”. El síndrome de Turner o Klinefelter, más allá de su especificidad médica, revela que no todo el sexo cromosómico se enmarca dentro del XX o el XY. Una de las evidencias médicas que Mejía utiliza para referirse a la cada vez más caduca diferencia sexual entre hombres y mujeres –que por supuesto se reta desde el conocimiento académico y activista, pero que sin embargo sigue muy en pie en la cotidianidad de la sociedad occidental- es la presencia innegable de una base fuertemente femenina al momento de la concepción y el desarrollo del embrión. Durante las primeras seis semanas ambos embriones son anatómicamente similares, sin embargo, desde cumplido el segundo mes, el feto macho tiene que luchar para conquistar la virilidad. “¿Por qué? Porque el sexo femenino es el sexo base de todos los mamíferos” (Mejía, 2006: 262). En este sentido, no existiría un sujeto 100% hombre o 100% mujer. Lo que sucede es que se construye una dicotomía de género la cual se le inscribe un continuum biológico (Kessler y McKenna, 1978 citado en Mejía, 2006).

Mejía (2006) expone una de las formas en las cuales las trans han sido categorizadas. Basándose en la teoría de Blanchard²⁶ los dos tipos de transexuales que empiezan la vida como “hombres” se denominan como (1) homosexuales y (2) autoginefilicos. Los primeros vendrían siendo gays extremadamente femeninos desde una edad muy temprana, los segundos son hombres obsesionados eróticamente con la imagen de ellos mismos como mujeres. Este acercamiento no tiene en cuenta el origen socioeconómico, crítica principal que construye la autora respecto a la teoría blanchardiana. “La clasificación de Blanchard aporta elementos valiosos de análisis (concretamente, la autoginefilia) pero peca de maniquea, de ver todo blanco o negro, ignorando los grises” (Mejía, 2006: 286).

Respecto a las limitaciones y arbitrariedades de estas producciones de conocimiento científico, Juan Carlos Jorge (2008) lleva a cabo una crítica frontal y directa a la pretensión de verdad que descansa en el saber biomédico²⁷. Además de exponer las “inconsistencias

²⁶ Ray Blanchard es un sexólogo americano-canadiense, ha tratado temas como la pedofilia, las “parafilias”, la transexualidad y la orientación sexual.

²⁷ Encargado de producir saberes sobre procesos biológicos que sean traducibles al manejo del cuerpo humano.

teóricas” de este sistema, y calificar de “absurdas” muchas de las conclusiones que se desligan de las lecturas basada en esta, también reflexiona sobre los peligros de la geopolítica asimétrica y el saber-poder proveniente del “Norte Global”. Al respecto de la falacia de los cromosomas sexuales, y al igual que Mejía (2006), argumenta que la numerosa documentación de casos distintos a la lectura simple de “46, XY” y “46, XX” da cuenta de los vacíos a los que se enfrenta los saberes biomédicos, que por supuesto no pasan desapercibidos, pero son pasados por alto en la producción de manuales y protocolos para tratar casos de intersexualidad y transexualidad.

Cabe preguntar si es precisamente por este requiebre ideológico que estos datos moleculares luego de casi 20 años aún no han alcanzado ningún libro de texto de medicina o biología molecular. El Comité Olímpico Internacional ha reconocido las limitaciones de definir sexo de acuerdo a los consabidos cromosomas sexuales y en el 1999 eliminó la confirmación a priori de la identidad cromosómica de las atletas como requisito para competir en las Olimpiadas. (Jorge, 2008: 2)

El reciclaje de la hipótesis de la testosterona, además muy utilizado en el intento por “explicar” la ontogenia de una persona varón a hembra (VaH) o hembra a varón (HaV), arguye su poder en la premisa de que este componente, así como es capaz de “masculinizar” la estructura anatómica, también lo logra con la conducta. “Con el aislamiento de la sustancia que “hace” a los machos se inició toda una tradición de experimentos que buscaban dilucidar sus mecanismos de acción y sus consecuencias anatómicas, fisiológicas, y conductuales” (Jorge, 2008:3). Este intento por explicar la conducta a partir del análisis de la presencia de la testosterona, es la piedra angular de la formulación biomédica de “sexo=género”. A partir de experimentos con roedores, en donde se inyectaba o suprimía, dependiendo del caso, en mayor o menor cantidad la testosterona o el estrógeno, los animales tenían conductas reproductivas asociadas al “deber” de la hormona aplicada. Estas pruebas de laboratorio devinieron en la búsqueda de más conductas asociadas al “sexo”, lo que concluyó en el paso, arbitrario y conveniente, de conductas reproductivas a “conductas sexuales” y “sexo-específicas”. (Jorge, 2008). Estas teorías se preguntan ante todo por *un* origen, lo que desencadena una serie de hipótesis y presunciones que terminan por establecer cajas herméticas y pequeños munditos encerrados en consultorios y charlas académicas. Al “encontrar” el origen, entonces, se plantean como objetivo erradicar la anormalidad, la cual siempre subyace en agentes o

momentos específicos y congelados en el tiempo: la madre, las hormonas y el sexo genital, respectivamente.

2.2) Las experiencias localizadas y específicas de las chicas en la relación con su genitalidad

La “corporeida humana”, dibujo realizado por dos “madres” prostitutas del barrio Santa Fe en una de las sesiones de la “Escuela”, empieza este apartado. Mostrar sus lecturas y aproximaciones de la corporalidad, tan enlazadas con sus conocimientos y prácticas a través de la genitalidad, es el objetivo de este capítulo.

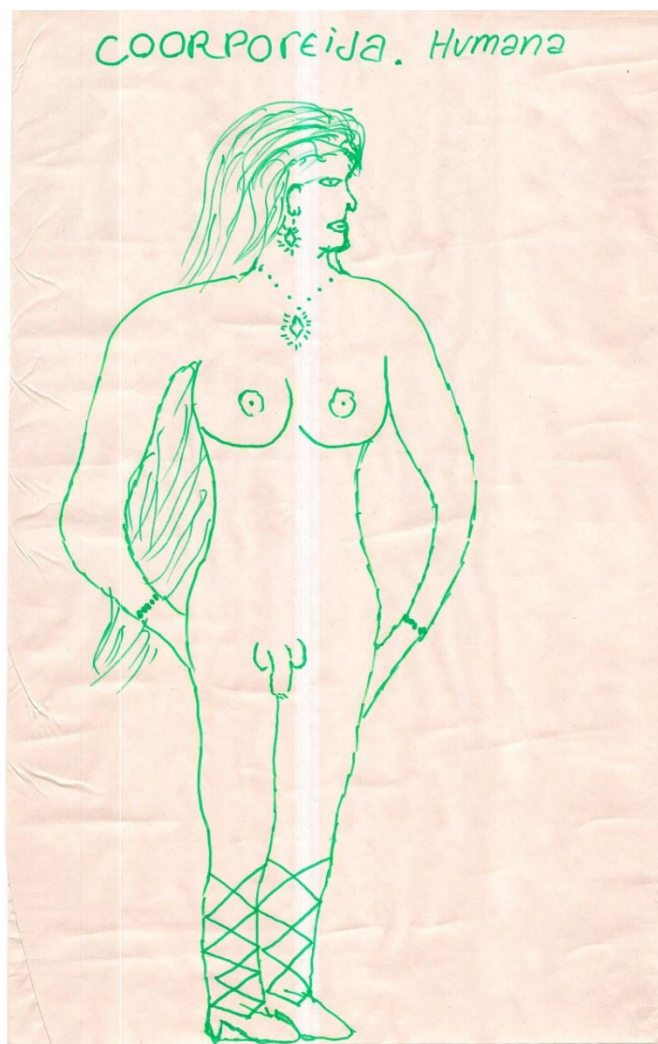


Imagen 6.

Hay varios momentos relacionados con la genitalidad. En primera medida, voy a mostrar lo concerniente a las ideas y opiniones que las chicas tienen con respecto a la reasignación sexual. En un segundo momento, y a través de sus descripciones, daré paso a un análisis sobre las concepciones que existen frente a la vagina y su inutilidad en las experiencias transexuales. Por último, mostraré la forma en que estas dos instancias dan cuenta de la relación íntima y sexual con su pene, así como lo referente a las relaciones sexuales dentro y fuera de la prostitución. Estos aspectos, en conjunto, tienen el propósito de comprender los principales factores asociados a la genitalidad. Además, son útiles para emprender reflexiones acerca de las lecturas biologicistas de las entrevistadas, así como de sus opiniones más propias en relación con sus madres y modelos de feminidad. A su vez, este apartado se suma a los desplazamientos corporales y de auto-reconocimiento (explorados en el siguiente capítulo) que, en interconexión, alimentan la noción de espacio generizado y multiforme.

Reflexionar sobre el hecho mismo de hablar de “trans”, es decir, volver los cuerpos susceptibles de análisis mediante la categorización y distribución de sus características y experiencias, es también una reflexión aquí presente. Este principio de clasificación e inteligibilidad supone, en mi opinión, un acto de violencia simbólica y epistemológica. Es cierto que no podríamos aprehender el mundo si no podemos nombrarlo, sin embargo, trabajando y compartiendo con las chicas, se hacía cada vez más imperioso evitar los conceptos cerrados y limitantes. En este trabajo he utilizado tránsito y transformación simultáneamente, y se debe precisamente a lo que las entrevistadas me hicieron reflexionar:

Débora: Y pues porque además el solo hecho de que sea o femenino o masculino, por ejemplo, muchas no nos reconocemos ni como mujeres ni como hombres, sino como personas trans. Yo pensaría que sería más chévere que hasta las mismas personas trans, por ejemplo, el término trans también me parece un poco, no sé, mal, es una cosa impuesta, a mí quién me dijo que yo era una persona trans, porque se refieren a nosotras como unas personas que transitan en los géneros si eso no es verdad ¿sabes? Porque además el tránsito es algo que no tiene como final, que nunca acaba, entonces nosotras seríamos eso, como una persona indefinida, que no tiene como un sitio, un punto, un fin, y eso es una mentira. Yo no transito por el género para ser eso, sino porque la tengo clara, porque sé quién quiero ser, cómo me quiero llamar, cómo quiero mostrarme, entonces sí tengo un fin, ¿sabes?

¿Y hace cuánto comenzaste el tránsito?

Mariela: *Uf, desde muy niña, desde los 15 me sentí ser chica, o más bien desde siempre me he sentido como una chica, siempre he vestido de niña desde muy pequeña... Entonces no creo que haya habido un tránsito así como de niño a niña... sino que creo que no hubo nunca un niño... Desde muy niño, se me notaba la homosexualidad. Dentro de las instituciones de bienestar familiar siempre se me notó la feminidad, entonces no creo que hubo tránsito, hubo fue más bien una transformación a esa niña que estaba escondida.*

Como puede evidenciarse, conceptualizar y posicionar su experiencia depende a su vez de la forma en que carnal y prostéticamente sienten su cuerpo y lo cambios que han atravesado. Débora es consciente acerca de la importancia que el término “trans” tiene en relación con políticas públicas y colectividades políticas —lo utiliza todo el tiempo en las reuniones de la Red Comunitaria Trans y en los diferentes encuentros de visibilización—. Sin embargo, siente que para retratar su vivencia, el término se queda corto y puede llegar a ser irritante. Débora insiste en la necesidad de reconocer los cuerpos mediante una teoría inter-género (habla en términos de teoría como tal) ya que opina que la idea de tránsito no abarca de manera satisfactoria la complejidad de su experiencia y la de muchas. Esta posición resalta por su contundencia, además de posicionarla, si se quiere, como un posible referente teórico. Mariela, en cambio, está tan segura de que nunca fue un niño, que el hecho de “transitar” le parece irrelevante, es más bien el resultado de un flujo continuo que para ella no tenía otro final. Lo expuesto previamente tiene la intención de poner sobre la mesa la imposibilidad de hablar de una sola forma, o englobar uniformemente estas experiencias.

Ahora bien, con respecto a las principales “teorías” acerca de los potenciales resultados y análisis referentes a la reasignación sexual, la principal crítica y oposición aquí presentada tiene que ver con la presunción de coherencia. Al igual que una persona transexual que tiene relaciones amorosas y sexuales no heterosexuales, la no reasignación sexual, encuentra un orden distinto a la lógica de seguimiento entre identidad de género, sexo genital y orientación sexual. Al preguntarles a las chicas si el hecho de tener pene había imposibilitado su construcción como “maricas”, “trans” o “mujeres” —dependiendo de cómo se nombran así mismas— todas respondieron negativamente.

Uno de los grandes peligros de considerar la reasignación sexual como el garante “último y verdadero” del cambio de sexo, es el sostenimiento de la jerarquización de cuerpos en el

margen y en el centro. Si solo es posible ser y nombrarse asertivamente en el mundo a través de una vaginoplastia o faloplastia (por supuesto nunca en el mismo nivel de cuerpos “biológicamente coherentes”), el sufrimiento y estigmatización de millones de cuerpos será por mucho más tiempo un escenario común. Es importante aclarar que no tengo intención de desmeritar o subvalorar las decisiones de aquellas y aquellos que han llevado a cabo una cirugía de reasignación, todo lo contrario, sus trayectorias y experiencias particulares darán cuenta de sus miedos al igual que de sus deseos. Teniendo esto en mente, los relatos de las entrevistadas serán la guía para una aproximación autónoma frente a la genitalidad, y también como una invitación a observarla como zona erógena y erótica, y al igual que las otras partes de su cuerpo, una llena de historias y sensaciones.

¿Tú pensaste en algún momento en la reasignación sexual?

Carmen: Mi felicidad es ser como Dios me mandó, ser transgenerista, más no intersexual, a mí eso no me gustaría, porque yo he tenido amigas que se han hecho la operación y le quedan unas cucas muy bellas para qué, pero entonces quedan cuerpos muertos, mueren en vida, en pocas palabras las matan. Porque de qué sirve ser bellas, tener todo de una mujer... ¿un hombre por qué busca una transgenerista?...

¿Porque tiene pene?

Carmen: Por más que diga que mi mujer lo uno y lo otro, sí, soy una mujer, pero si le gusta es por ese pedacito que tiene ella ahí, más no porque tenga vagina, porque como dicen otros hombres: para eso consigo una mujer y la hago sentir, la hago llegar. Mientras que ellas qué, entonces yo en ese lado soy feliz como soy, yo la cuca no me la haría ni por suicidio ni por nada, mejor dicho ni loca, y ni por tener el privilegio que voy a una piscina y me pongo un hilito, ni porque digan que esa no tiene nada que no se le nota nada, no. Se mueren en vida, si pues se ven totalmente unas mujeres, pero entonces son mujeres inertes: no pueden tener hijos y el hombre que se las come no va a sentir placer ni ellas tampoco, es que ni siquiera el hombre, porque la vagina de la mujer tiene unos anillos, en cambio la trans queda es con un hueco, el hombre siente satisfacción porque tiene los anillitos y va entrando el pene y los va sintiendo, se siente tanto de la mujer como del hombre. Pero la mujer trans si la cuca muy bonita y todo pero cuando el hombre lo mete solo es un hueco, entonces ahí no hay placer, no hay nada. Entonces el hombre dura tiempos y dele y dele y la otra simulando que le gusta, pero mejor dicho.

¿Y nunca sentiste odio o repulsión hacia tu pene?

Carmen: No, si esa es la felicidad de uno... es como si tú fueras lesbiana y te quitaran la cuca y te pusieran un pene, le colocan un pene, pedazo de carne ahí, pero usted no va a sentir nada, ni placer, eso queda como vacío...

La respuesta de Carmen recoge varios de los temas mencionados por las chicas en relación con la reasignación sexual. Uno de los aspectos más señalados es la pérdida del deseo sexual y la excitación al momento del encuentro sexual. Contrario a lo que estipula el

corpus médico, esta es de hecho una de las motivaciones más fuertes para no pensar en la cirugía. Es necesario aclarar que más allá de las razones presentadas aquí, la relación positiva con su genitalidad es anterior si quiera al conocimiento de la existencia de la operación. Lo que quiere decir que su construcción corporal es un proceso que va de la mano con la aceptación y profundización de su sexualidad. No sentir placer, entonces, constituye un freno inmediato para si quiera plantearse la posibilidad de la operación.

La negativa rotunda de Carmen: “*no me la hago ni loca*”, trae a colación el balance que llevan a cabo respecto a las intervenciones, aceptando por el ejemplo el alto riesgo del silicón líquido inyectado, pero no la posibilidad de mermar su satisfacción en el acto sexual. “*Morir en vida*” es una expresión contundente en cuanto a lo que Carmen opina respecto a la reasignación. También es fundamental analizar la presunción de “complitud”, Carmen se refiere a que ahora “se ven *totalmente* unas mujeres”, lo que por supuesto halla una de sus raíces en la insistencia general e invasiva acerca de la coherencia entre sexo genital y “sexo” social. Es interesante la reflexión que hace, al dar equivalencia a ser lesbiana y “tener cuca” y ser gay y tener pene. Es decir, más allá de su transformación, Carmen sintió atracción amorosa y sexual por los hombres desde que recuerda, lo que por supuesto experimentó a través de su genitalidad, generando un lazo fundamental entre su experiencia y trayectoria sexual, identitaria y corporal. Su pene, entonces, es relacionado directamente como una zona erógena, lo que permite establecer una conexión no problemática entre su identidad de género y sus vivencias sexuales y eróticas.

¿Tú has pensando en una reasignación sexual?

Margot: Eso me dijo el médico: se va a poner, tetas, culo y vagina. Y yo le dije no, vagina no, porque a mí no me funciona, para qué, además a mí no se me nota como a otras que se ponen una malla o una licra y se les nota, a mí no. Porque es que yo no doy, y ahí está el detalle. ¿Por qué a otras se les nota? Porque ellas dan y por eso se van a poner un hijueputa hilo y no pueden. No ve que la otra vez me miraban y me decían que como hacía porque es que yo no doy²⁸. Parece una cuca por fuera.

¿Cómo te sientes tú con pene? O sea la relación que tienes con él...

Margot: No, normal, yo nunca lo he odiado ni nada, normal. Ni pensé tampoco que por qué tenía, que por qué, no. Es parte de mi cuerpo. Además, muchas se mandaron a quitar el pipí y se pusieron una vagina y se arrepienten de haberse quitado el pipí. Yo no, yo sí me le dejo ahí, por qué tendría que quitármelo, no... Lo que sí quiero es culo y tetas. Yo soy una trans.

²⁸ Se refiere a penetrar al hombre.

La afirmación de que “ella es una trans”, totalmente ligado a que sí quiere tetas y culo, pero no una vagina, da cuenta de las claras distancias generadas entre ambos posicionamientos. Lo anterior se relaciona con la situación que Margot expone como “botarse”, lo cual implica la pérdida de la hormona femenina. Hay varias estrategias para ocultar lo más posible el pene, y debido a que utilizan mallas y vestidos muy ceñidos al cuerpo, se vuelve complicado “invisibilizarlo” del todo. Margot me comentó varias veces a lo largo de la entrevista que ella era afortunada porque no se le notaba, lo que muchas trans envidian (lo que atribuye principalmente a no tener nunca un papel activo en la relación sexual dentro de la prostitución ni fuera de ella).

Por razones de cortesía, no pregunté directamente las estrategias de ocultamiento. Sin embargo, las conversaciones casuales y las referencias a la genitalidad en los diferentes encuentros, me hicieron saber que un método es la recogida con microporo: se ubica el pene de tal forma que pueda sostenerse con el microporo para que la parte de adelante quede prácticamente plana. Que se “les note” es un aspecto que tanto Carmen como Margot analizan, sin embargo, buscar esta apariencia supera con creces la posibilidad de llevar a cabo la operación. Don Kulick (1998), en su etnografía sobre mujeres prostitutas transgeneristas en Brasil, describe detalladamente el proceso de ocultamiento:

Drawing them backwards, she pressed them flat and held them down against her perineum as she stood upright and pulled up the panties with her other hand. Tugging at her panties from the front and her penis from behind, she shifted her weight back and forth from leg to leg until the panties were on and her penis was firmly and comfortably in place against her perineum. The procedure was complete when Banana [el nombre de la chica] smoothed down the panties with both hands, making sure that they presented a tight, flat front. (p.3)

También observé en campo que las “madres” o “cuchas” (la mayoría de ellas) no suelen estar extremadamente pendientes en qué tanto se les “nota”. Esta poca atención puede deberse a la creciente concientización y relación con su cuerpo que la edad y el paso de los años tiene como consecuencia. En cambio, las “pollas” sí utilizan atuendos y mecanismos más evidentes para ocultarlo. “*Tan cuca que se ve*” es una expresión común entre ellas, haciendo referencia precisamente al aspecto plano de la entre pierna. Aunque hay unas posiciones muy claras en cuanto a la inutilidad de la vagina en el cuerpo trans, es corriente

escuchar frases relacionadas con la menstruación (estar “ventiochuda” cuando se aplican la hormona) y la estética de la vagina. El aspecto funcional vuelve a aparecer en el relato de Margot, lo que de hecho supera la posibilidad de tener una estética “completamente” femenina: que no funcione, es decir, que sus procesos fisiológicos (menstruación, lubricación, dilatación) no existan, es una de las razones por las cuales las chicas avalan su negativa frente a la operación. El arrepentimiento es también una razón muchas veces señalada. Aunque yo no conocí ninguna chica reasignada en campo, las entrevistadas tenían como referencias historias fallidas y traumáticas para aquellas que sí la realizaron.

***Mariela:** Me parece que es igual de valioso ser una mujer trans a una mujer normal, es la misma validez, aunque nosotras no tengamos una vagina, no pasa nada, porque nuestro pene también nos da sensación, nuestro cuerpo también nos da sensaciones. Digamos que nuestro pene es algo que Dios nos regaló, es un regalo precioso, como la vagina de una mujer, es una vagina preciosa, porque tiene cantidades de elementos, que si yo me mando a poner una vagina voy a sentirla como un hueco. Yo hablaba con una amiga y decíamos como era la construcción de una vagina, entonces es coger tu pene, rajártelo, sacar tus dos bolitas y eso es lo que van a ser tus labios, eso van a hacer, es que eso no tiene nada. Es que yo me pongo a analizar y pues no tienen óvulos, no tiene sensibilidad, no tienen orgasmos, no vas a sentir lo mismo que vas a sentir con tu pene, entonces para que putas me voy a poner una vagina, para después uno afectarse, porque en todos los casos se afecta, que lo nieguen es una cosa, pero que hay una tendencia al miedo existe, que no es lo mismo que Dios manda a lo artificial. Tú no puedes igualar lo artificial con lo natural.*

Los tres relatos recogen a su vez la idea transversal de la inutilidad de la vagina. El concepto de “hueco” da cuenta de la fuerte imagen que las chicas han construido en relación con la cirugía. Mariela, de hecho, retrata la forma quirúrgica en la cual se lleva a cabo la vaginoplastia, dando a entender que no tiene si quiera sentido pensarla. Esta inutilidad, más allá de sostenerse en la pérdida de las sensaciones y el orgasmo en la relación sexual, se encuentra igualmente respaldada por la imposibilidad de concebir una vida. Unas de las oposiciones más comunes entre chicas trans y las “gallinas”, es precisamente el alegato frente a la maternidad. No poder tener hijos y no tener placer son dos de las razones más recurrentes en las conversaciones acerca de la reasignación.

Mariela hace referencia a la oposición entre “natural y artificial”, refiriéndose a que la operación no podría generar unos genitales equiparables a los que Dios crea, relacionándolo también con la asociación de mujer “normal”- “natural” y “trans”- “artificial”. En el caso

de Carmen, cree que “Dios la mandó” como “trans”, no como “intersexual”, así que en este caso su asociación de la naturalidad es diferente. Con “intersexual”, considero que Carmen se refiere no al nacimiento de personas con dos órganos sexuales, sino a la posibilidad de tener vagina, habiendo tenido pene. Es decir, para muchas de las chicas existe una materia inmanente al cambio y la transformación (por más de que hayan intervenido su cuerpo en niveles altísimos) y se trata específicamente del sistema reproductor masculino con el cual nacieron. En otras palabras, todo puede cambiar, menos eso.

¿Y por ejemplo qué piensas sobre la reasignación?

Débora: Pues allá cada quien, pero yo siento que para mí sería que me amputaran un brazo, ¿sabes? y pues un brazo es necesario para la vida, así mismo es el pene, yo creo que lo más chévere de ser trans es poder hacer todo lo que uno hace, tener la libertad de hacer tantas cosas, sin que a nadie le importe, como que a nadie le preocupe y le moleste, y si le molesta pues igual suerte, nosotras somos muy de los excesos, no tenemos límites de nada, o sea si comemos lo hacemos hartísimo hasta llenarnos y vomitar, y si tenemos sexo es hasta que se nos pele el culo (risas) y si rumbeamos entonces nos queremos tomar todo el bar y si metemos perico queremos quedar sin fosas, es una cosa como hasta donde el cuerpo me dé, hasta allá quiero darle, es muy de poner el cuerpo al límite todo el tiempo, todo el tiempo, y es en todo, es con las hormonas, es con el culo, nos gusta así “too much”, como entre más grandes mejor...

¿Y en la infancia tampoco sentiste rechazo hacia tu pene?

Débora: No, como cuando peque llegaba a sentir como vergüenza, ¿sabes? Como un temor... pero yo no sé, después de que conocí tantas cosas dije ay, no, esto es una delicia (risas)...

El relato de Débora exhibe la importancia que tiene el pene como zona erógena y erótica: “quitarle un brazo” es equivalente a despojarla de una parte fundamental de su cuerpo y sus sensaciones. Las vivencias en la calle y en la prostitución la remiten a un aprendizaje respecto a su sexualidad y sus relaciones amorosas, lo que evidentemente está conectado con sus opiniones e impresiones por su pene. Débora es una chica que dice sentir atracción física y sentimental por “hombres”, “mujeres” y chicos y chicas trans, por lo cual su espectro de posibilidades eróticas es amplio y variado. Aunque hoy en día mantiene una relación estable, me comenta que en su adolescencia experimentó prácticamente todo lo que se me pudiera ocurrir (especialmente en términos sexuales). Los conocimientos acerca de su cuerpo están atravesados por los momentos críticos dentro del trabajo sexual y la drogadicción, en donde aprendió, a través de escenarios en extremo violentos y peligrosos, lo que deseaba y no con respecto a las relaciones sexuales y amorosas en su vida. “Poner al

límite” el cuerpo es sin duda una vivencia transversal en las trayectorias corporales de las entrevistadas, pero es también un proceso siempre reflexivo y retrospectivo. Su posicionamiento como mujeres trans no puede ser ajeno a la experimentación de su genitalidad y sexualidad, ya que, a través de esta, como al igual que cualquier otro cuerpo, se forman expectativas, deseos y prácticas que las construyen y moldean como sujetas ubicadas en un espacio social.

El trabajo sexual ha sido en definitiva un escenario que ha moldeado de variadas formas sus trayectorias corporales. En cuanto a las relaciones con su sexualidad, hay una temática central en la experimentación erótica dentro y fuera de la prostitución, y se trata de las prácticas y representaciones de tener un papel “activo” o “pasivo” dentro del encuentro sexual. Este papel, más allá de leerse como una posición sexual, trae reflexiones en cuanto a los parámetros de género dentro de lo “femenino” y “masculino”, dando cuenta de las importantes significaciones que hay detrás de las prácticas y desplazamientos dentro del terreno de la sexualidad. Debo hacer claridad en que los términos “pasivo” y “activo” responden a la puesta en discurso de estos conceptos, y que por supuesto estoy al tanto de lo problemático que pueden ser como categorías analíticas *per se*.

Entonces tú no tienes problema en ser activa por ejemplo...

Carmen: No...

Porque hay unas que son 100% pasivas...

Carmen: Es que yo soy pasiva, cuando me llega el hombre y me toca hacer el papel de activa pues se lo hago normal, pero entonces yo siempre me caracterizo porque me gusta ser femenina, me gusta ser mujer, eso implica ser pasiva. Pero digamos que yo consiga un marido y es para estar comiéndomelo y eso a mí no me gusta, el hombre que yo tenga de afecto y que me llame la atención y que sea mi pareja tiene que ser 100% activo, pero que resulte que el hombre “que venga me lo mete y esto”, ahí se le digo no mi amor muy lindo y todo, pero no. No me gustan las arepas...porque recibir se entiende como un acto de mujer.

Carmen y Yolanda, a diferencia de Margot, están dispuestas a tener un papel activo dentro del encuentro sexual en la prostitución. El “deber” y el gusto se encuentran aquí diferenciados por lo que implica perder un cliente por la negativa de “dar” y, segundo, lo que sucede dentro de un encuentro amoroso fuera del ejercicio de la prostitución. No usar el pene de forma activa no implica, en los relatos y experiencias de las chicas, sentir repulsión u odio hacia él. Considero que es en este punto en donde puede tergiversarse la no acción o

ejecución con la idea de un rechazo expreso hacia su genitalidad. En el caso de Yolanda, usarlo o no dentro del ejercicio de la prostitución depende y se relaciona también con los contextos en donde se ejerza prostitución. En su experiencia, tener un papel activo no tiene las mismas implicaciones negativas que tiene para Margot, la cual se niega rotundamente a este papel.

¿En algún momento lo odiaste?

Yolanda: No, no porque en Bogotá más se trabaja con el pene que con la cola, en Bogotá les gusta más que todo es el pene, que les den, aquí pagan es para eso y entre más grande y más esto, a ellos más les encanta, entonces no. De pronto en otras ciudades como la costa, Cartagena, en el Huila, allá los hombres son “no me muestre eso, más bien venga por detrás y chupe y esto”. En Bogotá siento yo que se ve mucho más por el pene.

¿Pero si no tuvieras que trabajar ejerciendo pensarías en no tenerlo o no cambiaría?

Yolanda: Pues ya no, porque ya aprendí muchas cosas, factores. Igual me han contado, no me consta nada, pero chicas que se han puesto cuca, que no se siente bien, que se empiezan a enloquecer. Si eso fuera 100% garantizado hasta de pronto, pero para que me voy a enfermar y hacerme cosas que me dañen mi cuerpo. Prefiero que me quieran así.

Yolanda es de todas las chicas quien menos “tinta” le puso a las preguntas que realicé sobre la reasignación sexual. “Hay que comer” era de unas las expresiones que utilizaba constantemente para responder preguntas sobre las posibles violencias y malestares dentro de la prostitución. También fue quien no respondió de forma contundente acerca de las negativas sobre la reasignación sexual, me indicó que cuando pequeñ(o) sí sentía una especie de molestia respecto a su pene, pero que con las “enseñanzas” de su madre y las terapias con el psicólogo empezó a “entender” que esa sensación iba a pasar. Su trayectoria está moldeada específicamente por estos dos agentes de transformación, de los cuales obtuvo en mayor parte rechazo e incompreensión.

¿Y no pierdes muchos clientes por no dar? ¿Por solo ser pasiva?

Margot: Por un lado, sí, pero ay no, yo penetrar no... Yo les digo de una, chupe sí, pero eso así ya no. A mí me gusta que me chupen y me penetren, así les digo de una, pa’que no se vayan a chocar aquí cuando llegan, porque después empieza el problema, yo le digo de una vez de una, a mí me gusta y así y asa.

¿Cuál crees que es la razón para que no te guste?

Margot: O sea, no, imagínate yo hubiera sido así, estuviera comiendo gallina, porque muchas comen gallina... yo tengo amigas que comen de usted y comen de nosotras.

¿Cómo así gallina?

Margot: *O sea comen de usted y comen de nosotras...*

Debo anotar que cuando Margot me dijo que yo hacía parte de este grupo de “gallinas”, por primera vez sentí que me ubicaban en “algo” a lo cual yo no tenía acceso previo. Es decir, las categorías son generalmente problematizadas cuando hablamos de los demás (indígenas, afrocolombianos, “LGBT”, etcétera). Sin embargo, no había pensado en que a mí me pudieran identificar en algún grupo que no fuera el de “mujeres”. Me pregunté enseguida: “¿será que es por qué ponemos huevos (hijxs)?”. Estos momentos te interpelan como investigadora, ya que te enfrentan a cuestionar la capacidad explicativa de términos que parecen ser comunes, en este caso que no me dijera “mujer”, sino “gallina” (además porque ella se refirió de esta manera hacia mí durante toda la entrevista).

Cuando se presentan problemas con los clientes, estos se desligan generalmente de no tener claridad sobre lo que puede y no hacerse durante el encuentro sexual. Como se evidencia en el relato de Margot, es preferible para ella perder estos clientes (por ende, también el dinero) a tener que enfrentarse a una situación en donde se le “exija” tener un papel activo dentro de la relación sexual. Su negativa tiene raíces también en su trayectoria corporal, ya que como se ha descrito, para ella “botarse” implica necesariamente la pérdida de la hormona femenina. Ya que su proceso de transformación es tardío en relación a otras transformaciones corporales iniciadas durante la adolescencia, su cuerpo se demora más en generar cambios físicos visibles, por lo cual mantener el mayor tiempo posible la hormona femenina actuando, es un imperativo en su experiencia. Que no se “le note” es otra de las motivaciones para mantener una actividad reducida con su pene. Según Margot, mucha de su visibilidad depende de que tanto se use, ya que, si se mantienen en un estado inactivo, su tamaño no será prominente. Ahora bien, conectado con estos ritmos diferenciados dentro de la relación sexual, “comer arepa” fue una expresión que llamó mi atención desde el momento en que la escuché.

¿Y no te lo agarras ni nada? [Le preguntaba acerca del método con el microporo]

Margot: *No, nada, yo arepas no hago mi amor- le decía a una marica en Cali- así que no venga a mirarme, y me decía “¿Cómo hace usted para guardarse el coso? Yo lo tengo muy grande” Y yo: obvio, no ves que tu das, yo no doy... entre más se da se pone más grande, y yo no, yo no. ¿O sea si me entiende?, si yo estuviera haciendo 50/50 estaría comiendo hombre y estaría comiendo gallina, toda mi vida,*

desde niño, he sido así... poniendo cola, que me den... pero yo dar, no. Por chat también les digo cuando me preguntan: no papi, yo soy pasiva y se me dice que 50/50 le digo, no papi. Yo soy 100% pasiva, si le gusta bien, si no, pues que se busque otra, ¿por qué uno pa que se pone a decir cosas que no va a hacer? Y va uno a la cama y mire, ellos se desmoralizan, a mí me da pena...

Tanto Carmen como Margot utilizan la expresión para llevar a cabo un contraste con el hecho de “recibir” y, por ende, ser femenina. La significación de penetrar y “tomar las riendas” hace referencia a un papel masculino, lo que implica ser activa dentro de la relación sexual. “Comer arepa” es equiparado en dos situaciones específicas: “comer gallina” y dar por el culo. Es decir, Margot me dice que, si a ella le gustara dar, estaría con una mujer con sistema reproductor femenino (las “gallinas”), en otras palabras, tendría el papel del “hombre” en el encuentro sexual. Independientemente de que ninguna (ni Carmen ni Margot) sienta atracción física y erótica hacia las mujeres, el hecho de “dar” –en el sentido sexual y más específicamente en la relación amorosa fuera de la prostitución- es análogo a una potencial situación “lésbica”. Dar por el culo, entonces, estaría al mismo nivel que “comer gallina” en términos de pasividad/actividad. La asociación que tienen entre recibir y ser femenina, o dar y ser masculina(o), se explica debido a esto.

¿Y ahorita te sigues hormonizando?

Carmen: *Ahorita no, hace un año que no porque es que resulta y acontece que las hormonas le duermen a uno mucho el apetito sexual, y en el trabajo lo que uno necesita estar es hambrienta, estar mejor dicho súper activa, cosa que llego el uno y se atendió y llego el otro y de una atenderlo, mejor dicho que se sientan bien. Pero entonces uno como que pierde el apetito, ni se le para, no le dan ganas, entonces por eso no.*

¿Desde que dejaste las hormonas si sientes el cambio?

Carmen: *Claro, porque uno se deja de hormonizar porque haga de cuenta que por más que esto el macho igual está ahí, entonces les hago el papel de hombre.*

Para Carmen, hoy en día, mantener un proceso de hormonización no es un imperativo, a diferencia de Margot, quien depende exclusivamente de la terapia hormonal para llevar a cabo su proceso de construcción corporal. Hormonizarse, sumado a las acciones y prácticas concretas que se desligan de hacerlo o no, tiene una significación diferenciada en ambos casos. Carmen intervino su cuerpo con silicón y aceites hace muchos años, por lo que su estética “femenina” protuberante no se ve afectada por no consumir estrógenos y anti-andrógenos quincenalmente (puede evidenciarse en otros aspectos de su corporalidad: el

vello sale más grueso y más rápido, la voz se torna un poco distinta,). Margot, en cambio, nunca ha llevado un proceso de intervención de esta clase, por lo que tener un papel activo, la mayoría de veces ligado a la eyaculación, es en definitivamente un escenario que evita a toda costa.

“Les hago el papel de hombre” es una expresión contundente en lo referido a los prototipos dentro de lo “femenino” y lo “masculino” en la relación sexual dentro de la prostitución. La fluidez con la que Carmen, Yolanda y Débora enfrentan los ritmos y cambios dentro del encuentro sexual, da cuenta de la amplia circulación dentro de identidades y prácticas eróticas. García (1999), en uno de los trabajos pioneros acerca de la prostitución masculina en la ciudad de Bogotá, *“Pirobos: nómadas en el mercado del deseo”* explora, entre otras cosas, la racionalidad económica dentro del deseo sexual reprimido, el cual se libera o encuentra “puntos de fuga” en el nomadismo de los “prostituidos”, como los llama él. Aunque la investigación se ubica en una época de la prostitución callejera bastante anterior a la actual, presenta reflexiones y similitudes claras sobre las violencias dentro del trabajo sexual, así como acerca de los desplazamientos identitarios y físicos inmersos en este escenario. Con respecto a la fluidez de la cual he hablado, analiza lo que él ha denominado “polimorfismo sexual”, dando cuenta de la identidad sexual y de género “(...) mucho más como un gel, como un estadio coloidal que se va adecuando al contexto” (García, 1999: 225). Esta formulación la relaciono con la capacidad de las entrevistadas de “interpretar” varios papeles, así como de adecuarse a unas potenciales prácticas y acciones concretas dependiendo de lo que se pacte y mute dentro del encuentro sexual. Como se puede observar en el próximo apartado, el “macho” hace referencia a penetrar y “mujer” a ser penetrada, totalmente equiparable con la asociación de “comer gallina” —también “dar”— versus tener el papel femenino de recibimiento dentro del encuentro sexual.

No sólo es que su lenguaje [el de los pirobos] revela una estructuración distinta de las categorizaciones con que la sociedad refiere en forma generalmente sinonímica a los hombres atraídos por su mismo sexo: para ellos el mundo se divide entre “activo” (penetrador) y “pasivo” (penetrado). Al primero se le llama “macho” u “hombre”, término que también designa al cliente. El segundo es el “homosexual” o la “mujer” y si, además, tiene un amaneramiento evidente, pasa a llamarse “marica” o “loca”. (García, 1999: 225).

Al igual que en el caso de los “pirobos”, en donde su orientación sexual, presentada como heterosexual, no se ve necesariamente permeada por mantener relaciones, a los ojos del sentido común, como “homosexuales”, sucede igual en el caso de las chicas: “dar por el culo” responde, dependiendo del contexto y el cliente, a una práctica instaurada dentro de una racionalidad, que a diferencia de García (1999), pienso que se ubica más allá del terreno de lo económico. Ahora bien, este “polimorfismo sexual” responde, según el autor, exclusivamente a una ley de mercado: ser “niño”, “drogo”, “gomelo” es posible en la medida en que exista una petición del cliente, por ende, del mejor postor. Si bien la necesidad del dinero genera una relación desventajosa para quien se prostituye, el empleo de esta fluidez, de este “gel” llamado identidad, halla su potencia creadora en la capacidad misma de desplazamiento. Así como Débora interpretaba el papel de lolita cuando era “polla”, o cuando Margot se presentaba como caperucita roja sexy y sugestiva, hay aquí algo más que la obtención meramente monetaria, está la capacidad para movilizar, de manera consciente y además fuera y dentro de la prostitución, mecanismos para burlar y parodiar la ficción de estabilidad y coherencia intrínseca en los cuerpos. Son “pasivas”, “activas,” “50/50”, “pollas”, “lolitas” o “damas” porque sus trayectorias corporales, desde antes del ejercicio de la prostitución, no se han planteado como estáticas y regulares, sino todo lo contrario, experiencias contextuales y complejas, siempre en la tensión de lo que ellas mismas desean, así como lo que otros desean de ellas (como todos y cada uno de nuestros cuerpos).

Pensar sobre este “polimorfismo sexual” me remitió a mi entrevista con Luis, el joven universitario cliente de prostitución ‘trans’ y ‘cis’ con el cual tuve varias conversaciones. Débora me comentó que lo más raro que le había pedido un cliente era que le aplastara los testículos con sus tacones, o que le hablara como si fuera un niño chiquito necesitando de su mamá (se burlaba particularmente de esta situación porque este personaje era un funcionario que manejaba escoltas y un puesto de alto mando). Estos relatos, sumado al que presento a continuación, dan cuenta de una variedad inconmensurable sobre los encuentros sexuales dentro y fuera de la prostitución. La fluidez y capacidad de movilidad y cambio con la que las chicas deben enfrentar estos escenarios, se resiste a casi cualquier estereotipo o perfil congelado en el tiempo y en el espacio.

¿Y tú sientes que los clientes que se acercan a ellas están pensando en qué? ¿Qué están con una mujer? ¿Que están con alguien que es trans? ¿Qué son gays porque hay un pene de por medio?

Luis: Pienso que sobre todo en este mercado de las trans, creo que aquí la variedad es más amplia. No me acuerdo cuál de las dos me contaba, creo que fue la segunda, que hay algunos que vienen a tirar pero más que todo a cogerles el pipi, vienen a sentirlo. Hay otros que solo vienen a que se los metan, hay otros como yo que no les interesa para nada el pene, si no que le excita ver es cómo se comportan y como se visten. Creo que sería muy difícil tratar de encontrar como algo transversal a los clientes precisamente porque ellas ofrecen muchas cosas, o sea, hay mucha variedad ahí. Entonces creo que son multifacéticas.

Así como no se puede trazar una verdad o unicidad en los deseos de los clientes, tampoco puede generarse en las experiencias de las chicas. Se han expuesto unas generalidades con respecto a las ideas sobre la reasignación sexual y las connotaciones asociadas al papel “activo” o “pasivo” dentro de la relación sexual (además de lo relacionado con la vagina). Sin embargo, también he querido mostrar cómo estos rechazos o aceptaciones dependen igualmente de cada trayectoria particular y especial: Margot se niega a tener un papel “activo”, muy enlazado con su trayectoria hormonal y de intervención; Carmen lo puede desempeñar, sin embargo, en una relación amorosa se negaría a mantener esta actitud; Yolanda está al tanto de lo que se “mueve” más dentro de la prostitución en Bogotá, sus prácticas sexuales están también muy enlazadas a las ciudades en donde se encuentre, etcétera. La imposibilidad de plantear *una* sola experimentación de la sexualidad y la corporalidad dentro de las experiencias transexuales es, en mi opinión, la gran potencia desestabilizadora en contra de los patrones jerarquizados y excluyentes dentro del binarismo sexual.

En “El manifiesto contrasexual”, Beatriz Preciado (2002), ahora Paul B. Preciado, defiende la imposibilidad de entender el cuerpo, la sexualidad y su sexualización bajo el manto frígido y estático de la “naturaleza”. Como lo argumenta la autora, las oposiciones binarias y mutuamente excluyentes no hacen parte de este espacio en donde se diluyen y entremezclan la práctica y la teoría, en donde no existen “hombres” o “mujeres”, sino cuerpos parlantes desplazándose entre el deseo, la resistencia y la opresión. La “contrasexualidad” se postula como un terreno que acepta y discute las re-negociaciones, ambigüedades y movimientos diferenciados con la corporalidad y sus significados. Su apuesta prostética, es decir, enfocada a la atención de “hacer cuerpos”, más allá de “decir

cuerpos”, prioriza y reconoce un orden sexual ajeno a la coherencia de los órganos. “El género no es simplemente performativo (es decir, un efecto de las prácticas culturales lingüístico-discursivas) como habría querido explicar Judith Butler. “El género es ante todo prostético, es decir, no se da sino en la materialidad de los cuerpos” (Preciado, 2002: 25).

En el planteamiento del “polimorfismo sexual” y la “identidad” como “gel” (García, 1999), la “contra-sexualidad” (Preciado, 2002) me permite observar los desplazamientos y movilizaciones desde varios sentidos, mostrando, más que escondiendo, las contradicciones y ambigüedades presentes. Es difícil desprenderse de las nociones de coherencia y encadenamiento entre acciones e ideas, sin embargo, los relatos de las entrevistadas me llamaban cada vez más a hacer conmensurables estos momentos. En este sentido, tanto las reiteraciones como las resistencias a la heteronormatividad y el binarismo sexual dentro del espacio generizado se entremezclan en las trayectorias corporales de las chicas. Hay unas nociones contundentes sobre lo “femenino” y lo “masculino” en los relatos sobre la pasividad y la actividad dentro del encuentro sexual, pero hay a su vez también una difuminación de motivaciones fijas, que en la teoría-práctica de la “contra-sexualidad”, sería equivalente al proyecto de sexualización de la totalidad del cuerpo.

Para Preciado (2002), “la diferencia sexual es una hetero-partición del cuerpo en la que no es posible la simetría. El proceso de creación de la diferencia sexual es una operación tecnológica de reducción, que consiste en extraer determinadas partes de la totalidad del cuerpo, y aislarlas para hacer de ellas significantes sexuales” (p.22). Es decir, el fin del cuerpo como ha sido leído por la modernidad, depende, entre otras cosas, de abandonar la creencia de la reducción de la superficie erótica a los órganos sexuales reproductivos y al privilegio del pene como “único centro mecánico de producción del impulso sexual” (p.22). Los fallos en estos procesos de escritura hetero-centrada en los cuerpos, son la materia prima de la “contra-sexualidad”, y es aquí en donde se encuentran las trayectorias corporales, sexuales y eróticas de las mujeres transexuales que hacen parte de esta investigación. La negativa de las chicas por llevar a cabo una cirugía de reasignación sexual, y su construcción como sujetas femeninas en el espacio generizado a través y dentro de sus gúevas y pene, desestabiliza, al menos, la imagen de reproducción y orden “natural” dentro de los mecanismos de sexualización del cuerpo.

Débora: Yo nunca quise ser hombre, y te lo juro, yo intenté ser así súper femenina pero no, esa no soy yo, yo quiero ser como una mujer diferente, que reconozco mi genitalidad, ¿sabes? Y a partir de mis güevas me empiezo a construir mujer, porque es que además lo que siempre han usado para atacar a las mujeres trans, y es como el morbo que por qué tiene en medio de las piernas, si se les para, si orinan paradas, si orinan sentadas, si, la gente siempre se imagina eso cuando nombran a una mujer trans y de una vez conectan como es que esta tiene verga. Y desde ahí hay como un poco de prejuicios... Pero cuando yo lo digo así, amo mi pene y soy una mujer y amo mi pene, amo mis güevos, me encanta, tengo muchísimo placer pero soy una mujer, una mujer diferente, una mujer desde la diferencia, porque yo no quiero ser una mujer desde el patrón...

La no-reproducción, sumado a la tenencia de un órgano sexual que ha sido relacionado con el poderío y además el mantenimiento de relaciones sexuales anales en un cuerpo que se posiciona, muta y auto-reconoce en el espacio como femenino, abre paso a una construcción corporal no asociada al manto de la “naturaleza”. “La marica, la loca, la drag queen, la lesbiana, la bollo, la camionera, el marimacho, la butch, las F2M y los M2F [female to male, male to female], las transgéneras son «bromas ontológicas», imposturas orgánicas, mutaciones prostéticas, recitaciones subversivas de un código sexual trascendental falso” (Preciado, 2002: 26). No se es “verdaderamente” de ninguna forma en el espacio generizado, las trayectorias corporales y sexuales de las entrevistadas dan cuenta de velocidades y movimientos con muchos inicios y variados posibles finales, siempre en rebeldía o acato a leyes reguladoras y mecanismos de socialización diferenciados. Es esta ambigüedad la que quisiera resaltar, posicionándola ante todo como el motor del cambio, antes que una especie de indefinición infértil. Las contradicciones estarán siempre presentes, precisamente por el mismo carácter fluido de nuestros entornos y sus significaciones.

La sexualización de la totalidad del cuerpo, en detrimento precisamente de los susodichos “órganos sexuales”, va de la mano con el reconocimiento del ano como una zona erógena y erótica. Los “trabajadores el ano”, como los llama Preciado, desmienten, muestran falso, parodian, el sistema de coherencia entre sexo/género. Las experiencias sobre la sexualidad en el terreno de lo “trans”, y específicamente en la negativa de las entrevistadas por llevar a cabo una reasignación sexual, imposibilitan la estaticidad en los estándares de identidad y género: ¿fueron “homo” o “hetero” cuando no habían llevado a cabo la transformación? ¿Siguen siendo “maricas” ahora porque “igual” poseen un pene? ¿Es relevante considerarse

así mismas como heterosexuales? ¿Sus parejas amorosas fuera y dentro de la prostitución son “gays” o no porque mantiene relaciones sexuales anales? Todas estas son preguntas posibles solo en la medida en que persista una idea de categorías binarias y excluyentes.

El caso de los intersexuales es equiparable en numerosos sentidos a lo que sucede con el imperativo de la reasignación sexual. Dadas las obvias circunstancias de esta experiencia, la lectura de lo “verdadero” se da apenas unos minutos después de nacer, evidenciando el altísimo nivel de “ansiedad” por corregir y construir cuerpos hetero-centrados. Al igual que en la resignación sexual, en donde está implícita la eliminación de totalidad del cuerpo como sexual y erótico (aquí yace más explícitamente el ano) en el caso de los intersexuales, operar significa alcanzar un cuerpo “dispuesto” para ser penetrado o penetrador por los órganos “correctos”.

As we have seen, infant genital surgery is cosmetic surgery performed to achieve a social result—reshaping a sexually ambiguous body so that it conforms to our two sex system-. This social imperative is so strong that doctors have come to accept it as a medical imperative, despite strong evidence that early genital surgery doesn't work: it causes extensivesarring, requires multiple surgeries, and often obliterates the possibility of orgasm. In many of the cases reports of clitoral surgery, the only criteria for success are comestic, rather than later sexual function. (Fausto-Sterling, 2000: 80).

Este imperativo cosmético es un tópico analizado en las respuestas de las chicas respecto a la reasignación sexual: considerando el gran riesgo de perder la función sexual y los grados de excitación, todas concuerdan en que no valdría la pena. La ambigüedad es nuevamente observada como un nivel precario e inferior en las mediaciones e interacciones con el entorno; clasificando y categorizando “disforias”, “enfermedades”, y centímetros en largo y ancho en cuerpos a los cuales, si hay que ubicarlos en algún sitio, sería en experiencias. Los genitales son intervenidos para que o el pene esté en la capacidad de penetrar, o la vagina en capacidad de albergar dicha penetración. “Además, y en base a lo dicho, la asignación de sexo fundada en el tamaño y la forma de los genitales se basa, además de en el significado sociocultural de un rasgo físico —el tamaño del pene y el tamaño de la vagina—, en el presupuesto de complementariedad entre sexos, es decir, una sexualidad heterosexual y coitocéntrica” (Gregori, 2006: 109). Rubin (1989), en su teoría radical de la sexualidad, insiste en la vigilancia extrema que existe con respecto a la sexualidad: la sociedad

occidental imprime una importancia excedida y dramatizada a todo lo que tiene que ver con el deseo y el erotismo.

Tanto el imperativo de la reasignación sexual en cuerpos trans, como la intervención quirúrgica temprana en bebés intersexuales, dan cuenta de la jerarquización entre cuerpos sanos y deseables, y cuerpos enfermos y en la periferia. Las consecuencias de esta partición, mucho más que encontrarse en planos abstractos, calan y perjudican la vida práctica y concreta de millones de personas. “Las sociedades occidentales modernas evalúan los actos sexuales según un sistema jerárquico de valor sexual. En la cima de la pirámide erótica están solamente los heterosexuales monógamos reproductores casados” (Rubin, 1989: 18). Así, aquellos que corresponden a las características propias de una sociedad que se autoproclama como sana, metódica y sistematizada, son premiados con movilidad y ascenso social. Los excluidos, en este orden de ideas, son castigados y menospreciados. La vida de todas las entrevistadas ha estado llena de rechazos y discriminaciones por el hecho de posicionarse y considerarse así mismas como mujeres transexuales (con todos los posibles términos dentro de lo “trans”). Las constantes exposiciones a las violencias tanto en el terreno de la prostitución, como fuera de este, se evidencian tanto las cicatrices como en las heridas abiertas a causa de este sistema excluyente y agresivo. Solo irrumpiendo y fragmentado la caduca existencia de lo “verdadero”, será posible un espacio social e histórico que permita la existencia horizontal de cuerpos pares.

3) Pirobear, gallinear y mariquear: el posicionamiento y auto-reconocimiento en las experiencias trans

Este capítulo tiene como objetivo central profundizar en los desplazamientos en el posicionamiento y auto-reconocimiento referente a la forma en la cual las chicas se nombran a sí mismas y a otras dentro del espacio generizado. Es decir, comprender y analizar a partir de las trayectorias de vida de las entrevistadas, cómo las denominaciones de “marica”, “gallina”, “pirobo”, “mujer”, “trans”, “pollas” y “madres” se relacionan con nuevas experiencias de transformación y cambio. Esta serie de denominaciones se vinculan necesariamente de experiencias localizadas y diferenciadas en distintas etapas, por lo tanto, su análisis aporta las reflexiones finales hacia la comprensión de las trayectorias de vida de las chicas. Es importante mencionar que este repertorio discursivo se encuentra inmerso en el ejercicio de la prostitución, por lo cual las siguientes reflexiones hacen parte primordialmente de este contexto. A su vez, me propongo tensionar la identificación estática o rígida de “mujer”, describiendo momentos en los cuales “ser mujer” puede ser parte tanto de un grupo exógeno como endógeno. Hago referencia específicamente a la posible diferenciación entre “trans” y “gallinas”. Igualmente, considero importante hacer mención de la escogencia del nombre y los debates actuales sobre el cambio de cédula²⁹, argumentando que se presenta como una posible desestabilización del sistema moderno de fijación de sujetos. Del mismo modo que en la relación con su genitalidad, y el proceso de transformación o tránsito, este apartado se estructura tanto en las experiencias compartidas, como en los diferentes desplazamientos en las trayectorias individuales de las chicas.

El análisis que lleva a cabo María Soledad Cutuli (2013) en “Maricas y travestis: repensando experiencias compartidas” me permite visibilizar tanto las conexiones como las diferencias en los procesos de socialización y auto-reconocimiento dentro de las transexualidades. Este artículo tiene como objetivo “tensionar la genealogía de la categoría travesti con un proceso más amplio de “historia marica”, encarnado por sujetos no encorsetados a priori en una identidad fija” (p: 184). Mediante relatos de vida y

²⁹ El Decreto 1227 de 2015 está orientado a permitir que el cambio del sexo en la cédula pueda realizarse con un simple trámite notarial, similar al que se hace cuando alguien decide cambiar su nombre. Anteriormente, este procedimiento requería de exámenes psicológicos y médicos que “comprobaran” que la persona transgénero aplicaba para el cambio. Con el decreto, estos requerimientos son entendidos como una vulneración de sus derechos de dignidad humana y libertad de identidad sexual.

autobiografías de travestis y maricas³⁰, la autora pretende dar cuenta de las continuidades existentes entre ambas categorías. Alejándose de la lectura en la cual se asume que hay una ruptura post-gay en los años ochenta, Cutuli (2013) examina los espacios de socialización comunes entre travestis y maricas para argumentar que no existe una división tajante entre ambos. En términos metodológicos, la autora se basa en un estudio etnográfico de las formas de organización política de un grupo de travestis en Buenos Aires en el proceso de conformación como cooperativa de trabajo. Las mujeres pertenecientes a esta cooperación, tanto jóvenes como adultas, son la fuente principal de sus hallazgos. Mi diálogo con la autora y su análisis se fundamenta en la exploración del término “marica” y sus relaciones, en tanto es eje central de este capítulo. La socialización es el mecanismo por el medio de cual el repertorio discursivo se comparte y apropia. Por lo tanto, identificar los espacios de encuentro resulta fundamental para seguirle el rastro a estas denominaciones

En primer lugar, la autora muestra la existencia de un supuesto “cambio de paradigma”, producto de las transformaciones políticas y tecnológicas en Argentina. En este sentido, las “maricas” serían aquellas ubicadas en una época previa a la “modernidad gay”, es decir, en la época de la dictadura y el poco avance médico en términos de intervención corporal y cirugías. Las travestis, entonces, serían aquellas ubicadas en el periodo posterior. Sin embargo, lo que propone es que la categoría de marica “implica un conjunto de prácticas, saberes, y tradiciones aún disponibles para las travestis: tanto para pensarse y nombrarse a sí mismas, como para englobar a otros homosexuales no identificados como travestis” (Cutuli, 2013: 188). Bajo esta premisa, argumenta que las “maricas” no son sujetas rezagadas y olvidadas en los cambios en la conformación del movimiento de la diversidad sexual. Si se relaciona con el contexto de Bogotá, las “maricas” sería un posicionamiento transversal a ambos contextos, haciendo referencia a las mujeres transexuales más “viejas”. Las travestis, en el campo de Cutuli, se equiparan a las “pollas” o chicas transgénero en mi investigación. Debo mencionar que esta comparación entre apelativos solo tiene la intención de reflexionar sobre las experiencias y el contenido concreto de las vivencias, en absoluto intento generar analogías en términos vacíos.

³⁰ Para precisar los significados en el contexto argentino, la autora utiliza principalmente el cambio de generación y los periodos históricos. Es decir, las “maricas” son las trans más viejas, mientras que las “travestis” son las mujeres más jóvenes.

Con respecto a los lazos de socialización, las relaciones que se tejen entre “madres” y “pollas” son ciertamente significativas. Las “madres” son las encargadas —no sin una remuneración— de guiar el proceso de tránsito e ingreso a la prostitución de las pollas: les indican de forma muy puntual qué espacios deben o no transitar, que clientes deben abordar y cómo deben hacerlo. También cumplen un papel de soporte y apoyo dentro de los momentos críticos dentro de la prostitución. Todas y cada una de las chicas hicieron mención en distintos momentos sobre sus “madres”, las cuales influyeron radicalmente en sus decisiones y accionares. En este sentido, y junto a Cutuli (2013), puede afirmarse que hay una socialización compartida, además de unas prácticas que se generan en red y que se transmiten de generación en generación. Aunque hay una ruptura generacional, no la hay en las significaciones y prácticas dentro de las relaciones en el mundo de la prostitución y la transexualidad. Es decir, las “madres” vivieron procesos de estigmatización y rechazo más contundentes. Esta violencia se ha matizado, o al menos ya no es tan explícita y directa, para aquellas que hoy en día empiezan su transformación. Sin embargo, aunque este cambio es visible, muchas de las prácticas que se llevaban a cabo en décadas anteriores, se mantienen en la cotidianidad de las que hoy son “pollas” o jóvenes: hormonización, inyección de sustancias, repertorio discursivo, espacios laborales, etc. De esto se concluye que muchos de los significados y tejidos en red generados en el pasado, perduran en las relaciones actuales.

Los espacios de socialización de los que habla Cutuli (2013) son evidentes en las experiencias de tránsito dentro de la prostitución: hoy en día es difícil encontrar un escenario en donde no se crucen “madres” y “pollas”. Tanto el CAIDS centro (solo por nombrar uno de estos centros), sumado por ejemplo a las acciones políticas de la Red Comunitaria Trans, gestionan proyectos y movilizaciones de intereses conjuntos. Los reinados son también momentos especiales en la configuración de tejidos en red, posibilitando el “traspaso” de conocimientos e ideas entre distintos niveles: desde las localidades hasta las individuales. La autora argumenta que los carnavales, los shows, los talleres de confección, la cárcel y los desfiles son todos escenarios en donde tanto “maricas” como “travestis” construyen y construyeron lazos de apoyo y amistad. La observación de los encuentros en estos escenarios es la materia prima para concluir que la socialización de travestis y maricas se entrecruza, al contrario de dividirse.

En contraste con otros investigadores que procuraron hacer visible la ruptura entre “maricas extintos” y “travestis modernos”, Cutuli (2013) postula su investigación como una muestra de las continuidades en las experiencias de socialización y, por ende, de los términos y denominaciones asociados a las diferentes etapas. A su vez, hace notoria las líneas compartidas que atraviesan las oportunidades laborales para ambas, siendo costureras o actrices. La cárcel es un espacio al cual no tuve la oportunidad de acceder en campo, pero que con seguridad alberga numerosas relaciones de auto-reconocimiento, transformación y violencia. Conocí varias chicas que estuvieron retenidas en distintos centros penitenciarios; una de ellas empezó el tránsito dentro de la cárcel, lo que valdría la pena explorar en profundidad hacia el futuro.

3.1) La institucionalización de sujetos sexuales, la denominación de “marica” y los espacios otros

Durante mi inmersión en campo y a lo largo de las entrevistas, se hacía cada vez más evidente el uso de la palabra “marica” para referenciarse a ellas mismas y a otras dentro del espacio social. A diferencia de lo que esperaba previo al inicio de la investigación, en donde quizás imaginaba que se nombrarían como “mujeres”, este término solo relucía en preguntas muy específicas, generadas directamente por mí. En cambio, el “marica” era básicamente la denominación mediante la cual la mayoría de situaciones o experiencias eran relatadas. A su vez, empecé a notar que su utilización era más notoria y mayoritaria en las “cuchas”, “madres” o mujeres adultas.

La denominación de “marica” engloba unas experiencias que, en el contexto de Bogotá, se remiten a una visibilización y lucha temprana por la apropiación del espacio y los lugares dentro de la ciudad, así como a la reapropiación de códigos que han emergido desde el rechazo. Las que se han reconocido y se reconocen ahora dentro de este posicionamiento, son generalmente quienes vivieron los episodios de abuso policial y estigmatización más frecuentes en las décadas de 1970 y 1980. El “cambio de paradigma”, que es evidente tanto en el avance reciente de las políticas públicas como en la conformación de colectividades políticas, sí impactó el futuro posicionamiento tanto por parte de mujeres trans (auto-reconocimiento) como de las instituciones y organismos que intervienen e intervinieron en su realidad.

Este proceso histórico está traslapado por distintos momentos de silencio y reivindicación. Las “pollas”, o mujeres más jóvenes, son aquellas que vivieron periodos de tránsito con condiciones sociales mucho más llevaderas en cuestión de aceptación y reconocimiento de identidades diversas, sin argumentar que no hayan sido igualmente hostiles. A diferencia de las “maricas”, quienes debido a la ruptura generacional estuvieron presentes en periodos de discriminación y odios expresos, apoyados de hecho por leyes y decretos sobre el “respeto” y “decoro” hacia el espacio público (decreto 522 de 1971, artículo 329). Al respecto, me gustaría profundizar de manera breve: en el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos sobre la “Violencia contra personas LGTBI”, publicado en el 2015, al igual que en el de Colombia Diversa (2014), se lleva a cabo un exhaustivo análisis acerca tanto de los factores de desencadenamiento de la violencia física hacia personas identificadas como LGTBI, así como de la imperiosa obligación por parte del Estado y sus instituciones para frenar estos crímenes que, bajo una lectura aterrizada y consecuente, la CIDH ha clasificado como “violencia por prejuicios”.

Las mujeres trans se ven particularmente afectadas por estas disposiciones legales y normativas. La sociedad civil ha indicado que la sola presencia de una persona trans en público puede ser interpretada por la policía como una ‘exhibición obscena’. Así, se alega que las mujeres trans son frecuentemente tratadas como criminales, y sufren acoso psicológico, físico y sexual. También existen informes de casos en los que luego de un arresto sobre la base de la aplicación de leyes que protegen la “coexistencia social y el orden”, las autoridades policiales han extorsionado, chantajeado o exigido favores sexuales de varias personas trans a cambio de evitar ser encarceladas o para ser puestas en libertad. (CIDH, 2015: 74-75).

El apartado anterior se relaciona directamente con las historias y relatos de las “madres”, quienes comentan que la huida frente a la policía, para evitar el encarcelamiento, era una práctica diaria. El elemento de “favores sexuales” fue altamente mencionado por las chicas en las reuniones de la “Escuela de formación”, dando cuenta de una profunda indignación: “*Yo soy puta pero cuando quiero, a mí que obliguen ahí si no*”, decía Johana, una de las madres que asistía a las reuniones semanales en el Santa Fe. Reivindicar una posición de sujetas de derecho en ese entonces era, simplemente, un chiste mal contado.

Pensar en la complejidad de la denominación de “marica” en el contexto de la transexualidad puede parecer una tarea difícil de alcanzar. Considero que la aproximación más certera halla raíz en el repertorio discursivo asociado a los procesos sociales e

históricos en torno a la reivindicación y visibilización del terreno de la sexualidad y el género en el país, específicamente en Bogotá. La puesta en discurso de un cierto tipo de denominación, en detrimento de otro, genera inmediatamente tanto procesos de reconocimiento como de exclusión. En este punto, me gustaría profundizar sobre dos aspectos específicos: la creación de un sujeto sexual a partir del nombramiento institucional y, seguido, la re-apropiación y re-significación de las posibilidades de *decirnos* en el campo lingüístico y de acción. La comprensión de la denominación de “marica” solo puede entreverse, en mi opinión, desde el análisis del campo discursivo y sus cambios a través de los periodos de reconocimiento legal y social de sujetos sexuales. El campo de la posibilidad de enunciación es el campo de lucha por excelencia, y es allí en donde posiblemente se encuentre gran parte de la emancipación.

No deseo atribuir intenciones políticas y de resistencia a todas y cada una de las chicas. Soy consciente de que este deseo y conocimiento está atado también a unas posibilidades específicas. En este caso, la mayoría de chicas que conocí hacían parte de la Red Comunitaria Trans, colectivo que se ha potenciado como una plataforma de reivindicación y visibilización. Debido a esto, muchas de sus integrantes han ido explorando el trabajo comunitario, además de vinculaciones con organizaciones del Distrito y el Estado. En esta medida, la utilización de términos y denominaciones sí alberga una capacidad de cambio social y político. Aquí, los desplazamientos son entendidos como el juego y movimiento dentro de los nombramientos, y así mismo, como las acciones que esta escogencia u imposición, traen consigo. La ausencia de estos nombramientos, como argumenta Esguerra (2006), es también un aliado de la muerte. Cuando el silencio precede a los sujetos, este se convierte en un arma en su contra. Cuando Esguerra (2006) afirma que el nombramiento es la posibilidad de la existencia social, yo diría que en el caso de las mujeres transexuales en ejercicio de prostitución y bajo la condición socio-económica en la cual se encuentran, es de hecho la posibilidad de la existencia per se.

“Para lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas, la lucha por el nombramiento no es caprichosa y particularista, es la posibilidad de su existencia social. En la medida en que el “sujeto” sea innombrable (nefando) o silente, no existe socialmente, es decir, no es sujeto subjetivo, a lo sumo sujeto sujetado. Estas luchas por el reconocimiento son entonces luchas por la existencia social, ya que mientras no se existe socialmente, no se es sujeto de derechos. Por eso, en este caso, los actos de

habla o actos enunciativos cobran valor y potencialidad performativa”. (Esguerra, 2006: 156).

Butler (1997), en su libro “Lenguaje, poder e identidad”, profundiza en la premisa de los “actos performativos” como posiciones de identidad, como posibilidades de subversión y resistencia. “Aquel que actúa (que no es el mismo que el sujeto soberano) actúa precisamente en la medida en que él o ella es constituido en tanto que actor y, por lo tanto, opera desde el principio dentro de un campo lingüístico de restricciones que son al mismo tiempo posibilidades” (p. 37). “Ser llamados por un nombre” es la existencia social a la que se remite Esguerra (2006), claramente influenciada por las teorizaciones de Judith Butler. La creación de un sujeto sexual a través de la instrumentalización de categorías institucionales, es el primer momento por analizar.

En el marco de los diálogos de paz impulsados por el gobierno de Andrés Pastrana en el año 2000, “Planeta Paz” se convirtió en el proyecto cumbre de integración de “sectores sociales populares”. Este proyecto tenía como objetivo principal incluir a líderes y lideresas en la participación de los diálogos entre el gobierno colombiano, las FARC y el ELN. Construir una agenda política a favor de la paz era el propósito de los doce sectores involucrados en el proyecto; uno de ellos fue el que se llamó, por primera vez, “Sector LGBT”.

En el documento de “caracterización sectorial” que se lleva a cabo en el periodo inicial, además de la construcción de objetivos alrededor de las acciones de visibilización, resistencia, relaciones con el Estado y sociedad; se presenta una descripción y reflexión sobre la “necesidad de historia y memoria” del Sector LGTB para su incidencia directa como *actores sociales*. Su identidad como sector, argumenta Planeta Paz, no es homogénea, ni pretende serlo. El documento arguye que “el autonombramiento incide en las formas de visibilización social” (Planeta Paz, 2002: 17), por lo cual es imperioso formular estrategias de comunicación y alcance, ya que “la mayoría de grupos organizados de este sector han tenido su punto de origen en reuniones de amigos” (2002: 21), más concretamente, en iniciativas poco duraderas y constantes.

Constituirse como *actores sociales* significa, entre otras cosas y basándome en las exploraciones de Butler (1997), convertirse en “sujeto de alocución”, es decir, ser iniciados

en la vida temporal del lenguaje. “Por tanto, ser el destinatario de una alocución lingüística no es meramente ser reconocido por lo que uno es, sino más bien que se le conceda a uno mismo el término por el cual el reconocimiento de su existencia se vuelve posible. Se llega a existir en virtud de esta dependencia fundamental de la llamada del Otro” (p. 22). Esta “llamada” no existía en el repertorio discursivo de quienes hacían parte de una experiencia sexual y de tránsito previa a la institucionalización de unos caracteres sexuales e identitarios. En esta medida, su auto-posicionamiento respondía a factores muy distintos a los actuales. Los términos “T” (desde transexual hasta transgénero) vienen siendo insertados en las políticas públicas y, por ende, en la colectivización, desde hace poco más de una década (debo anotar que los debates y tensiones dentro de lo que pretende abarcar y describir lo “LGBT” no hace parte de este análisis). Bajo este escenario, la denominación de “maricas” se inserta en los tejidos en red generados por las propias vivencias y las trayectorias sexuales y corporales de las chicas. Debo señalar el peligro de asumir como equivalente la apuesta discursiva incluyente, y la inclusión efectiva y concreta de este discurso en la práctica. La enunciación no encarna, inmediata y consecutivamente, cambios en la vida práctica de los sujetos (así sea el inicio de estos). Como bien indica Gil (2013), las travestis, bajo la mirada moralizante de algunas consignas de lo “gay”, y dentro de una supuesta “comunidad LGTBI”, serían las parientes pobres que toda familia quiere esconder.

Aunque las chicas utilizan el término marica sin ningún tinte peyorativo, están al tanto de la utilización negativa que le precede. Mi diálogo con Butler (2002; 1997) a lo largo de la investigación, se justifica en un aspecto principal, y se trata de su capacidad teórica para rescatar las ambivalencias y ambigüedades en las formaciones discursivas y prácticas dentro del género y el sexo. Al igual que con la potencia desestabilizadora de la desobediencia en relación con la norma, la subversión gestada desde la injuria también es ilustración de las posibilidades de fuga, de nuevos encuentros con las formas políticas del sujeto. “Si ser objeto de la alocución equivale a ser interpelado, entonces la palabra ofensiva corre el riesgo de introducir al sujeto en el lenguaje, de modo que el sujeto llega a usar el lenguaje para hacer frente a este nombre ofensivo” (Butler, 1997: 17). Mariquear supone una identificación con un trasfondo histórico, el cual se remite a los procesos de invisibilización/visibilización, creación y puesta en discurso de lo LGBT. No es gratuito que las chicas que empezaron a prostituirse y transformarse en la década de los 1980 o

1970, sean quienes más se reconocen dentro de esta experiencia. Al preguntarle a Débora respecto a la denominación de “marica”, me respondió:

Débora: *A mí por ejemplo el término de marica me encanta porque casi siempre pienso que a veces cuando son cosas tan negativas, como una palabra como esta, que se refiera a cosas pues no sé, muy paila, el término marica siempre está relacionado a personas que han sido estigmatizadas, entonces usar esa palabra para reconocerse y decir sí, soy marica y qué, entonces se vuelve también una fortaleza, y contradecir su discurso, como marica pero igual que tú al fin y al cabo o como quieran vernos.*

Como argumenta Esguerra (2006a) “el auto nombramiento tiene una utilidad simbólica y, por lo tanto, innegablemente política” (p.248). Es así como el término “marica” logra posicionarse en una matriz que destaca por su particularidad —me refiero a que hace parte constitutiva del escenario de la prostitución— pero también por su despliegue común en contextos referentes a la sexualidad y diálogos coloquiales entre pares de cualquier nivel social y económico.

La citación descontextualizada es básicamente la capacidad de resignificación de un término, en donde las ocurrencias y el paso del tiempo, generan las opciones de decirnos de manera más afirmativa (Butler, 1997). Las condiciones de posibilidad inmersas en este nombramiento son claras: el influjo de un contexto de reconciliación entre “sectores sociales”, sumado a las iniciativas nacionales por fomentar un ambiente de paz, fertilizaron el terreno del reconocimiento de sujetos sexuales. Estos procesos históricos terminan por configurar irremediamente los posicionamientos en el espacio social, los cuales solo pueden mutar y transformarse en tanto interpelan a sujetos de derechos y deberes. “Las maricas” es definitivamente una forma de auto posicionamiento en el espacio, y como tal, ha sido y sigue siendo el puente de relatar vivencias e historias personales y colectivas. Esta re-significación era la que quería relatar, teniendo siempre en mente las intermediaciones de los nombramientos institucionales y externos. Como mencioné hace un momento, el propósito central del análisis de estas denominaciones no es la abstracción, sino el contenido concreto de experiencias y rememoraciones.

Es que igual fue hace 20 años... [hablando del cambio de generación]

Carmen: *Claro, es que hace 20 años, no sé, éramos tan aislados de la civilización, no le digo que en los tiempos de nosotras se reconocía a las maricas desde un kilómetro hacia allá... y eso era porque empezaban todos con la gritería, eso no*

había necesidad de nada, uno solo decía por ahí viene una marica. Cuando empezaban con esa bulla y esa gritería era porque venía una marica. Hay veces me sentaba yo afuera de la panadería, y yo ya sabía que se iban a asomar esas maricas porque se sentía la bulla desde por allá. En esos tiempos las maricas éramos súper amaneradas, o sea no buscábamos la parte femenina, sino que nosotras entre más el culo se nos paraba y el pecho más se nos salía y mejor dicho nos creíamos... mariquísimas... éramos como reinas en carnaval, más nos contorneábamos. En cambio eso ya ahorita eso no se ve tanto, hasta eso tiene cárcel...

La descripción que lleva a cabo Carmen, además de reforzar una imagen distintiva de las “maricas”, expresa claramente las barreras y muros en el encuentro con los “Otros”: estar “aisladas de la civilización” es efectivamente una sensación que relatan la mayoría de “madres” que se encontraban ejerciendo la prostitución hace varias décadas. Empero, considero que la pregunta aún no se encuentra resuelta: ¿no está hoy un gran porcentaje de mujeres transexuales en ejercicio de prostitución aisladas de las relaciones de visibilidad de la gran ciudad? ¿No es el Santa fe, bajo la mirada de Foucault (1967), una heterotopía de desviación? ¿Qué emociones nos conectan cuando pensamos en la zona de tolerancia más grande de Bogotá? La categoría de “emplazamiento”, mencionada por Gil (2013) en su artículo “Fronteras morales y políticas sexuales: apuntes sobre ‘la política LGBT’ y el deseo del Estado”, abraza estos interrogantes: “La territorialización que impone la coordenada sexo-género confina a las travestis que ejercen prostitución al barrio Santa Fe. Ellas no pueden habitar ‘la ciudad’: todas sus necesidades son satisfechas en el barrio y muchas de ellas nunca han salido de dicha zona” (p.26). La “moralización de los territorios” sigue siendo un tema a discutir, y junto con Gil, afirmo que la barrera física y simbólica entre cuerpos y espacios, aunque pueda cambiar de nombre y grado, sigue existiendo.

Relacionado con el concepto de normalidad, las heterotopías de la desviación, como las describe Foucault (1967), son “aquellas en las que se ubican los individuos cuyo comportamiento está desviado con respecto a la media o a la norma exigida” (p.4). Hay espacios que se encargan de darle sentido a algo que todavía no está normalizado, hay lugares donde las reglas se invierten o no son las mismas. En ese sentido, y de manera coloquial, la prostitución en el Santa Fe es un secreto a voces: nadie espera que un hombre adulto vaya al prostíbulo, pero al mismo tiempo todo el mundo lo espera. Las heterotopologías son las descripciones y “lecturas” de las heterotopías, las cuales, a la luz

de este análisis, se relacionan con la sexualidad ilegal que Foucault nombra en su texto; “donde uno entra con su coche y con su amante y donde la sexualidad ilegal se encuentra a la vez absolutamente resguardada y absolutamente oculta, separada, y sin embargo dejada al aire libre” (1967: 5). Así es son las residencias y prostíbulos en el Santa Fe: tan visibles, pero a la vez tan ajenos.

3.2) Tensiones y ambigüedades en los nombramientos de las experiencias trans

En este apartado exploro más detenidamente los desplazamientos en el auto-reconocimiento de las experiencias trans. Reflexionando, sobre todo, en el contenido que supone denominarse de una forma, de otra o simultáneamente. La situación de Yolanda es muestra de la tensión presente en la *interpelación*, entendida según Butler (2002), como lo que se dice de nosotros y lo que hacemos con lo que se dice de nosotros, ya que a pesar de que se viste y se siente como una mujer, para sus padres sigue siendo él. Yolanda convive hace aproximadamente cinco años con su pareja, el cual conoció a través del trabajo sexual cuando este acudió a ella para un servicio. Según me cuenta, a partir de ese momento empezaron a conversar y salir juntos, lo que se desligó prontamente en un romance. Su mamá, de una recia tradición católica, no está de acuerdo con esa relación, ya que para ella la homosexualidad es un pecado. Yolanda me muestra su anillo de compromiso y seguido, me comenta: “*Mi mamá no quiere que me case, y pues no lo he hecho por eso*”.

La lectura de su sexualidad pasa por instancias de producción ajenas a su sentir. Para comprender tanto las orientaciones sexuales y prácticas eróticas de las chicas, así como su auto-reconocimiento, debemos hacernos preguntas concretas acerca de cómo efectivamente se referencian a sí mismas en su diario vivir. Para su esposo, Yolanda es la mujer con la que comparte sus días, es decir, se considera a sí mismo como un hombre heterosexual (según lo refiere mi entrevistada). Para su madre, su relación es homosexual ya que ella es en “realidad” un hombre. Y para Yolanda, en últimas, es su experiencia amorosa, ya que como ella misma indica: “*no, o sea, pues a mí me que me traten como me quieran tratar, yo digo que el gay al trans casi son personas iguales*”. Por supuesto es necesaria una mirada crítica y de contexto frente a sus palabras, pero si no las tomo en principio con la seriedad que

merecen, incurriría exactamente en lo mismo que pretendo cuestionar, y es precisamente volver a ubicar y seccionar en binarismos excluyentes. Fausto-Sterling (2008), en su artículo “Frameworks of desire”, emprende, paralelamente, tanto una caracterización, como una crítica con respecto a las aproximaciones sobre la homosexualidad. En resumen, ni “nacer” ni “escoger” ser gay, son opciones para la comprensión de la complejidad del sistema del deseo. Las practicas sexualizadas y sexualizantes de las entrevistadas son, siguiendo a la autora, “sistemas dinámicos”. Según esto, la pregunta por el origen y el comienzo exacto de la homosexualidad, solo cobra sentido —si es que llega a tenerlo en algún momento— si se tiene en cuenta la interacción dentro del “*environment*”, que la autora entiende como la suma y yuxtaposición desde los componentes subcelulares, hasta el marco sociocultural. En todo caso, y rescatando el objetivo de escuchar atentamente a nuestros aliados en campo, Fausto-Sterling (2008) concluye: “if feminists did nothing else for academia, they successfully and rightly insisted that science cannot figure out why people do what they do, or how they feel what they feel, without taking into account what the feeling and experiencing individuals themselves have to say” (p. 54).

Conviene subrayar que esto no quiere decir que a las mujeres trans les dé igual cómo se les llame e identifique, o que no existan diferencias de fondo en el trato y adjudicación de identidades. Se trata, más bien, de reflexionar sobre la forma en que las personas hablan sobre su vida y a su vez evaluar el peso diferenciado que le otorgan a variadas situaciones. Mi entrevista con Yolanda y las conversaciones casuales que tuve con ella, me hicieron pensar en los límites de hacer siempre conmensurable y diferenciable la identidad de género y la orientación sexual. Muchas veces, ni siquiera hay una pregunta de las chicas con respecto a esta existencia. Por supuesto que esta diferenciación es fundamental para desestabilizar el sistema heteronormativo y negar toda presunción de coherencia intrínseca en los cuerpos. Sin embargo, en este caso no se presenta. De hecho, esto implica retar la teoría a través de la expresión de su vivencia. Yolanda, a lo largo de la entrevista, se refirió a las mujeres “cisgénero” como heteros y así misma como “trans” o “marica”.

¿Puedo preguntar cuánto cobras por el rato?

Yolanda: El rato aquí en Bogotá lo mínimo son veinte mil pesos, eso es lo que se cobra acá. Todas las maricas cobramos eso.

¿Hay bastantes clientes que se te acercan?

Yolanda: *Sí, claro, como todo... hay hombres que les gustan las chicas trans, y hay hombres que les gustan las mujeres hetero, para todo el mundo hay los gustos y sabores.*

¿Crees que hay diferencia entre la prostitución de las chicas trans y “las hetero”?

Yolanda: *Pues la diferencia es relativa, digamos yo estoy en un sitio hetero y soy la única marica y a mí me va súper bien pues porque los todos hombres quieren algo diferente, que están aburridos de lo mismo. Entonces a las mujeres como que les da rabia...*

¿O sea tú te paras con las “hetero”?

Yolanda: *Si yo he ido a bares de mujeres y la única trans soy yo, y me va súper bien.*

¿Y no te tratan mal ellas?

Yolanda: *Sí, no te digo que les da rabia, que le dicen a los clientes “comiendo mierda, comiendo culo, cochinos” cuando yo salía de la pieza y a me daba rabia y yo hablaba con la dueña y ellas les decía que no fueran así, y yo también les decía si no quieren dar culo pues no den.*

O sea, ¿te va mejor trabajando en sitios de “mujeres”?

Yolanda: *¡Claro! Pero eso lo que no me gusta, ellas son terribles, apenas uno se sale empiezan a hablar mal de uno o con el cliente, entonces por eso no seguí trabajando por allá.*

El anterior apartado retrata de manera clara las tensiones al referirse a ella misma como “mujer”, “trans” y “marica” a la vez. No pretendo buscar coherencia en los términos, sino precisamente dar cuenta del contenido diferenciado que tienen para las entrevistadas. Es importante entonces observar detenidamente cuando el grupo “mujeres” se presenta como exógeno y cuando no. Ya que como se observa, las mujeres vendrían siendo un grupo al cual ella no pertenece —algunas veces— y, además, con las cuales tiene cierta enemistad en el terreno de los clientes y en la manera en la cual tienen relaciones sexuales con los mismos. La orientación sexual de Yolanda puede comprenderse de forma abyecta o distinta, ya que considerarse como heterosexual no se encuentra incluido en el lenguaje que utiliza para posicionarse en el espacio social a ella y a las otras transexuales que conoce. Su posicionamiento de género no entra en desacuerdo con su orientación sexual, ya que ser “marica” engloba a la vez, y sin ninguna contradicción aparente, el hecho de gustar de los hombres y también autoreferenciarse como mujer. Margot, por ejemplo, me relató durante la entrevista que se lleva mejor con las “gallinas”, porque con las “maricas” tiene muchos problemas.

Margot: *Ya tengo un mes de haberme venido para acá. [Se refiere a su nueva habitación] Y me vine porque es una marica que trabaja para el Distrito pero yo no sé porque con las maricas no me la voy muy bien, no sé. Y con las gallinas si me va*

súper bien, con ustedes mejor dicho, yo no sé qué es lo que tienen ustedes pero me voy súper bien. Con las maricas no, o son envidiosas o son humilladoras

Las asociaciones y diferencias que expresan las chicas respecto a las “mujeres”, son particulares y sugestivas, ya que funcionan discriminadamente dependiendo de qué se indague o pregunte. Carmen, Margot y Mariela son todas creyentes: la referencia a Dios en numerosos y variados temas fue contundente. Me pregunté qué pensaban acerca del pecado, más específicamente el hecho de ser gays (en primera instancia) y haber llevado a cabo una transformación. Cuando le comenté a Margot mis dudas, respondió con evasivas, pero al final me comentó que ella creía en un Dios amoroso y misericordioso, y que tenía muy claro su papel. Ella tiene una posición radical respecto a sus diferencias con “las mujeres” —es decir, con las “gallinas”— y por eso es tan categórica al terminar su frase: “*yo soy una trans*”. Para ella, y anclado totalmente a la imagen de su madre, una trans jamás podrá igual a la mujer, porque solo hay una, y es la que da vida.

Margot: *Le dije sabe que así tenga tetas y culo usted nació en cuerpo de hombre, la única mujer es la que te parió, sépalo bien porque yo lo tengo bien claro. ¿Quién me parió a mí, quien me trajo al mundo?: una mujer. Yo tengo cuerpo de hombre, pero yo no me creo será que yo soy mujer, bla bla. Por eso es que me atacan, porque les digo la verdad.*

¿El hecho de tener pene sientes que te hace menos mujer?

Yolanda: *No, para nada, pues como yo no me considero mujer- mujer, yo soy una chica trans que no puede igualar a una mujer porque no puede tener hijos, pero yo las respeto y las quiero y todo, pero no o sea, yo no.*

Estas afirmaciones están relacionadas con la manera en la cual se posicionan e interactúan en el espacio. Cabe mencionar que las acciones y usos desencadenados de poseer una vagina o un pene, son primordiales al momento de la comprensión de su corporalidad. Es fundamental no considerar de entrada peyorativo, o mejor aún, jerarquizado y excluyente, la no identificación con el grupo de “mujeres”. A lo largo de las entrevistas y la inmersión en campo, reflexionaba cada vez más sobre la necesidad, muchas veces infundada, (tanto de los investigadores —me incluyo—, como de las diferentes asociaciones políticas y públicas) de reivindicar la experiencia trans desde el reconocimiento dentro de la población femenina. El debate sobre el cambio de sexo en la cédula despertó inconformidades y tensiones dentro de la población trans: muchas alegaban que no querían identificarse como “F” y que de hecho preferían seguir con sus nombres de nacimiento a tener que ubicarse en

algo que no son, ni quisieran ser. Este escenario, sumado a lo que las chicas me contaron en las entrevistas, me hizo reflexionar precisamente sobre la denominación propia y sentida de nuestros aliados en campo. No importa si creemos que no responde de la manera más reaccionaria, o si quizás perpetúa algunos mecanismos excluyentes, es la forma en que las personas se conectan con sus conocimientos y vivencias, y es nuestro deber considerarlas y ubicarlas en su contexto. Lohana Berkins (2003), feminista trans reconocida por su apuesta y reivindicación política a favor de los derechos de las mujeres prostitutas transexuales, resume de manera eficaz lo relacionado con el posicionamiento “F” y “M”:

Nosotras pensábamos que nuestra única opción si no queríamos ser varones era ser mujeres. Es decir, si para ser varones había que ser masculinos, al no querer adoptar las características masculinas como propias pensamos que nuestra única opción era la única otra existente: ser mujer femenina. Hoy tratamos de no pensar en sentido dicotómico o binario. Pensamos que es posible convivir con el sexo que tenemos y construir un género propio, distinto, nuestro. (p. 67)

Trayendo a colación de nuevo la denominación de “marica”, hay por lo menos dos aspectos que analizar: por un lado, un remanente de la sexualidad gay; segundo, y ligado con este aspecto, la asociación del sexo vaginal como práctica coitocéntrica que, según Gregori (2006), se basa en la complementariedad entre sexos, es decir, en una práctica heterosexual normativa. Yolanda no tiene reparo (y no debería ya que es *su* aproximación) en identificar al grupo exógeno de “las mujeres” —cuando se presenta como exógeno y no como propio— como heterosexuales, traslapando “identidad de género” y “orientación sexual”. Pensarse a sí misma como heterosexual no hace parte de su repertorio discursivo. A diferencia de esto, llamar-se y llamar a los otras “maricas” o trans se despliega de sus experiencias carnales y propias dentro del escenario de la prostitución y el barrio Santa Fe. Se trata aquí de evaluar los grandes esfuerzos teóricos que, muchas veces, si no la mayoría, están en un grado de importancia bajo en la vida práctica y concreta de nuestros aliados en campo.

Es aquí en donde el término “marica” engloba con más detalle lo referente a la sexualidad y la identidad de género en chicas transexuales inmersas en el ejercicio de la prostitución. Hasta ahora el término “mujer” se encuentra tanto de forma referente a lo que ellas no son, como también a características que poseen. Sin embargo, referirse a las cisgénero como “las hetero”, es decir, como lo diferente a “marica” da cuenta de una categorización que se

expone sin mayores detenimientos. Lo que llama la atención es que, bajo una representación “formal”, ambas serían heterosexuales, ya que gustan de cuerpos asociados al género masculino. Sin embargo, existe aquí una especie de “teoría de género” muy distinta a la postulada por alguna institucionalidad dentro de la academia o los círculos eruditos. Me explico: el “marica” englobaría para ellas tanto su identidad de género como su sexualidad. Considero que una de las posibles razones detrás de la utilización de estos apelativos es el significante de la relación anal que, entonces, estaría imposibilitada para concebirse como heterosexual, principalmente por la asociación que se tiene de las “gallinas” para concebir y dar vida. Además, posicionarse como “maricas” también puede estar sujeto a la primera experimentación de su sexualidad, la cual estuvo en todos los casos aquí presentados asociada al deseo homoerótico.

¿Pero para ti está bien que te digan trans?

Yolanda: Ah sí, total, porque yo sé que no puedo igualarme, porque no puedo quedar embarazada ni tener hijos, y pues eso es la mujer biológica, nosotras somos chicas trans que tratamos de igualar a una mujer pero pues al final no...

¿Tú como describirías ser mujer?

Yolanda: Para mí una mujer es inteligente, interactual, trabajadora, independiente, que no dependamos de los hombres. Que seamos mujeres muy independientes hoy en día, que estudien y se prepararen, que no solo sea tener hijos y ya. Hoy en día la mujer es muy abierta, están en la política. Me da mucha felicidad ver una mujer alcaldesa, gobernadora, ojalá presidenta. Chévere, admirable.

(...) Por eso yo preferí venirme para acá y alquilar una pieza, en vez de que me estén obligando a cosas que no quiero hacer. Tú sabes que en la prostitución tanto de chicas trans como mujeres hay mucho maltrato y mucha como explotación sexual en nosotras. Y eso sigue pasando, en todo el mundo (...)

La asociación de la maternidad y la posibilidad de tener hijos es sin duda una las características principales al momento de describir a una “mujer”. Yolanda, Margot y Mariela fueron muy enfáticas al momento de explicar que ellas básicamente no “alcanzan” a serlo porque sencillamente no pueden traer una vida al mundo (esto no tienen la intención de reducir todo el espectro de características que pueden existir, es solo que está muy presente en las descripciones de lo que es una “mujer”). También reluce la diferenciación cuando se trata de conseguir clientela. Yolanda tuvo muchos problemas con las “mujeres”, ya que regularmente se paraba en los bares de prostitución “cisgénero”, por lo que tuvo que aguantar burlas y ofensas por parte de las mismas.

Una última pregunta: ¿cómo sientes qué es una mujer?

Carmen: Para mí una mujer es algo especial, el sexo débil...

Hermano: Sexo fuerte más bien, la mujer es más fuerte que el hombre.

Carmen: Ay, atrevido [tono de sorpresa]... Es la fraternidad, el cariño, algo bonito...

¿Y una mujer trans es distinta o cómo?

Carmen: Es un macho disfrazado de mujer (se ríe a carcajadas) para mí una mujer trans es algo fuerte, una persona que de pronto es ruda, somos totalmente diversos a lo que es una mujer propia, de pronto nos confundimos en cara, cuerpos, pero siempre hay un hombre ahí metido dentro de nosotras, somos más rudas, más fuertes, en eso nos diferenciamos más que todo, somos más grotescas, más fuertes, en cambio la mujer es débil.

¿Sientes que si hay una diferencia entre una mujer y una mujer trans?

Carmen: Claro, porque nosotras somos mujeres pero fuertes, que a la hora del té que si se nos presenta una pelea con el hombre nos recogemos la blusa lo que sea puños van y puños vienen. Pero una riña entre un hombre y una mujer, el hombre llega y la da un bofetadón y la manda a la mierda y la mujer se pone a llorar, pero entonces nosotras no.

¿Crees que queda allí algo de un hombre?

Carmen: Claro, nosotras por mucho que tengamos cuerpo femenino y de todo, siempre va a haber un hombre que nos respalda dentro de nosotras, nunca va a ver una transgenerista totalmente mujer, nosotras siempre llevamos el macho por encima, así tengamos cuca, no tengamos cuca, estemos llenos de cirugía siempre va a haber un macho ahí.

Está presente en el relato de Carmen un recurso biologizante, el cual da cuenta de una visión de lo inherente. Como he querido mostrar, buscar coherencia dentro de las experiencias con el cuerpo y su auto-reconocimiento solo desligaría en una falta de rigor empírico frente al campo y el cuerpo mismo. Mi intención es mostrar cómo, efectivamente, las entrevistadas se posicionan y auto-evalúan, así que dar cuenta de estas descripciones, es igualmente fundamental que mostrar la flexibilidad de las prácticas con las que enfrentan numerosas situaciones en sus trayectorias. La presencia de este recurso biologizante hace parte también de sus relatos. La “fuerza” es un elemento que tanto Carmen, como Yolanda —a continuación—, identifican como diferenciador de las “mujeres”. Estas, en general, se presentan como débiles y frágiles. Las peleas físicas que han tenido que enfrentar en el terreno de la prostitución son sin duda la materia prima para justificar ese “macho” que está adentro. La reacción que tuvo Carmen al comentario de su hermano llamó mucho mi atención, ya que de forma inmediata reaccionó con una negativa. A lo que se refería su hermano al decir que “las mujeres son más fuertes” superaba el plano físico, y más bien se ubicaba en esta concepción de verraquera y tesón. Sin embargo, Carmen en seguida se

refirió a lo “grotesco” y lo “bonito”, que considero tiene relación con la idea de delicadeza, tan asociada comúnmente al género femenino.

¿Y las conoces?

Yolanda: *No, esas maricas son por allá de un barrio del sur. Porque esas maricas vienen es atracar a las de acá. No, no eran de acá, eran de otra parte... y pues me tocó al principio agarrarme con maricas, pelear con ellas, demostrarles que pues que yo también tengo mi hombre, que tengo güevas, tampoco puedo dejarme de ellas, y así fui respetándome poco a poco, porque hay muchas travestis que quieren verle la cara a las maricas y las cosas no son así.*

Es necesario aclarar que esta es la visión de Carmen y Yolanda, y que no pretende ser la manera genérica en la cual las mujeres transexuales distan de un modelo de “mujer”. Mariela, por ejemplo, se describe así misma y a otras mujeres transexuales como “muñequitas rotas”. No lo son naturalmente, sino por las violencias que han tenido que soportar, primero, por identificarse como mujeres trans; y, segundo, por ejercer la prostitución.

El patriarcado nos castiga por renegar de los privilegios de la dominación que nos adjudican los genitales con los cuales nacemos. Las mujeres se sienten muchas veces con un sentimiento de invasión, de usurpación de la identidad. Por el otro lado, sufrimos la violencia institucional, aplicada en aras de salvaguardar la moral, las buenas costumbres, la familia, la religión. Esta violencia es consecuencia de otra, la social, y nos es aplicada por atrevernos a desafiar el mandato social de lo que tenemos que ser y hacer. (Berkins, 2003: 67).

Mariela se describe así misma como una señora recatada, formal y decente, lo que se evidencia también su forma de hablar y moverse en el mundo. Ella siente que tuvo una transformación, más no un tránsito, ya que siempre fue una niña delicada. Esta analogía con “muñecas rotas” ilustra una imagen poderosa de dolor y ensoñación, ya que verse a un espejo y encontrarse con faldas largas y tacones, como me dijo el día de nuestra entrevista, vale los rechazos y los golpes.

Mariela: *Pienso que ninguno de los que hemos sido niñas podemos volver a ser niños porque yo le digo un título que es muy lindo y grandioso, nosotras somos muñequitas rotas, como cuando tú tienes una muñeca rota en tu casa: una manito, un bracito, nosotras somos eso. Todas nosotras. Nosotras no somos muñequitos lindos, sino rotos, rotos es rotos. Porque si tú lo miras por cualquier lado, hemos tenido maltrato físico, psicológico, verbal, hemos sentido rechazo, hemos sido violentadas de alguna u otra manera. Entonces para mí, en mi concepto, nosotros somos muñequitas rotas.*

Un tema que reluce en las entrevistas, y que genera descontento o vergüenza en las experiencias de las chicas, tiene que ver con la denominación de “él” o “ella” en espacios públicos y/o instituciones. Este descontento no va en contravía de referenciarse a sí mismas y a otras como “maricas”. Tiene que ver más con la utilización del nombre propio que se han puesto, no con la denominación de trans, transgénero u otros. Es decir, se trata de que las referencien en situaciones prácticas y cotidianas por el nombre que han deseado tener o, en su defecto, con el artículo femenino.

¿Nunca te han tratado como un hombre los clientes?

Margot: Ay no, no, no. Es como por ejemplo cuando uno va ir donde el médico, que me pasó a mí en odontología, yo solo pensaba que no me fueran a llamar por el nombre de hombre porque si no iba a poner la queja. Igual me dijeron “siga, mami” pero yo pensé que me iban a llamar por el nombre de hombre. Por eso si Dios quiere ya dentro de 15 días me voy a cambiar el nombre, no importa que me toque pagar o no, me quiero quitar ese nombre de pirobo. Para que ya me quede oficialmente el nombre de mujer. Aunque hay unos que dicen que mejor trans, que cómo así que con las gallinas, pero yo digo que me la llevo mejor con las gallinas.

¿Digamos a ti te ha pasado eso acá? ¿Abuso policial?

Yolanda: No, o sea una vez si me pasó con un policía, pero, un policía afro. No soy racista porque yo tengo muchos amigos negros, los adoro. Pero iba por la 19 con un cliente y eran como cuatro policías y me dijo un policía negro: “ay, tú eres un hombre, tienes güevas”. Yo le dije: “espera un momento, yo no soy, yo tengo una cedula de mujer, usted no me tiene que requisar a mí, tienen que ser una mujer”. El jefe llegó y me dijo que qué pena. Llegó una mujer policía y me requisó educadamente y se fue y ya no pasó nada. Pero aquí a veces falta a la policía que la capaciten, que los enseñen, ellos no saben, entonces eso pasa.

Para Margot y Yolanda, la formalización del nombre en la cédula supone un gran paso en la consecución de garantías y reconocimientos legales y sociales. En este aspecto concreto, las entidades públicas se convierten en una agente de transformación específico, posibilitando desde la intermediación de trámites y políticas distritales, el reconocimiento legal de identidades trans. Aunque lejos todavía de encabezar una ley de género, la cual de hecho desestabilizaría el binomio “F” y “M”, la posibilidad de cambio de sexo en la cédula ha sido una batalla ganada, y por ende, sus consecuencias son, para un gran porcentaje de personas, satisfactorias.

El nombre de “pirobo” trae a colación una serie de recuerdos y situaciones que hacen parte de una especie de pasado en el olvido. No es muy frecuente que las chicas hablen de su nombre anterior, sin embargo, cuando Margot me mostraba las fotos de graduación de su colegio, mientras lloraba y reía al mismo tiempo contándome sobre la muerte de su madre, me dijo que su nombre de chico le gustaba, pero que “Margot” siempre fue su deseo interior. Para ella, hacer parte del grupo de las “gallinas”, es decir, de la categoría “F” no supone un gran problema. La referencia a la fuerza del documento (*“tengo cédula de mujer”*) en estos casos específicos, convierte la enunciación no en una acción constatativa, sino performativa. Es decir, este aspecto —dejando por un momento de lado el debate acerca de pertenecer a “F” y no a “T”— se convierte en uno más de los desplazamientos cotidianos y constituyentes de la transformación. Es otra forma de *ser* alguien en el espacio social. Yolanda la utilizó como argumento para impedir una acción concreta de un policía, y él, frente al poder del documento, desistió de requisarla así “tuviera güevas”. Este desplazamiento puede comprenderse bajo el mando de lo jurídico, y es una acción concreta y específica que configura radicalmente su comunicación con el mundo. Estas reformas políticas responden, en este caso, a una entidad pública como la Alcaldía, que termina por configurarse también como un agente de transformación específico.

La insuficiente capacitación de agentes de policía, fiscales y autoridades forenses también puede producir registros imprecisos. Por ejemplo, cuando las víctimas trans son registradas según su sexo asignado al nacer, su identidad de género no es reflejada en los registros. Las mujeres trans con frecuencia son identificadas en los registros públicos como “hombres vestidos con ropa de mujer”. El desconocimiento y la falta de capacitación también pueden generar que los oficiales de policía o los fiscales confundan las nociones de orientación sexual e identidad de género, y en consecuencia identifiquen a las mujeres trans como “hombres gais”. (CIDH, 2015: 81).

Esta falta de capacitación, generada desde instituciones que tienen como objetivo proteger los derechos y no vulnerarlos, se transmite también a los estamentos cotidianos de la población. Las chicas tienen que soportar una y otra vez las burlas y comentarios de personas civiles: “se le ven las güevas” o “vístase bien que usted es un hombre”, son solo algunas de las humillaciones a las cuales se ven expuestas en Transmilenio, buses urbanos y, en general, cualquier espacio diferente a las calles del Santa Fe (Gil, 2013) o los bares de *gay acceptance*. La experiencia de Carmen que se presenta a continuación, engloba lo

relacionado con la imagen prototípica de una “mujer” y las diferenciaciones presentes o no en el espacio generizado.

¿Los clientes te tratan como una mujer?

Carmen: Sí, como una mujer, más lo tratan como un hombre los comerciantes, o ciertos lugares a donde uno va que le dicen “a la orden el señor y esto”.

¿Eso te molesta o cómo te sientes?

Carmen: Hay veces que sí molesta, porque pues si está bien, pues saben que es una marica pues así trátenla, porque uno se diferencia es con las mujeres no con los hombres. ¿Por qué le van a decir el señor o el don?, o no sé qué, se supone que si yo voy vestida de mujer totalmente con tacones y todo es para que me traten como una mujer, que yo vaya allá con ropa de macho pues ahí sí trátenme como lo que soy. Hay gente que muchas veces lo hace es por discriminación, por más nada, por joder la vida, si supone que usted me ve como una mujer como me va a decir el señor. Entonces mucha gente trata de abusar en eso, pero uno los corrige.

En su última respuesta hay un juego entre el “ser” y “parecer”. Para ella, es suficiente el hecho de verse (maquillaje, pelucas) y vestirse como una “mujer”. Y como bien lo indica, las diferenciaciones más claras o “aceptables”, serían las contrastadas con las “gallinas”. Sin embargo, tratarla como lo que “es”, significaría que en caso de no verse como una chica, se aceptaría el trato hacia ella como “él”. Está aquí de nuevo presente un recurso biologizante. La apariencia es siempre un elemento que intermedia las relaciones y contactos con los demás. Para las chicas que no tienen grandes tetas ni culos, tampoco extensiones ni maquillaje, la “validación” de su posicionamiento de género, se torna más complicado. En este sentido, verse lo más “parecido” posible a un prototipo esencializado de lo femenino, se convierte en una barrera contra el rechazo expreso. Siguiendo a Preciado (2008), hay un “control morfológico”, una insistencia por el reconocimiento visual coherente de los cuerpos.

Con respecto a “pirobear”, puede entenderse como un estado intermedio dentro del tránsito, por lo cual es importante resaltar de nuevo las ambigüedades existentes. Si bien los procesos de transformación responden a variadas velocidades, y por supuesto no son un *check list* de parámetros necesarios y suficientes, existe una asociación de avance cuando se deja de ser “piroba”. La escogencia del nombre está muchas veces relacionada con esta etapa, como lo fue en el caso de Carmen, con la insistencia de la madre “Memus” para que explorara a fondo su búsqueda de la transformación. Margot también tenía claro, en el momento en el cual empezó a tener dudas acerca de su identidad de género, cómo quería

llamarse prontamente (esto sucedió cuando era un “pirobo”). Los desplazamientos en este proceso de auto-nombramiento son claros: ser piroba o ser trans no significa lo mismo, y de esta forma, la defensa de su identidad y cambio se acopla también a la legitimidad inmersa en llamarse dentro de un espacio femenino.

¿Cómo fue el proceso para escoger el nombre de Débora? ¿Y por qué Barby?

Débora: Ah yo no sé lo de Barby, todo el mundo me dice así, es un apodo que yo no sé quién me puso, desde piroba he sido Barby, ¿sabes? Como desde chico. Eso también fue muy loco, porque dejé de ser chico, fui Barby, y después Débora, aunque aún me siguen diciendo Barby, pero eso fue desde piroba, todo el mundo me conocía como la Barby, imagínate como me veía de loca (risas).

¿Y ahí seguías en Ibagué?

Débora: No, acá, y todo el tiempo era así, entonces por eso yo nunca me podía identificar dentro de lo gay, o sea yo sentía que era mi espacio por ser chico pero nunca me hallaba entre eso, y yo siempre era la piroba, la showsera, y pues fue acá en el Santa Fe, yo me vine para acá al Santa Fe con Catalina, empezamos juntas, nosotras somos hermanas de tránsito, estamos desde chiquitas juntas...

El nombre de las chicas es muchas veces impuesto por quienes están a su alrededor en las etapas tempranas de transformación. Si bien su escogencia “definitiva” termina estando en sus manos, muchas de ellas relatan que los nombres que tenían cuando “pirobos” o “pirobas” fueron, en primera instancia, generados por agentes externos. De hecho, Débora no tuvo solo ese nombre, sino dos o tres más, pero en un momento decisivo de una entrevista de trabajo, concluyó que este último se escuchaba serio y formal. Prefiere que le digan Débora a Barby, ya que como lo expresa en su respuesta, este la remite inmediatamente a su época de piroba. Ser chico, ser Barby y ser Débora encarnan, a su vez, escenarios y etapas distintas, que se encuentran diferenciadas, además, por su nombramiento específico.

¿Y cómo escogiste llamarte Yolanda?

Yo tenía otro nombre, yo me llamaba Jenny Paola... Después me cambié el nombre a Yolanda López porque una marica de Neiva se puso Jenny Paola, y esa marica es muy ladrona y todo y había muchos hombres que buscan a pegarme pensando que yo era ella, entonces yo preferí cambiar el nombre.

En el caso de Yolanda, los posibles altercados dentro de la prostitución la impulsaron a cambiar de nombre. Esta situación no es excepcional: las entrevistadas han tenido numerosos nombres y apodos en sus trayectorias, lo que dista considerablemente de la dinámica de fijación establecida desde el nacimiento y el registro. Esta capacidad de

moldeamiento y cambio se desliga de unas situaciones muy particulares (prostitución, problemas con la ley o clientes, etc.). Sin embargo, habla también acerca de un modo de posicionamiento móvil, el cual les permite aprehender los modos propios y distintos de cada etapa.

Los desplazamientos en el auto-reconocimiento dentro de las experiencias trans reflejan la importancia de reconocer el sustrato práctico y contundente detrás de un nombramiento. Las velocidades con las que estas intermediaciones cambian, construyen a su vez, y en compañía de los deseos propios de las chicas, la capacidad de posicionarse, exigir y transmitir conocimientos y saberes a través una posición de sujetas específicas (la cual puede variar). Asimismo, dan cuenta, nuevamente, de la presencia de agentes de transformación: en este caso específico, resalta el papel excepcional de las entidades públicas, convirtiéndose en intermediarios de este posicionamiento. Las “madres”, con su rol centran en las trayectorias de vida las chicas, están presentes sobre todo en los escenarios de socialización. Las condiciones de posibilidad acaban siendo determinantes, ya que en el caso de las “cuchas”, referenciarse como sujetas de derechos no hacía parte del contexto inmediato, dando cuenta de un proceso histórico de cambio y transformación. Reflexionar sobre la imperiosa necesidad de tomar en serio, y en contexto, la manera en la cual las entrevistadas relatan y evalúan sus trayectorias, ha sido un objetivo central de este capítulo. El auto-nombramiento es siempre simbólico y político, pero también, carnal y concreto.

Conclusiones

La multiplicidad de los tránsito(s), genitalidad(es) y nombramiento(s) en las trayectorias de vida de las chicas, da cuenta de las siempre inacabadas relaciones entre nuestros entornos y sus posibilidades, y los deseos y anhelos individuales. El reconocimiento de la complejidad que se presenta en la construcción corporal e identitaria de sus cuerpos, permite desestabilizar la premisa de “verdad” y “esencialidad” dentro del género y el sexo. Es decir, reconocer la diferencia y variabilidad como preceptos necesarios para acercarnos a las vivencias corporales y de auto-reconocimiento en cualquier cuerpo, ya sea “transexual” o “cisgénero”. Los desplazamientos corporales, genitales/sexuales y de auto-reconocimiento en el espacio generizado, fueron la base de análisis para acercarme a sus trayectorias, y como tal, guiaron la categorización del contenido concreto en sus vivencias. Estos, entendidos como las acciones específicas en su transformación y/o tránsito, fueron la materia prima para visibilizar y comprender las distinciones y similitudes en su posicionamiento como mujeres trans, así como para entrever las distintas velocidades y significados en sus cambios. La desjerarquización, deshomogenización y desexotización de las experiencias dentro de la transexualidad fue siempre un objetivo en mente.

Los desplazamientos me permitieron identificar experiencias compartidas y transversales, pero también exaltar la especificidad y unicidad de cada caso. Es decir, un desplazamiento corporal, por ejemplo, el uso de aceites industriales o silicón, pudo presentarse —o no— en las trayectorias de vida de las chicas. El grado de diferencia puede hallarse en el tipo de sustancia, en la edad de aplicación o en la inexistencia de la práctica, lo que implica que no debe ser considerada como una condición necesaria y suficiente en su experiencia. De esta manera, se evidencian momentos en los cuales las experiencias dentro de la(s) transexualidad(es) se equiparan, lejos de traspasarse acríticamente. Esta visión, entonces, se aleja del esquema prototípico: una mujer transexual debe ser de x forma. Al igual que de las condiciones necesarias y suficientes: si no tienes este aspecto (x) no encajas del todo en lo que debería ser una mujer transexual. Así, la búsqueda de *una* definición, por lo tanto, de *una* manera de ser en el mundo, caduca.

La presencia de los agentes de transformación específicos y las condiciones de posibilidad existentes son los flujos externos que intermediaron, obstaculizaron o potenciaron las

distintas transformaciones de las chicas. Un cuerpo que desean y un cuerpo que debe ser deseado, encarna las tensiones de apropiación y desobediencia dentro del espacio generizado. La experimentación con, y a través de sus cuerpos, estuvo directamente influenciada por la presencia o inexistencia de mecanismos concretos de transformación: productos disponibles de silicón, conocimiento sobre las hormonas femeninas, lugares en donde efectivamente se llevaran a cabo los procesos, entre otros. Asimismo, la interacción constante y directa con otras chicas trans dentro del Santa Fe, la presencia mayoritaria de las “madres” en sus vidas y las interacciones con dueños de bares, médicos y demás, presionaron contundentemente sus expectativas de vida fuera y dentro de la prostitución. Por esta razón, argumenté que el tránsito es una experiencia compartida, y como tal, social y variable. Los tejidos en red los identifiqué como el traspaso de conocimientos y prácticas entre las chicas, los cuales se transferían a través tanto de los colectivos sociales como de su cotidianidad en las calles. Así, se fueron construyendo unas maneras de hacer y ser en el espacio social.

La visibilización de estas dimensiones (agentes y condiciones) permitió resaltar la innegable maleabilidad y fluidez con respecto a los estándares heteronormativos y binarios. Como se ha visto, la imposibilidad de nombrar de *una* sola forma las vivencias y prácticas dentro de sus transformaciones, ubica la ambigüedad como un terreno de reivindicación y posicionamiento positivo y potencializador. Tampoco es posible hablar de *una* sola “transgresión”, ya que como lo muestran sus relatos, existen nociones y prácticas que redificarían algunos de los binarismos excluyentes. Evidenciar estas ambivalencias no como un terreno indeterminado y, por ende, infértil, sino lo contrario, como un escenario de renacimiento y construcción, fue también uno de mis propósitos centrales. Por esta razón, no abordé sus trayectorias desde una perspectiva de “avance”, sino a partir de múltiples direcciones con inicios disimiles, pero, a su vez, con prácticas compartidas y equiparables.

La focalización en los entornos de su infancia y la presencia de la familia me permitió seguir progresivamente tanto los cambios como las permanencias en sus trayectorias de vida. Es contundente la forma en la cual la figura de la madre y el padre generaron (o no) un ambiente seguro y comprensivo para su tránsito. También es clara la obligatoriedad de prácticas y comportamientos alrededor de “nacer varón”: todas se encontraron en ambientes

que constantemente, de alguna forma u otra, tenían la siguiente consigna: “no puedes ser así”. El lugar de origen, como se vio en la experiencia de Carmen, la acercó más prontamente al mundo de lo trans: Tocaima, a diferencia de Neiva, se describe como un escenario más “amigable” con la presencia de personas trans. Bogotá, en este caso, es la condición de posibilidad asociada a un reconocimiento político y social más evidente. Todas hicieron parte de contextos que modificaron y posibilitaron distintas interacciones dentro y a través de las experiencias con la transexualidad.

Las políticas públicas y la instauración de actividades y centros especializados para población LGTB, durante los gobiernos locales de Lucho Garzón y Gustavo Petro, respectivamente, abrieron puertas que hoy siguen generando cambios significativos en la apertura de nuevos espacios laborales para mujeres trans. De la misma forma, su posicionamiento de género y, por ende, el repertorio discursivo a su alcance, se encuentra intermediado por estos procesos. Estos impulsos políticos, sumados a la lucha interna y autogestionada de las entrevistadas por mostrarse como sujetas de derechos y deberes, han calado en su cotidianidad. La reciente politización de colectivos sociales como la Red Comunitaria Trans, ponen sobre la mesa las reivindicaciones que se pueden generar y pelear desde los nombramientos. De nuevo, la intermediación de factores externos y, en cierto modo, inalterables (en el sentido de que no se pueden “escoger”), impactaron la experiencia con su cuerpo y su auto-posicionamiento. El cambio generacional fue, por ejemplo, un factor decisivo para analizar la reducción del prejuicio y la discriminación. “Madres” y “pollas”, aunque compartan una gran cantidad de experiencias asociadas a la construcción corporal e identitaria, vivieron niveles de violencia diferenciados.

Los desplazamientos, tanto sutiles como radicales en su corporalidad, hicieron parte de un proceso que hoy no termina, y que inició, en la mayoría de casos, con la utilización de prendas asociadas a lo “femenino” a una edad temprana. Desde allí, las chicas empezaron a plantearse preguntas y reflexiones sobre cómo querían verse y ser vistas. Hoy, muchas albergan en sus cuerpos sustancias potencialmente peligrosas, que si bien no han desencadenado procesos infecciosos por ahora (en el caso de las entrevistadas), sí dan cuenta de la búsqueda acelerada y estrepitosa de las transformaciones. Es imperiosa la necesidad de espacios y programas en donde se dialogue sobre los cuidados hacia el cuerpo

y los procedimientos adecuados y seguros para intervenirlos. Aquí, entra a jugar la clandestinización asociada al lugar de origen y el posterior desplazamiento hacia la ciudad: “no puede ser una mujer” y “tienes que verte como *una* mujer”, son dos caras de la misma violencia. Si bien Bogotá les permitió la exploración abierta de su sexualidad e identidad, esta llegó con una cascada de estigmas y discriminaciones. Analizar este aspecto fue concomitante a la caracterización del cambio generacional, ya que como se demostró, los relatos de “madres” narran experiencias mucho más encrudecidas dependiendo de la década.

La comprensión de las relaciones con su genitalidad, como un aspecto ligado a la construcción corporal, fue un objetivo decisivo para la profundización en sus trayectorias de vida. Al igual que con sus tránsitos y transformaciones, las prácticas sexuales dentro y fuera de la prostitución, junto con sus deseos eróticos, hacen parte de un espacio que no es unidireccional ni unilateral. Si bien es el desplazamiento en donde existen más similitudes respecto a las ideas sobre la reasignación y lo asociado a la vagina, sus prácticas dan cuenta de diferentes apropiaciones sobre los significados de “ser hombre” y “ser mujer”. De esta forma, desempeñar o no un papel activo dentro del encuentro sexual, sumado a las explicaciones acerca de la pérdida de la hormona, sus expectativas en sus relaciones amorosas estables, sus orientaciones sexuales heterodisidentes o no, entre otros, son aspectos que confluyen para dar, y darse sentido, dentro del espectro sexual y erótico.

El ejercicio de la prostitución es una actividad que impactó, y sigue impactando, los conocimientos y expectativas de su realidad inmediata y futura. En un primer momento, esta se presentó como la opción más rápida y efectiva para conseguir dinero en la ciudad y, junto con esto, hacer público su deseo de cambio. Paralelamente a este inicio, se toparon con la irremediable presencia de un sin número de violencias, las cuales, exacerbadas por su identidad de género y su sitio de procedencia, marcaron para siempre los cuerpos y emociones de las entrevistadas. La paradoja de la conquista del cambio está allí: en ser “muñecas rotas”, pero al fin y al cabo, “muñecas”.

El trabajo de campo que realicé a lo largo de un año, me hizo comprender rápidamente que es imprescindible desestereotipar y desestigmatizar a las sujetas inmersas dentro del trabajo sexual. Tanto la victimización como la negación de la violencia son caminos fáciles y

rápidos, pero sin duda nada provechosos. Verlas en las esquinas, coqueteando y negociando con posibles clientes, no fue fácil. Si eso implicó dificultad para mí, es sencillamente imposible llegar a empatizar en totalidad con los vacíos y abismos que supone enfrentarse a cuerpos totalmente ajenos y extraños en el ejercicio de la prostitución. Siempre habrá un sentimiento inexplicable, indecible... solo aquellas que se han vivido en carne propia las necesidades económicas (por nombrar solo un aspecto) generadas por un sistema excluyente y hostil, pueden mirarse a los ojos y comprender lo que eso implica. Sin embargo, hay que hablar, preguntar y observar, y así, de a poco, ir formando un conocimiento en donde ellas sean las principales voceras de los cambios —o no— que desean implementar en sus vidas.

Bogotá les otorgó la posibilidad de auto-reconocerse en nuevos colectivos políticos y sociales y emprender caminos en el activismo de los derechos humanos y la población LGTB. Es asombrosa la capacidad de resiliencia de estas mujeres, las cuales, además de estar en el proceso de sanar sus heridas, ayudan a sanar las de otras. Muchas fueron las actividades que me conmovieron, que me dieron esperanza en nuevos futuros más incluyentes y amigables. Ansío un día en el cual nadie las ofenda al montarse a un servicio de transporte público. Un día en el que puedan acceder a salud y trabajo bajo las garantías sociales que también les pertenecen. Un día en el que no tengan que explicar por qué “son así”.

Referencias:

American Psychiatric Association. (2013).

<http://www.dsm5.org/Documents/Gender%20Dysphoria%20Fact%20Sheet.pdf>

American Psychiatric Association. (1952). Diagnostic and Statistical Manual: Mental Disorders (DSM-I).

Bento, Berenice. (2003). De la transexualidad oficial a las transexualidades. Sexualidades y saberes: convenciones e fronteras.

Bento, Berenice y Pelúcio, Larissa. (2012). Desatologização do gênero: A politização das identidades abjetas. Estudos Feministas, Florianópolis, 20(2): 256, maio-agosto.

Berkins, Lohana. (2003). Un itinerario político del travestismo. Sexualidades migrantes. Género y transgénero. pp. 127-137. Buenos Aires: Scarlett Press.

Brigeiro, Mauro, Castillo, Elizabeth y Murad, Rocío (2009). Encuesta LGBT. Sexualidad y Derechos. Participantes de la Marcha de la Ciudadanía LGBT de Bogotá 2007. Bogotá: CLAM-IMS-UERJ - Universidad Nacional de Colombia – Profamilia.

Butler, Judith. (1993). *Cuerpos que importan*. Barcelona, España: Paidós

Butler, Judith. (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid, España: Síntesis

Buriticá, Isabel. (2012). De(s) Generizando la prostitución en la participación: El caso de las travestis prostitutas de Mártires. Tesis de Maestría. Bogotá: Universidad Nacional.

Buriticá, Isabel. (2013). Travesti: la construcción de la identidad individual y colectiva desde el cuerpo y el ejercicio de la prostitución. En: La manzana de la discordia, Vol. 8. No 2: 71-86. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (2015). Violencia contra Personas Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersex.

Colombia Diversa. (2014). Cuando el prejuicio mata. Informe de derechos humanos de lesbianas, gay, bisexuales y personas trans en Colombia 2012. Bogotá: Colombia Diversa.

Obtenido de: <http://www.colombia-diversa.org/2014/06/cuando-el-prejuicio-mata-informe-de.html>

Cooper, Roger. (2010). The turn of the body: history and the politics of the corporeal. ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura. mayo-junio p.p 393-405- ISSN: 0210-1963

Cutuli, Maria Soledad. (2013). Maricas y travestis: repensando experiencias compartidas. Sociedad y Economía, No 24, pp 183-204. Universidad de Buenos Aires.

Davies, Charlotte. (1999). *Reflexive Ethnography A guide to researching selves and others*. Londres: Routledge..

Esguerra, Camila. (2006). “Decir nosotras: actos de habla como forma de construcción del sujeto lésbico colectivo y de mujeres LBT (lesbianas, bisexuales y transgeneristas) en Colombia”. En M. Viveros, *Saberes, culturas y derechos sexuales en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos, Universidad Nacional de Colombia.

Esguerra, Camila. (2006a). “Lo innominado, lo innominable y el nombramiento. Categorización y existencia social de sujetos sexuales”. En M. Viveros, C. Rivera, & M. Rodríguez, *De mujeres, hombres y otras ficciones... Género y sexualidad en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Tercer Mundo Editores.

Foucault, Michel. (1967). De los espacios otros “Des espaces autres”, Conferencia dictada en el Cercle des études architecturales. Architecture, Mouvement, Continuité, n 5, octubre de 1984. Traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima.

García, Andrea. (2009). Tacónes, siliconas, hormonas y otras críticas al sistema sexo-género. Feminismos y experiencias de transexuales y travestis. Revista colombiana de antropología, vol 45, pp. 116-146

García, Carlos. (1999). Los Pirobos: nómadas en el mercado del deseo. núm. 10, abril, 1999, pp. 216-226. Bogotá, Colombia: Universidad Central.

García Reyes, Liza. (2013). Putas y trans: ¿están las mujeres trans en las narrativas sobre prostitución? *Revista Educación y Humanismo*. 15 (24), 54-77. Universidad Cádiz de España.

Gil, Franklin y Navarro, Diana (2009). “Diagnóstico y situación social de mujeres trans que ejercen prostitución”. Corporación Opción. Mesa LGBT de Bogotá.

Gil, Franklin. (2013). Fronteras morales y políticas sexuales: apuntes sobre ‘la política LGBT’ y el deseo del Estado. ISSN 1984--6487 n.13, abr. 2013, pp.43--68. *Revista Latinoamericana Sexualidad, Salud y Sociedad*.

Gregori, Nuria. (2006). “Los cuerpos ficticios de la biomedicina. El proceso de construcción del género en los protocolos médicos de asignación de sexo en bebés intersexuales”. *Revista de Antropología Iberoamericana*, Ed. Electrónica. Volumen 1, Número 1. Enero-Febrero 2006. Madrid. Pp. 103-124

Herman, Jody. (2016) LGB within the T. Sexual Orientation in the National Transgender Discrimination Survey and Implications for Public Policy. En: *Trans Studies. The Challenge to Hetero/Homo Normativities*. Editado por: Yolanda Martínez y Sarah Tobias. Estados Unidos: Rutgers Press

Jagose, Annamarie. (1996). *Queer theory*. Melbourne: University of Melbourne.

Jorge, Juan Carlos. (2008). “El corpus sexual de la Biomedicina” en *Diálogo Latinoamericano sobre Sexualidad y Geopolítica*. SPW. Río de Janeiro. Agosto de 2008

Kawulich, Barbara (2005). La observación participante como método de recolección de datos. *Forum: qualitative social research*, Vol. 6, No 2,.

Kulick, Don (1998). *Travesti: sex, gender, and culture among Brazilian transgendered prostitutes*. Chicago: University of Chicago press.

Lamas, Marta. (2012). *Transexualidad: identidad y cultura*. Tesis de doctorado. México: Universidad nacional Autónoma de México.

Lasso Báez, Roberto Andrés (2014) Transexualidad y servicios de salud utilizados para transitar por los sexos-géneros. CES Psicología, vol. 7, núm. 2, julio-diciembre. Medellín: Colombia

López Murcia, Luz. (2010). A veces también llueve para arriba: de travestis, sus amores y desamores. Enero-diciembre, ISSN 0123-4986..p.p 147-165. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.

Mármol, Mariana y Sáez, Mariana. (2013). ¿De qué hablamos cuando hablamos de cuerpo? Universidad de la Plata: Argentina.

Mejia, Norma. (2006). Transgenerismos: una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica. Ediciones Bellatera: Barcelona.

Nieto Oliva, José Miguel. (2007). Dibujando putas: reflexiones de una experiencia etnográfica con apariciones fenomenológicas. Revista Chilena de Antropología Visual. N. 10. Pp 54-84, Santiago de Chile: Chile

Nosedá, Janet. (2012). Muchas formas de transexualidad: diferencias de ser mujer transexual y de ser mujer transgénero. Revista de Psicología, vol. 21, núm. 2, pp. 7-30

Peralta Cruz, Karen Johanna y Espitia Pachón, Natalia. (2013). Uso de modelantes estéticos, como proceso de la transformación corporal de mujeres transgeneristas. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca: Colombia.

Prada, Nancy. (2012). Trabajos sexualizados: espacios laborales feminización para las mujeres trans en: “¡A mí me sacaron volada de allá! Relatos de Vida de Mujeres trans desplazadas forzosamente hacia Bogotá. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.

Preciado, Beatriz. (2002). *El manifiesto contra-sexual*. Madrid, España: Editorial Opera Prima

Preciado, Beatriz. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid, España: Editorial Espasa

Proyecto Planeta Paz (2002). “Documentos de caracterización sectorial. Sector LGBT”. Obtenido de: <http://www.planetapaz.org/biblioteca/nuestras-publicaciones/sectores-sociales>

Rubio, M. (2008). “Ni puta ni trabajadora sexual: prostituta”. En Borradores de Método, No. 51. Fundación Método, Bogotá.

Rubin, Gayle. (1989). “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad” en Vance C. Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina. Madrid, España: Revolución. S.A.L

Soley-Beltran, Patricia. (2009). La teoría performativa de género de Judith Butler. En: Transexualidad y la matriz heterosexual. Barcelona, España: Ediciones Bellatera

Soley-Beltran, Patricia. (2014). Transexualidad y transgénero: una perspectiva bioética. Revista de Bioética y Derecho, núm. 30, p 21-39

Sterling, Anne- Fausto (2000). *Sexing the body. Gender politics and the construction of sexuality*. New York: Basic Books.

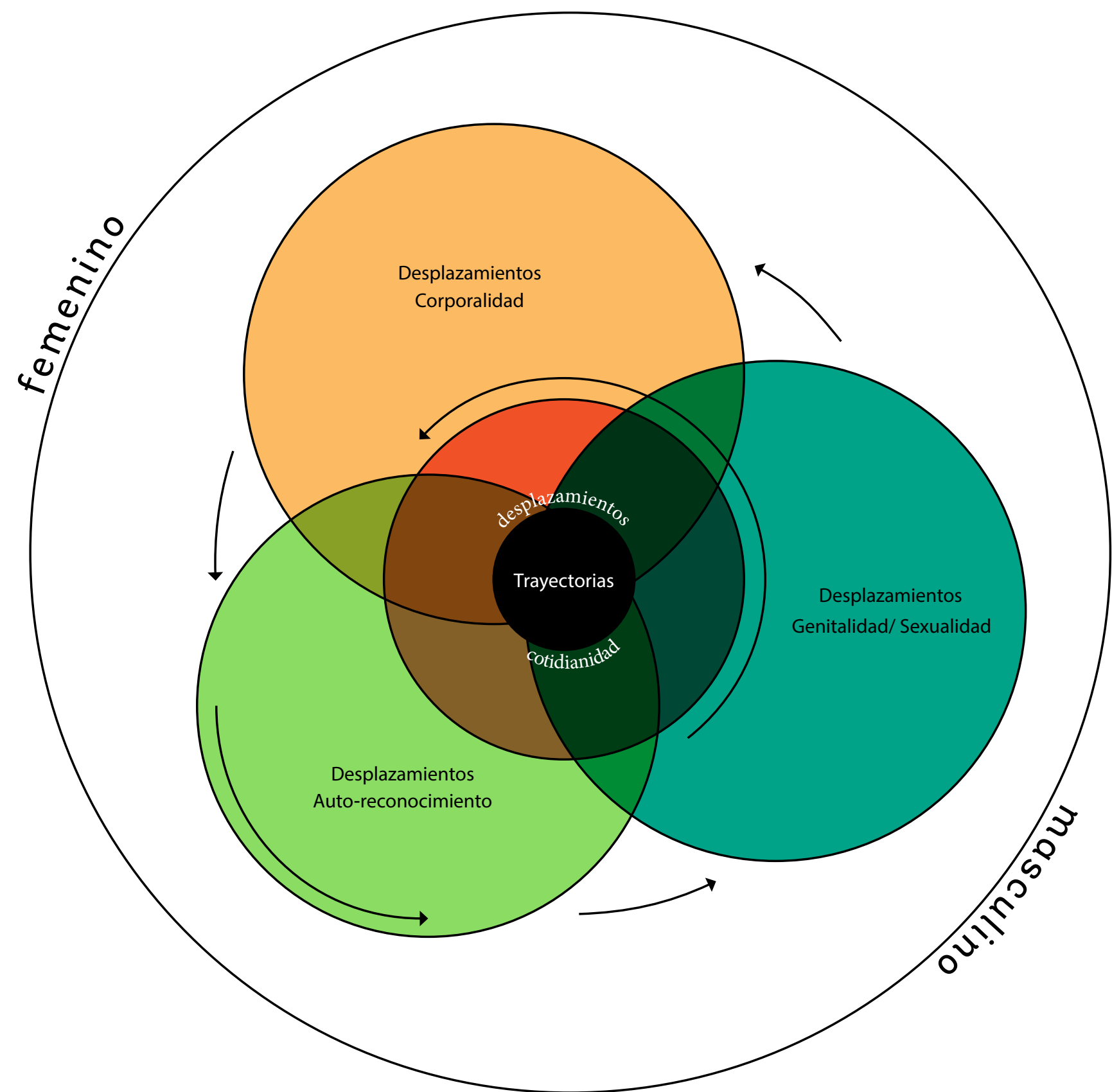
Sterling, Anne- Fausto. (2007). Frameworks of desire. American Academy of Arts & Sciences.

Tvt Project (2016). Trans respect versus transphobia. Obtenido de: http://transrespect.org/en/en_US/tvt-project/tmm-results/idahot-2015.htm

Urrea Giraldo, Fernando y La Furcia, Ange (2014) Pigmentocracia del deseo en el mercado sexual Trans de Cali, Colombia. Revista latinoamericana Sexualidad, Salud y Sociedad. ISSN 1984-6487/ n. 16 – Abril pp 121-152, Cali: Colombia.

Vartabedian, Julieta. (2009). El cuerpo como espejo de las construcciones de género. Una aproximación a la transexualidad femenina. España: Universidad de Barcelona.

Espacio diferencial y generizado



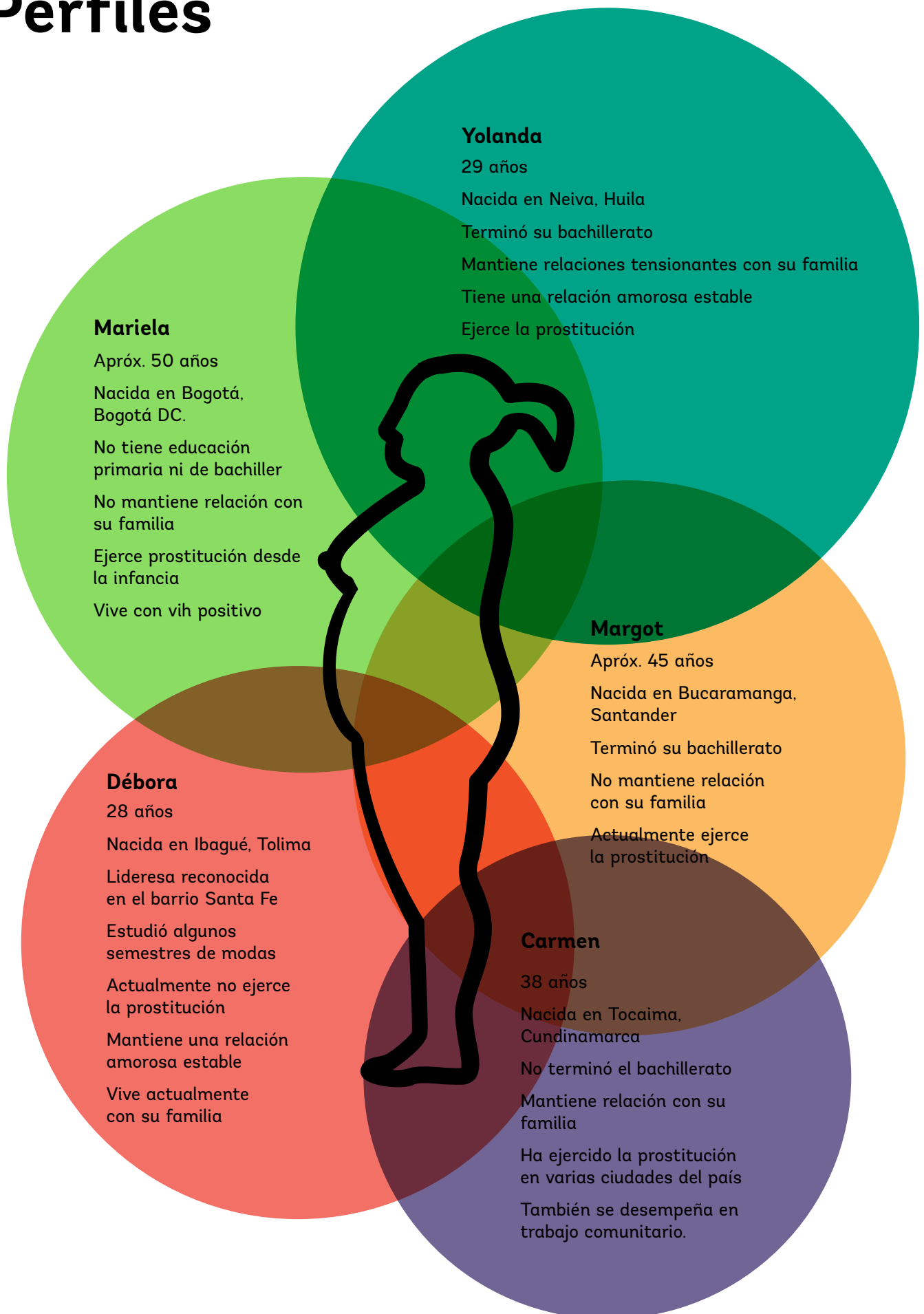
Agentes de transformación específicos

- ● ● Familia (madre, padre, hermanos)
- ● "Madres"
- ● ● Otras mujeres transexuales en ejercicio de prostitución
- ● ● Instituciones del Estado
- ● Médicos
- ● ● Psicólogos
- ● ● Dueños de bares

Condiciones de posibilidad

- ● Cambio generacional
- ● Lugar de origen
- ● Nivel socioeconómico
- ● ● Colectivos sociales (ONGs, redes de apoyo, instituciones educativas)
- ● ● Bogotá como nuevo contexto

Perfiles



BARRIO SANTA FE

Trayectos:

-  Estación de transmilenio al CAIDS
-  CAIDS a la Red Comunitaria Trans
-  Red Comunitaria Trans a la zona de prostitución

